

Otros títulos de Ediciones
Normalismo Extraordinario

57. Ricardo Pérez Campos
Cuentos que no son para niños
(cuento)

58. Angélica V. Tercero Velasco
Ihalí Ramírez Muñoz
coordinadoras
*Política educativa sobre la reforma
2018 desde la Normal Rébsamen*
(ensayo)

59. Susana González González
coordinadora
*Investigación educativa: posibilidades
y retos en la Normal de Coacalco*
(ensayo)

60. Andrea Torres
coordinadora
*Cuerpos Académicos de la RCCAE.
Un estudio de caso*
(propuesta didáctica)

61. Varios autores
*Experiencias de movilidad
académica internacional*
(ensayo)

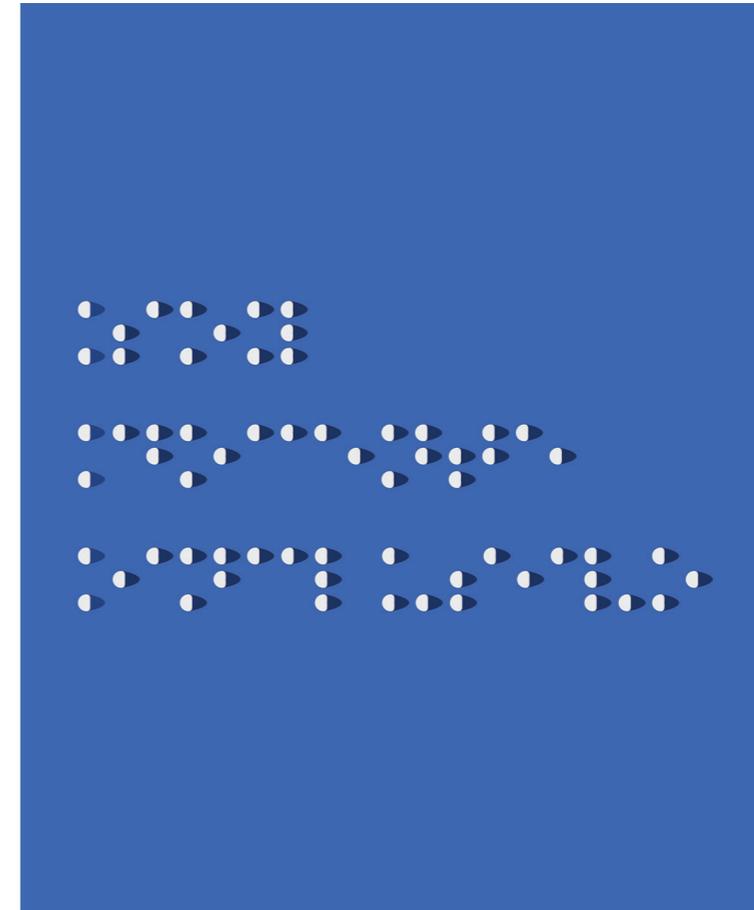


A partir de un análisis de narrativas autobiográficas, los autores de esta obra se sumergen en la búsqueda de los elementos incipientes, y a veces inconscientes, que configuran los cimientos de una identidad profesional en quienes estudian la Licenciatura en Inclusión Educativa. Este libro presenta tres ensayos que rescatan las voces de estudiantes quienes, al darnos a conocer los motivos y razones por los que eligieron esta carrera, expresan sus necesidades, anhelos y expectativas en los que dejan ver la responsabilidad que asumen ante los requerimientos del otro.

María Natividad López Tinajero

coordinadora

Inclusión educativa: génesis de una identidad profesional desde narrativas estudiantiles



Ediciones Normalismo Extraordinario

María Natividad López Tinajero, Melba Bringas Hidalgo, Alejandro Espinosa Cendejas y Miguel Ángel Lerma Zamora son docentes de la Escuela Normal de Educación Especial del Estado de México. Todos son maestros en ciencias de la educación y han participado en eventos nacionales e internacionales de investigación en áreas de educación especial e inclusión educativa.

Imagen de portada: Mario Vega

Inclusión educativa:
génesis de una identidad profesional desde
narrativas estudiantiles

María Natividad López Tinajero
coordinadora

Inclusión educativa:
génesis de una identidad profesional
desde narrativas estudiantiles

Ediciones Normalismo Extraordinario

Inclusión educativa: génesis de una identidad profesional desde narrativas estudiantiles

Primera edición, 2020

D. R. © 2020 María Natividad López Tinajero, coordinadora

D. R. © 2020 Melba Bringas Hidalgo, Alejandro Espinosa Cendejas, Miguel Ángel Lerma Zamora, por textos

D. R. © 2020 Ediciones Normalismo Extraordinario

ISBN volumen: 978-607-9064-93-8

ISBN obra completa: 978-607-9064-23-5

Impreso y hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores.



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



DGESUM
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA EL MAGISTERIO

Consejo
Nacional
de Autoridades de
Educación Normal
CONAEN


GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Andrés Manuel López Obrador
Presidente de México

Esteban Moctezuma Barragán
Secretario de Educación Pública

Francisco Luciano Concheiro Bórquez
Subsecretario de Educación Superior

Mario Alfonso Chávez Campos
Director General de Educación Superior
para el Magisterio

Édgar Omar Avilés Martínez
Director de Profesionalización Docente

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional del Estado de México

Gerardo Monroy Serrano
Secretario de Educación

Maribel Góngora Espinosa
Subsecretaria de Educación Superior y Normal

Edgar Alfonso Orozco Mendoza
Director General de Educación Normal

Mary Carmen Gómez Albarrán
Directora de Fortalecimiento Profesional

Marco Antonio Trujillo Martínez
En suplencia del Subdirector de Escuelas Normales

Amelia del Consuelo Riva Palacio Huidobro
Directora de la Escuela Normal
de Educación Especial del Estado de México

ÍNDICE

Introducción	11
La empatía: una razón para elegir la docencia como profesión en inclusión educativa	
Miguel Ángel Lerma Zamora	23
Empatía y relatos de vida	28
Empatía y elección profesional	32
Empatía, elección profesional e identidad	41
Referencias	43
Narrativas estudiantiles	45
Mi vocación	45
Transformación y perspectiva de la vida	49
Mi vida en letras	54
Una y otra vez	58
Una vida en una pequeña historia	64
De ahí mi historia y mi presente	72
Mi antes, mi ahora	79
El llamado a la docencia en inclusión educativa: el inicio del camino de profesionalización	
Melba Bringas Hidalgo y Alejandro Espinosa Cendejas	85
Primer llamado: la vocación	87
Segundo llamado: ¿por qué docente inclusivo?	94
Tercer llamado: el inicio de la profesionalización	98
Referencias	100
Narrativas estudiantiles	102
Mi inspiración por la carrera	102
Mi elección	106

Amor y responsabilidad por la profesión	111
Un sueño que comienza a hacerse realidad	116
Una guía, una amiga	122
Mi pasado, mi presente y mi futuro	129
Un viaje sin visión	133
Ideales profesionales: el germen de una identidad docente	
María Natividad López Tinajero	139
Elección de una carrera profesional	140
Narrativa e identidad profesional docente	145
Narrativas, identidad profesional y alteridad	148
Estudiantes cuyos familiares docentes constituyen un ejemplo	150
Estudiantes que buscan emular a uno de sus profesores	152
Estudiantes inspirados en la conducta de un profesional destacado	155
Referencias	164
Narrativas estudiantiles	166
¡Ánimo!	166
Yo no quiero ser maestra	170
¡Todo se puede cumplir, todo depende de ti!	177
El ejemplo arrastra	181
Mi buena decisión	186
De adolescente excluido, a profesor inclusivo	189
Habla conmigo	192

INTRODUCCIÓN

Cuando hablamos de educación nos ubicamos sobre vínculos relacionales entre sujetos, relaciones específicas fortalecidas por intenciones compartidas en el día a día y por el hecho de integrar técnicas, conciencia y afectos. Particularmente, en educación especial¹ se ha dado, de manera casi general, la mística de la envoltura humanista, tanto en concepciones como en prácticas, lo que lleva a un nivel más alto el involucramiento de los principales actores en relación: docentes, alumnos y padres de familia. Tal involucramiento, que implica, a su vez, altos niveles de compromiso y responsabilidad, redobla su valor en tanto que se sabe que la de docente en inclusión educativa no es, precisamente, una profesión altamente lucrativa en términos monetarios, aspecto que la coloca en un lugar puntual de solidaridad y empatía.

¹ Educación especial es una categoría que representa un campo específico en el Sistema Educativo, que ha incursionado en una evolución constante y que en la actualidad se inserta en un paradigma más globalizador, como lo es la Educación Inclusiva, a partir del mecanismo operativo escolar que es la inclusión educativa. Por ello, para fines de concordancia con los tiempos que corren, y apegarnos a los nuevos programas educativos en la formación de docentes, hablaremos en términos de inclusión educativa de aquí en adelante.

Quienes participan en esta cruzada educativa son personas que por sus historias de vida se van acercando a este estatus relacional con los otros por múltiples vías, vividas de manera personal o de manera vicaria, es decir, por lo que otros viven, pero que impactan. Elegir dedicarse a la docencia, y particularmente a la docencia en inclusión educativa, implica un gran esfuerzo por adentrarse en la necesidad del otro y su circunstancia, lo que obliga al reconocimiento de mirar a ese otro de manera complementaria dentro de ese proceso de vinculación humana. Reconocer al otro no sólo en la diferencia, para consolidarnos como entes personalizados, sino en la interdependencia y complementariedad, y, sobre todo, en la responsabilizante tarea del docente, significa pasar de una ética del deber a una ética de la responsabilidad; es decir, a una ética de la alteridad, en un ejercicio de franco acto amoroso, como lo debe ser todo acto educativo visto desde una mirada freireana.

Tal mecanismo de relación se va construyendo poco a poco en el trayecto de vida a partir de múltiples elementos que lo van moldeando, en un inicio tal vez de manera difusa, pero que se va abriendo paulatinamente a la conciencia. La alteridad es el elemento primordial en el acto educativo desde esta mirada humanista, y forma parte de las representaciones sociales e imaginarios que del trabajo

con sujetos en situación de discapacidad se tiene en la actualidad. Por ello, conocer más cercanamente la estructura de la formación docente en inclusión educativa, permite identificar los rasgos particulares del desempeño profesional de tal docente, que representa el sustrato mayoritario de la identidad de este profesional. Pero la alteridad, o el germen de ella, participa en el acercamiento a dicho campo profesional, lo que lleva a considerar que tal identidad se va perfilando desde antes de involucrarse formalmente en aspectos curriculares y administrativos de ese campo educativo.

Por otra parte, debemos señalar que, aunque la identidad profesional es un proceso de continua construcción y reconstrucción a lo largo de la vida profesional, se puede rastrear su incipiente formación aun antes de elegir la carrera de la docencia, a partir de situarse y verse “fantasmalmente” reflejada la expectativa, pero siempre en apego al vínculo con el otro. Identificar estas señales incipientes desde el inicio de la formación docente constituye un valioso recurso no sólo para orientar y apoyar a los jóvenes en su desarrollo estudiantil, sino para construir colectivamente y fortalecer una identidad docente que caracterice a quienes decidieron elegir la inclusión educativa como su profesión.

Ahora bien, el recurso por antonomasia para el acercamiento a los mundos de vida de los sujetos que se inician en la noble tarea de formarse para la docencia inclusiva, específicamente abordando el trabajo con las personas en situación de discapacidad; que permite adentrarse en esos remolinos de sensaciones, anhelos, deseos, convicciones y formas de pensar, junto con los vehículos circunstanciales para ello; que recoge las voces originales y los sentidos y significados iniciales, es la narrativa autobiográfica. Este recurso no es otra cosa que el camino más cercano a la validación de información personal y única, distanciada quizá de la presión de una entrevista o la frialdad de un cuestionario, constituyéndose en un mecanismo de libertad de expresión, que le viene bien al tipo de producto esperado: la introspección y escudriño en la subjetividad profunda del ser. Hacer público lo privado mediante la narrativa personal crea una ventana para mirar de cerca tiempo, espacio, circunstancias, entramados, tensiones, mediaciones que por ser únicos e irrepetibles revisten gran riqueza documental para la comprensión humana.

Es así como los tres elementos presentes en el propósito del planteamiento de este trabajo, a saber: alteridad, identidad profesional y narrativa, se integran para hacer posible la incursión en planos profundos de la condición humana. Esta obra recoge

las voces de estudiantes del primer semestre de la Licenciatura en Inclusión Educativa, generación 2019-2020, así como la interpretación que cuatro académicos de la Escuela Normal de Educación Especial del Estado de México (ENEEEM) dan a sus voces, en la búsqueda de elementos que permitan identificar la génesis de una identidad profesional propia de este tipo de docentes.

A un mes de haber ingresado a la institución, como parte de los trabajos del curso “El sujeto y su formación profesional”, la docente María Natividad López Tinajero pidió a los estudiantes que escribieran una narrativa autobiográfica a través de la cual dieran respuesta a la siguiente pregunta: ¿Cuáles son los motivos o razones por los que decidiste estudiar la Licenciatura en Inclusión Educativa? La riqueza de los textos elaborados por los jóvenes y el impacto que causó la presentación pública de los mismos ante la comunidad escolar, despertaron el interés de la titular del curso por publicar un libro en el que se incluyeran las voces de los estudiantes normalistas; por lo que en el mes de octubre de 2019, el proyecto empezó a tomar forma.

Meses después, con la creación de un grupo de investigación, se integraron al proyecto cinco compañeros, quienes, coordinados por María Natividad López Tinajero, decidieron dividir las

narrativas estudiantiles por temáticas, tomando en consideración aquellos motivos esbozados por los estudiantes, que tuvieran vínculo con lo que el equipo denominó génesis de una identidad profesional. En este libro se incluyen narrativas que se organizan en los siguientes tres grupos:

1. Jóvenes que eligieron la carrera por mostrar empatía con alguna persona o familiar en situación de discapacidad;
2. Personas que eligieron la carrera por vocación.
3. Estudiantes que fueron inspirados por un profesionalista ejemplar.

Estos ejercicios de análisis de las narrativas autobiográficas estudiantiles constituyen el primer acercamiento que como grupo de investigación tenemos sobre esta temática que ha resultado por demás apasionante.

La obra integra tres ensayos literarios que escudriñan los relatos estudiantiles en búsqueda de elementos que den cuenta de la génesis de la identidad profesional del docente en inclusión educativa. En el primer ensayo, “La empatía: una razón para elegir la docencia como profesión en inclusión educativa”, Miguel Ángel Lerma Zamora argumenta que uno de los motivos más importantes que justifican la elección de la docencia como profesión, en la perspectiva de la inclusión educativa, es el interés por conocer (empatía)

y ayudar al otro (actitud ética). Igualmente se plantea, un reconocimiento, por parte del estudiante, de la actitud empática como cualidad del docente en inclusión educativa y, por lo tanto, de la identidad profesional; finalmente, se plantea que la alteridad evoluciona y se transforma en una actitud ética de la alteridad. Con este fin, el autor hace un análisis de los relatos autobiográficos de los estudiantes como instrumentos que dan cuenta de una parte de su historia de vida y se apoya en distintos referentes como son: la teoría del relato autobiográfico desde la perspectiva de Ricoeur (1996); rescata el concepto de identidad profesional de Guzmán Palacios (2017); el concepto de empatía definido por Cyrulnik (2019), y por López et al. (2014); así como la interpretación de alteridad en el ámbito educativo de Vallejo Villa, (2014). El ensayo concluye con una síntesis de articulación entre la empatía, la identidad profesional y un posicionamiento ético de la alteridad.

En el segundo ensayo, “El llamado de la docencia en inclusión educativa: el inicio del camino de profesionalización”, Melba Bringas Hidalgo y Alejandro Espinosa Cendejas hacen un análisis de las narrativas de jóvenes que eligieron la carrera por vocación, para lo cual recurren a las aportaciones de autores como Olivares (2015), Tenti y Steinberg (2011), Sánchez Lissen (2009) y Tenti Fanfani (2005);

se analizan los elementos que inciden en los estudiantes normalistas de nuevo ingreso durante los años previos a su llegada a esta institución, mismos que se concretaron en formas propias de mirar la inclusión educativa y les permitieron tener expectativas al respecto de su formación inicial. Asimismo, establecen una conexión entre este primer llamado vocacional –previo a la llegada de los estudiantes a la escuela normal- con los procesos de profesionalización inmersos en la formación inicial que recién comenzaron.

En el tercer ensayo, “Ideales profesionales: el germen de una identidad docente”, María Natividad López Tinajero aborda el análisis de narrativas cuyos autores decidieron elegir como carrera la Licenciatura en Inclusión Educativa debido a la influencia de maestros ejemplares que marcaron sus vidas y se convirtieron para ellos en un ideal profesional. Con base en la corriente constructivista de la psicología vocacional, particularmente con los aportes de teóricos que exploran el desarrollo profesional (Cochran, 1997; Goodson, 2004; 2014) y el desarrollo de la identidad profesional docente (Bolívar, 2005; Bolívar et al., 2005), a partir de la narrativa autobiográfica y la historia de vida, se identifican fragmentos de escritos estudiantiles que, de acuerdo con la autora, dan cuenta del germen de una identidad

profesional, cuyos rasgos se corresponden con el enfoque de la alteridad, y que se empieza a construir desde el inicio de la carrera. López Tinajero sostiene que las escuelas normales deben tomar ventaja de esta identidad profesional en germen, para estructurar programas que redunden en el buen desarrollo escolar y futuro profesional de los estudiantes.

Quienes estructuramos esta obra consideramos que identificar las necesidades, anhelos y expectativas de los estudiantes a partir de un abordaje cualitativo de las ideas que plasman en sus narrativas autobiográficas iniciales, puede ser un buen punto de partida para indagar si estos elementos constituyen los cimientos de lo que será la construcción de su identidad profesional. Consideramos también que poner a disposición del colectivo docente el análisis de las narrativas autobiográficas de los estudiantes puede ayudar a promover el desarrollo de una ética de la alteridad que dé identidad a la comunidad educativa de la ENEEEM. Así mismo, esperamos que este estudio abra nuevas brechas de investigación en el área de la formación docente.

En virtud de que la idea original de este libro era incluir las narrativas de los estudiantes, nos hemos tomado la libertad de integrar al final de cada ensayo, los escritos completos de los jóvenes cuyas narrativas fueron objeto de estudio, estamos seguros de que sus

voces despertarán en los lectores muchas más reflexiones de las que nosotros pudimos incorporar en esta obra.

**LA EMPATÍA: UNA RAZÓN PARA
ELEGIR LA DOCENCIA COMO
PROFESIÓN EN
INCLUSIÓN EDUCATIVA**

LA EMPATÍA: UNA RAZÓN PARA ELEGIR LA DOCENCIA COMO PROFESIÓN EN INCLUSIÓN EDUCATIVA

Miguel Ángel Lerma Zamora

El presente ensayo tiene como propósito argumentar la importancia de la empatía como uno de los motivos más importantes en la elección de la docencia como profesión, y como componente y cualidad de una identidad profesional. Con este propósito se realizó un análisis cualitativo de los relatos autobiográficos de un grupo de estudiantes que cursan el primer grado de la Licenciatura en Inclusión Educativa en la Escuela Normal de Educación Especial del Estado de México.

El primer momento consistió, en analizar de manera reflexiva, las razones que motivaron a los estudiantes a elegir la profesión en inclusión educativa. En un segundo momento se intenta explicar la relación de esos motivos con la génesis de la identidad profesional y con un posicionamiento ético desde la alteridad.

El procedimiento de análisis se apoya en el relato de vida, y en la narrativa autobiográfica como instrumento. En nuestro caso, hemos optado por el término “relato de vida”, ya que resulta preferible el

uso de este término para indicar que la narración se presenta tal cual la persona la cuenta, y puede abarcar toda la biografía o exclusivamente una parte. (García, 2015)

En cuanto a las ideas que constituyen el referente teórico del análisis, unas corresponden a la teoría del relato, otras a una conceptualización de la empatía, y otras más, a la teorización general tanto de la identidad profesional como de la alteridad.

En relación con la teoría del relato autobiográfico, el análisis se abocó a la historia que elaboró el protagonista, ya que ésta, según Ricoeur (1996),

Puede considerarse como una cadena de transformaciones que conducen de una situación inicial a una situación final, donde la identidad narrativa del personaje sólo puede ser el estilo unitario de las transformaciones subjetivas reguladas por las transformaciones objetivas que obedecen a la regla de completud, de totalidad y de unidad de la trama. (p. 53)

Otra de las ideas a considerar de acuerdo con Ricoeur, (1996), es que las estrategias narrativas que las personas emplean para construir relatos autobiográficos condicionan su forma de pensar acerca de sí mismas, el mundo y sus propias acciones, por lo tanto, la organización y la coherencia de estos relatos,

constituyen un aspecto fundamental para entender el problema de la identidad personal, esto es así, ya que el relato autobiográfico implica un carácter más o menos unitario a la propia experiencia de vida.

En cuanto a la identidad profesional seguiremos la idea de Hirsch (en Espinosa, 2020), quien la define “como una construcción compuesta, a la vez de la adhesión a unos modelos profesionales, resultado de un proceso biográfico continuo, y de unos procesos relacionales” (p. 47). Es importante considerar igualmente a Guzmán Palacios (en Espinosa, 2020), quien nos dice que “la mayoría de los estudios sobre la identidad profesional definen el concepto como un proceso permanente de integración de lo personal y lo profesional”.

Así, la identidad profesional está mediada por la vida personal de los sujetos: los constructos personales y significados se desarrollan, y las relaciones se hacen a través de la asignación de un sentido en el mundo emocional intersubjetivo de los sujetos. (Espinosa, 2020, p. 3)

Como ya se ha mencionado más arriba, uno de los motivos más importantes que explica la elección profesional en el campo de la docencia en inclusión educativa, y que constituye el tema central de este

capítulo, es la empatía. Actualmente la empatía es reconocida como un campo conceptual en construcción y discusión. En una primera aproximación, se puede decir que la empatía es la capacidad de descentralizarse de uno mismo para representar el mundo afectivo y mental de otro (Cyrułnik, 2019), o bien, se puede entender como la capacidad de comprender los sentimientos y emociones de los demás, basada en el reconocimiento del otro como similar (López, Filippetti y Richaud, 2014). En este mismo texto, los autores, apoyándose en distintas fuentes, como Preston y de Waal; Rameson y Lieberman; Vispé; y Lipps, reconocen dos vertientes o modelos que explican la empatía; para los fines de este trabajo sólo haremos alusión a la segunda. Esta segunda perspectiva es la conocida como teoría de la mente, mentalización y toma de perspectiva. De acuerdo con Premack y Woodruff, la teoría de la mente se aplica cuando un individuo atribuye estados mentales a sí mismo y a otros; implica una inferencia de estados mentales en otros y en nosotros mismos. Frith y Frith, mencionan que la mentalización es el proceso por medio del cual se realizan inferencias respecto a los estados mentales propios o ajenos, es decir, es un proceso metacognitivo que nos permite pensar acerca de los contenidos de la mente de otra persona. Finalmente, la toma de perspectiva es

entendida como una derivación de la mentalización que hace que este último proceso sea más exitoso; consiste en la capacidad de considerar una situación desde diferentes puntos de vista (López, Filippetti y Richaud, 2014).

Un aspecto más para tener en cuenta en el análisis del relato de vida es la alteridad. Como un primer acercamiento, puede decirse que la alteridad es el principio que aboga por el reconocimiento del otro, de su palabra, de su voz, de sus formas de comprender y concebir el mundo. Este principio llevado al campo de la educación es interpretado por Vallejo Villa (2014) de la siguiente manera:

La palabra del otro permite una reconfiguración de la subjetividad, de los modos de pensar frente a la realidad, ese individuo que en principio se asemeja extraño, pero luego será cómplice por medio de la palabra dicha, que dirá lo no dicho de la subjetividad, es decir, dirá algo que no había pensado, algo que será nuevo y abra totalmente una nueva posibilidad de estar en el mundo. Aquel dejará una huella que se impregne en el pensamiento, una significación que permita ver de manera distinta el contexto al cual asistimos diariamente; es la capacidad de entrecruzar palabras y dibujar senderos, caminos, trazar alternativas para romper el silencio del propio

pensamiento y ponerlo a deambular en el juego incesante de la palabra viva, aquella que acciona y posee sentido, y que nos acerca de modo más efectivo a la civilización y no a la constante barbarie de la castración intelectual, del señalamiento que asusta y enciende el miedo y el silencio. (pp. 121-122)

Todas estas ideas, vistas de manera articulada, conforman un sistema teórico básico, que hace posible el análisis y la reflexión de los motivos y razones que determinan la elección profesional de los estudiantes, el inicio de su identidad profesional y el desarrollo inicial de una actitud ética fincada en la responsabilidad.

Empatía y relatos de vida

Antes de pasar al análisis de los relatos, cabe mencionar que hay historias de vida que describen situaciones, las hay que son una exposición explícita de motivos, y otras más que expresan formas de ser y de pensar de los estudiantes. Igualmente, se puede decir que de los tópicos que dan cuenta de las historias de vida no todos hacen alusión a los motivos por los que fue elegida la Licenciatura en Inclusión Educativa, ni expresan de manera directa las verdaderas razones que sustentan esta decisión.

En lo que sigue, trataremos de identificar, en esa diversidad, la constancia de algunos rasgos que nos permitan identificar su relación con la profesión elegida y fundamentalmente con la identidad profesional. Entre los relatos autobiográficos de los estudiantes podemos identificar cuatro grupos de situaciones:

- a) Situaciones en las que los estudiantes han tenido experiencias pasajeras, con compañeros de escuela o de grupo.
- b) Situaciones en las que se ha convivido con un familiar en situación de discapacidad o que haya sido víctima de acoso escolar.
- c) Situaciones en las que se han observado casos de discriminación.
- d) Situaciones relacionadas con experiencias personales de rechazo o discriminación.

El primer tipo de situaciones ha dado lugar a vivencias significativas, a relaciones intersubjetivas entre los estudiantes y a la manifestación de actitudes de empatía que derivan en un conocimiento de sí mismo y del otro; la importancia de estas situaciones se pone de manifiesto al constituir, lo mismo que otras, elementos que dan unicidad a los relatos de vida.

En sus relatos, y en las situaciones que describen, los estudiantes dejan ver que las experiencias¹ que derivaron de esas situaciones fueron valiosas en sus vidas; y así es, sin duda, ya que ponen de manifiesto una de las cualidades más importantes del ser humano: la capacidad de empatía. Estas situaciones les permitieron identificar en sí mismos, y en los otros, emociones, sentimientos y modos de pensar.

Tenemos el caso de María del Carmen, quien convivió con compañeros en situación de discapacidad en diferentes grados de educación básica. El caso de Oscar Daniel, quien tuvo un amigo en situación de discapacidad motriz cuando cursó primero de primaria y observó el trabajo de su mamá en un CAM, lugar en el que cautivó su atención la actitud de un niño con síndrome de Down. Sarahi, quien vivió una experiencia cuando cursó la secundaria al convivir con una compañera de grupo que usaba silla de ruedas. Y Jenny Guadalupe, a quien un niño sordo le permitió reconocer en ella su actitud empática, que la llevó a decidir inscribirse en la Licenciatura en Inclusión Educativa.

Las situaciones en las que se ha convivido con un familiar en situación de discapacidad o que dicho

¹ El término experiencia es entendida, para los fines del presente trabajo, y de acuerdo con Rizo (2004), como vivencia del mundo por el sujeto en sus dimensiones sensorial y simbólica (experiencia interna).

familiar haya sido víctima de acoso escolar, dieron lugar a experiencias de empatía más continuas e intensas que influyeron positivamente en la actitud y el interés de los estudiantes por ayudar al otro, en este caso a una persona de la familia. Al respecto está la historia autobiográfica de Montserrat, quien vivió de cerca el caso de su hermano que fue víctima de acoso escolar, y el relato de vida de Luis Eduardo en cuanto a la relación con su hermano.

Las situaciones en las que se han observado casos de discriminación describen el contexto idóneo para identificar una de las actitudes que llevaron a los estudiantes a decidir cursar la Licenciatura en Inclusión Educativa. En lo superficial, estas situaciones tienen poco que ver con la inclinación profesional en el campo de la inclusión educativa, pues no hacen alusión a experiencia alguna derivada de una relación con personas en situación de discapacidad, sin embargo, son las que mejor expresan una actitud empática en la medida en que son formas de ser y de pensar que revelan no sólo empatía, sino una actitud centrada en el otro (ver el caso de Daniela Michelle y el de Oscar Daniel).

Finalmente, están las situaciones relacionadas con experiencias personales de rechazo o discriminación. Estas son muy importantes, pues nos permiten ver directamente las actitudes de los estudiantes sin pasar

por el análisis de la situación o de las experiencias; el estudiante describe directamente su actitud, sus emociones, sentimientos y pensamientos.

Empatía y elección profesional

De lo que se ha dicho hasta aquí, se puede afirmar que las situaciones en las que aparece la actitud empática permiten la expresión de esta última, mas no está en ellas su origen. Como se puede observar en la descripción de los relatos, no todas las situaciones hacen referencia a una relación con personas en situación de discapacidad y, por lo tanto, a una experiencia; en éstas, también se expresan deseos y maneras de pensar la docencia. Sin embargo, en todos los relatos identificamos que, en el fondo de las experiencias, deseos y maneras de pensar, está la empatía, que es el aspecto común a todos los relatos analizados, lo que nos lleva a comprender que la empatía no tiene su origen en las situaciones que se describen, sino en condicionantes previas y diversas que vienen influyendo en la persona desde su nacimiento y que van dando forma a sus actitudes y pensamientos.

Como hemos afirmado, todos los relatos analizados aportan elementos en los que se manifiesta la empatía, sea en el plano de las representaciones mentales, sea

en la descripción de experiencias. Un ejemplo muy claro de empatía, relacionado con la manera de pensar, lo encontramos en la historia de María del Carmen. Lo importante de su historia no sólo radica en la descripción de experiencias derivadas del contacto con personas en situación de discapacidad, sino en la expresión de su sueño. María del Carmen inicia su historia diciendo: “Hoy por fin estoy cumpliendo uno de mis sueños, llegar a ser protagonista...” Esta afirmación, aparentemente imprecisa, en el fondo es la expresión de una auténtica actitud de empatía.

Analizando el término protagonista, diremos que este viene del griego *protagonistés*, y es el resultado de la unión de *protos*, que significa primero, y de *agonistés*, que significa actor. Por lo cual, el término protagonista significa ser el primer actor o uno de los personajes más importantes. Este protagonismo con el que sueña María del Carmen implica, en el contexto de su historia autobiográfica, tener una profesión que haga posible una amplia gama de posibilidades para tomar decisiones y actuar en favor de los niños, como una devolución de lo que ella en su niñez recibió de sus maestros o, como ella misma dice: “compartir todo lo que pueda dar, así como a mí me permitieron aprender a leer y a escribir”.

Esta actitud, sin duda, tiene un carácter ético, en cuyo origen se identifica una actitud de empatía. Es

cierto que se reconocen en el otro sus dificultades y necesidades, pero, como vemos, el deseo de ella es compartir con ese otro lo que se tiene. Este deseo se finca en el conocimiento del sufrimiento de aquellos niños que tienen dificultades para aprender a leer y a escribir al ritmo de sus compañeros de grupo y que viven, por esta razón, situaciones de exclusión. María del Carmen tiene conciencia de que muchos niños enfrentan dificultades en la escuela y nadie hace nada por evitarlas o disminuirlas; este es el reto por lo que ha decidido prepararse profesionalmente para lograr su sueño: ser protagonista.

Un ejemplo más, donde se puede identificar una actitud empática, es la manera de actuar y pensar de Daniela Michelle. En uno de los tópicos de su relato de vida, Daniela describe su reacción frente a una situación de discriminación. Nos relata que en una fiesta en la que se festejaban los tres años de un menor, una niña, por su aspecto, fue objeto de discriminación por otros niños, quienes no la dejaban que subiera a un “brincolín” en el que ellos estaban jugando; y la niña se limitaba sólo a ver cómo los demás se divertían. Después de observar un largo rato la exclusión de que era objeto la niña, Daniela decidió intervenir:

Me acerqué y hablé con la mamá para pedirle que me dejara llevarla a jugar, su mamá con un tono de voz

dudoso me dijo que sí, entonces la llevé al brincolín donde, con un tono de voz elevado, le dije: si alguien te molesta, te hace sentir mal o te dice algo que no te guste me dices, porque nadie tiene derecho a hacerlo.

Esta actitud de Daniela implica un nivel de empatía que supera una mera percepción compartida con la niña, ya que la emoción de una y otra son diferentes; la niña se siente excluida, discriminada, lo que le ocasiona dolor, Daniela siente coraje ante la situación de discriminación observada. Más bien, la reacción de Daniela se corresponde con lo que López, Filippetti y Richaud, (2014) denominan -toma de perspectiva-, que, como se ha mencionado más arriba, hace alusión a la capacidad de considerar una situación desde diferentes puntos de vista.

Como se puede observar, en estos casos, no es la situación ni la experiencia lo importante, sino la actitud misma, ya que ésta emerge del fondo del ser, es la expresión directa de una actitud empática que aparece como un interés por conocer a los otros, y más adelante, como un interés en ayudarlos, en especial a los otros que están en desventaja; es una actitud que parte de un reconocimiento del dolor del otro, en algunos casos ya experimentado por la persona.

Los deseos como el de María del Carmen y la reacción de Daniela Michelle frente a la situación de

discriminación, además de ser la expresión de una actitud empática, permiten identificar en esta última, una cualidad ética que les da identidad como personas, y un rasgo que debe caracterizar a un docente en Inclusión Educativa: disposición para ayudar al otro, más cuando ese otro está en situación de desventaja social.

Por otra parte, la actitud de empatía también la podemos observar en aquellos relatos que describen situaciones de convivencia con compañeros de escuela o familiares en situación de discapacidad o que han sido víctimas de acoso escolar. En relación con estos aspectos, la experiencia de Sarahi y de Jenny Guadalupe son testimonios elocuentes.

Sarahi, cuando cursaba la secundaria, en la primera semana de clases, conoció a Ingrit, una niña en silla de ruedas. A esta niña, Sarahi la describe de la siguiente manera: “Ella era un gran ser humano, en las clases siempre la incluíamos, convivíamos mucho con ella... conviví mucho con Ingrit, aprendí muchas cosas de ella, y llegué a admirarla, porque a pesar de todo lo que vivía siempre salía adelante”.

La situación que Jenny Guadalupe vivió cuando cursó el nivel de secundaria fue para ella significativa al permitirle hacer consciente su actitud empática. El caso que describe se refiere a José, un niño en situación de discapacidad auditiva que se integró, ya iniciado el

ciclo escolar, al grupo al que estaba inscrita Jenny. Este niño, una vez que ingresó a la escuela y al grupo, era objeto de discriminación y de acoso escolar por parte de sus compañeros, a esto se agregaba la indiferencia de algunos maestros de la escuela. “Varios compañeros y yo (comenta Jenny), hicimos que José se sintiera cómodo y en confianza. Nos agradaba mucho aprender lengua de señas con él. José me ayudó a ver la vida desde otra perspectiva”. Y, continúa Jenny:

Un día me senté a conversar un poco con José y me platicó cosas que en realidad me quedé anonadada...me contó que se había cambiado de escuela porque en las anteriores lo molestaban mucho, lo hacían sentir menos, incluyendo a algunos profesores; que su mamá y él huyeron porque su papá los maltrataba, dijo que su papá no lo quería y tuvieron demasiados problemas. Me quedé paralizada, en un inicio no sabía qué decirle, pero se me salieron las lágrimas y me puse a pensar cómo es que todavía existen personas con mente cerrada, llenas de prejuicios, que son antipáticos y que no se dan el tiempo de conocer a las personas a profundidad, ya que no saben por todas las situaciones difíciles que han pasado y que han tenido que enfrentar.

De lo anterior podemos inferir que la relación con el otro en situación de discapacidad, o en situación de

maltrato, cuando el estudiante ha desarrollado una actitud empática, se manifiesta en un plano, tanto emocional como cognitivo. La historia de Sarahi y de Jenny son ejemplos de la integración de estos dos planos. La relación de convivencia con Ingrit, afectó la sensibilidad de Sarahi, y le permitió asumir ante su compañera una actitud de comprensión y de aceptación, al grado de llegar a admirarla. Jenny fue sensible a la palabra de José, lo escuchaba con atención y con respeto, observó sus actitudes y respondió con llanto ante su tragedia; lo más importante de esto es que la historia de José impactó en Jenny, no sólo en su estado emocional, sino su manera de ver la vida.

En ambos casos, las situaciones vividas por las estudiantes movieron sus sentimientos y sus pensamientos, esos ámbitos de la persona que alimentan y guían los deseos e intereses por conocer y ayudar al otro, que guían y fomentan la capacidad de observación de sí mismo y de los demás; que guían la identificación de emociones, de sentimientos y maneras de pensar la realidad, es decir, el desarrollo y manifestación de la actitud empática en estrecho vínculo con una actitud ética.

Por otra parte, para hablar de las experiencias que resultan de la convivencia con un familiar en situación de discapacidad es necesario resaltar que éstas son más intensas, directas y continuas, al grado de moldear la

personalidad del estudiante. Son, más que experiencias, la expresión de un modo de vivir y de ser. Al respecto veamos el caso de Luis Eduardo, quien al convivir de manera comprometida con su hermano que enfrenta una situación de discapacidad ha llegado a conocerlo y a comprender sus necesidades, sus afectos y formas de pensar en cada una de sus etapas de desarrollo.

Lo siguiente demuestra el nivel de empatía que Luis Eduardo es capaz de expresar; en su relato, éste nos dice:

Siempre he tenido en mente que mi hermano ha sido lo mejor que me pudo haber pasado, y es porque él me ha enseñado demasiadas cosas, él fue el motivo de que yo tomara esa decisión de prepararme para ser docente, sé cuál es la importancia del trato para las personas con discapacidad, sobre todo con los niños, hay que tener mayor delicadeza. Las cosas que se viven diariamente con ellos es lo que me hace llegar a esa conclusión de desear ayudarlos de la mejor manera posible.

Como puede observarse, en esta parte de la historia de Luis Eduardo su actitud empática es el resultado de la convivencia permanente con su hermano en un ambiente familiar que como hermanos han compartido

toda la vida. En su caso, la empatía es evidente y trasciende al plano de lo ético. La empatía está superada, esto es indudable; pensar ayudar a su hermano, y a muchas personas en iguales condiciones, se corresponde, en este caso, con una ética de alteridad.

Por otra parte, la disposición de Luis para ayudar a su hermano y a otros en iguales o parecidas circunstancias nos está diciendo que tal disposición constituye una característica de un docente incluyente. Esto mismo nos dice Montserrat, en su relato de vida, quien tiene un hermano que ha sido víctima de acoso escolar, y que a raíz de las situaciones de maltrato que ha sufrido su hermano se ha sensibilizado, por lo que nos dice: “me propuse ser maestra, alguien que hiciera que ningún niño llegara a sentirse menos y que incluyera a todos”.

Estos ejemplos nos llevan a pensar que la empatía, además de pensarse como una actitud valoral o de reconocimiento de sí mismo y del otro, también puede entenderse como una cualidad que debe caracterizar a un docente en educación especial, desde la perspectiva de la inclusión educativa, y por ello, como un rasgo de identidad personal y profesional.

Empatía, elección profesional e identidad

A manera de conclusión, es necesario hablar de la empatía y de su relación con la elección de carrera, la identidad profesional y la alteridad. Afirmamos, para empezar, que la empatía tiene su origen en las vivencias que el estudiante ha tenido en el curso ontológico de su existencia, que han dejado huella en su desarrollo general y moldeado su sensibilidad y carácter, es decir, la empatía tiene su origen en diversas experiencias formativas influidas por diversos factores sociales y culturales.

Por lo anterior, se puede decir que los motivos por los que los estudiantes eligieron la carrera en inclusión educativa no tienen su origen en las situaciones y experiencias vividas al interactuar con personas en situación de discapacidad o víctimas de discriminación. Sin embargo, la importancia de estas situaciones y experiencias está en el sentido de que han sido oportunidades para que el estudiante se reconozca a sí mismo y reconozca a los demás, pero aún más importante que esto, para que se interese por ayudar al otro, con lo que gradualmente adoptaría una actitud ética de responsabilidad.

En cuanto a la elección profesional, podemos afirmar que los motivos o razones que están en la base de tal elección derivan de la empatía y se fortalecen en las experiencias diversas y continuas dentro de un

trayecto que va de la sensibilidad, pasando por la empatía, a un posicionamiento ético fundado en la alteridad. De aquí que afirmemos que la actitud empática representa la verdadera razón que inclinó la voluntad de los estudiantes y su interés por la profesión elegida.

Lo mismo podemos afirmar en relación con la identidad profesional. Como hemos visto, la empatía es una actitud que está en la base de la elección profesional; pero también la empatía es una de las cualidades más importantes de la identidad profesional. Los estudiantes reconocen, aunque no de forma consciente, su interés por conocer y ayudar al otro como una cualidad asociada no únicamente a su identidad como personas, sino a la identidad profesional; de aquí que afirmemos que la génesis de la identidad profesional debe buscarse en la relación entre la identidad personal y la identidad profesional, en esas historias que se van construyendo en el trayecto de la vida, consideradas, como dice Ricoeur (1996), como una cadena de transformaciones subjetivas.

Finalmente, ayudar a otros no se limita solamente al plano del deseo, de las buenas intenciones, sino que es pasar a la acción, y con esto se ingresa a un plano más complejo donde no únicamente se reconoce el agente a sí mismo, también reconoce al otro y lo acepta

en su diferencia, y no sólo esto, interactúa y se desarrolla junto con el otro a quien respeta y de quien aprende y, sobre todo, del cual se responsabiliza, ambos como sujetos en libertad. Vista así, la empatía constituye un primer eslabón de una cadena de actitudes articuladas en diferentes relaciones que inician con el reconocimiento del otro y se elevan hasta alcanzar uno de los niveles más altos del comportamiento humano: la actitud ética.

Referencias

- Cyrulnik, B. (2019). Resiliencia. El dolor es inevitable, el sufrimiento es opcional. BBVA Aprendamos Juntos. Un proyecto de educación para una vida mejor. Entrevista, [video] Youtube. Entrevistadora Psicóloga Violeta Esteban. <https://www.BBVAaprendemosjuntos.com/es>
- Espinosa, A. (2020). En torno a la identidad profesional. ENEEEM, Trabajo inédito. Estado de México-México.
- García, V. (2015). La creación de sí mismo. Verdad y ficción en los relatos de vida. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. Consejo Mexicano de Investigación Educativa A.C. 20 (64), pp. 195-218.
- López, M. B., Filippetti, V. A. y Richaud, M. C. (2014). Empatía. Desde la perspectiva automática hasta los procesos

controlados, *Avance en Psicología Latinoamericana*. 32 (1), pp. 37-51.

Ricoeur, P. (1996). *Tiempo y Narración*, vol. III, *Historia y narratividad*. Siglo XXI.

Rizo, M. (2004, enero-abril). Reseña de “El espacio biográfico”. En Arfuch, L. *Dilemas de la subjetividad contemporánea*. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, XLVI, (190), pp. 232-238.

Vallejo Villa, S. (2014, julio-diciembre). La psicología de la alteridad, un modo de habitar y comprender la experiencia educativa del presente. *Revista Fundación Universitaria Luis Amigó*. 1 (2), pp. 114-125.

NARRATIVAS ESTUDIANTILES

Mi vocación

Montserrat Garduño López

Nunca me ha gustado hablar de mí, ya que considero que es algo egocéntrico; sin embargo, me parece interesante indagar en mi historia de vida para averiguar los motivos que tengo y tuve al elegir esta carrera.

Nací en una familia humilde, en la que las únicas preocupaciones que teníamos eran económicas; a mí en cambio, me preocupaba conocer muchas cosas, por lo que al entrar al preescolar quedé fascinada con todo, con la escuela, con mis compañeros, con las actividades que realizábamos, pero sobre todo con mi profesora, bueno, en realidad con todas las maestras.

Al entrar a primaria todos mis compañeros decían que cuando ellos crecieran querían ser doctores, policías, bomberos, astronautas, veterinarias y más cosas... pero a mí siempre me juzgaban por querer ser maestra, ya que decían que los maestros sólo se dedicaban a dejar tarea.

Con esa mentalidad y comentarios crecí. Recuerdo que al salir de primaria mi mamá me inscribió en un

curso de verano de baile en el cual tuve la oportunidad de convivir con chicos de mi misma edad, pero con síndrome de Down; para mí fue una situación un poco extraña al principio, ya que yo tenía miedo de hacer algún movimiento o actividad que pudiera lastimarlos pues yo nunca había visto a personas con esas características; sin embargo, me sorprendió mucho ver que ellos podían hacer todas las actividades que indicaban y con mejor actitud que yo.

Ese fue un momento crucial en mi vida, ya que a partir de ese curso de verano empecé a investigar más acerca de cómo ayudar, no sólo a ellos, sino a todos los que necesitaran de mí. Obviamente, me centré en los chicos con síndrome de Down porque, al igual que yo, muchas personas desconocían acerca del tema. Mis padres, al notar mi interés, quisieron ayudarme con lo que más disfruto hacer: leer; me compraron libros y libros que hablaban de personas con discapacidad. Recuerdo un libro en especial en el cual una de las protagonistas era una niña de cuatro años con síndrome de Down, les comenté a mis padres que a mí me interesaba conocer más acerca de cómo ayudar a las personas con discapacidad, en especial por mi experiencia pasada en el curso de verano. Mis papás al igual que yo, al ser ignorantes en el tema, la única información que lograron darme fue que a las personas con discapacidad se les atendía en el Teletón. Yo no

conocía mucho de eso, pero quería ayudar, entonces les pedí a mis papás ir a un centro Teletón, ellos lo dudaron, ya que sabían que en el Teletón se encontraban niños con discapacidades muy graves y no sabían cómo reaccionaría yo.

Llegué a segundo grado de secundaria y el ambiente nunca cambió, pero era algo a lo que ya me había acostumbrado, en este ciclo escolar todos volvieron a cuestionarse “¿Qué queremos estudiar?” y aunque todas las respuestas ya eran más enfocadas, nadie se veía realmente convencido.

En este año pasaría algo que marcaría una etapa muy dura de mi vida, ya que yo tengo un hermano menor que amo con todo mi corazón, y que durante toda su vida siempre fue el más consentido, y eso lo había hecho ser un poco dependiente de mí, pero nunca le tomé importancia, pues jamás pensé que el consentir a una persona fuera malo. Mi hermano sufrió de *bullying* en el preescolar, y aunque nadie me culpaba a mí, yo lo sentía así por darle siempre todo y no marcar límites con él; fue un momento muy difícil para mí, ya que el ver que mi hermano no quería ir a la escuela me dolía muchísimo. En ese momento me propuse llegar a ser una maestra, alguien que hiciera que ningún niño llegara a sentirse menos y que incluyera a todos.

Al pasar a tercer grado de preparatoria fue cuando realmente comencé a preocuparme por mi carrera;

estaba muy confundida, por lo cual una asesora educativa se ofreció a ayudarme en este proceso, yo acepté, aunque tenía mis dudas, ya que desconfiaba de que los resultados no fueran lo que yo realmente esperaba. La asesora me hablaba en múltiples ocasiones de la vocación y de lo importante que esto sería a la hora de elegir mi carrera. Junto a esta asesora indagué muchas opciones de licenciatura que podían llamarme la atención, yo le comentaba que realmente me interesaba ayudar a las personas con discapacidad, ya que opino que, para la sociedad, están en un rango muy bajo. Ella me comentó que existía una Licenciatura en Inclusión Educativa que cubría todas mis expectativas; así fue como conocí la ENEEEM, hice el examen y me quedé en la primera vuelta.

En la actualidad me encuentro estudiando esta licenciatura tan bonita en un lugar donde muchas personas comparten ideales como los míos, realmente me doy cuenta de que apenas estoy iniciando esta aventura y me falta desarrollar muchas cualidades y competencias que un docente inclusivo debe tener, pero claro, recién voy emprendiendo este vuelo...

Transformación y perspectiva de la vida

Jenny Guadalupe Santiago Ramírez

Los pasajes de la vida de las personas, las cosas, los lugares, están dispersos en la memoria, algunas pueden ser recordadas y otras no tienen gran importancia, y creo profundamente en que siempre quedarán en la memoria y en el corazón de las personas que de verdad te dejaron huella, las que te enseñaron demasiadas cosas de la vida... a verla desde otra perspectiva. De ahí mi historia y el presente, que más que pasado o presente, es eso, la persona que soy ahora.

Todo comenzó una mañana en la secundaria, el profesor Mariano nos comentó que vendría un niño nuevo y que iba a unirse a nuestro grupo, nos dijo que deberíamos tratarlo con mucho respeto y amabilidad, ya que José tenía una discapacidad auditiva, era sordo.

En particular, me emocionaba demasiado tener un compañero nuevo, sin embargo, a muchos de mis compañeros no les agradaba la noticia. Al día siguiente, el nuevo compañero se unió con nosotros, varios amigos ya queríamos conocerlo; cuando llegó, llegó con su mamá, ella era su intérprete, al mismo tiempo que ayudaba a su hijo, ayudaba al maestro

Mariano, y a nosotros nos apoyaba a comunicarnos con José por medio de señas.

Me daba miedo y nervios imaginar cómo los demás iban a tratarlo, porque hay personas que no son buenas o no tienen un corazón amable. Pasaron los días y noté que mis compañeros comenzaron a tratar de una manera diferente a José, y no precisamente de una forma amable, ya que comenzaron a ponerle apodos, a burlarse de él... en pocas palabras, a hacerlo sentir menos. Esta situación me molestó mucho y le comenté a un profesor llamado Saúl todo lo que estaba sucediendo con las malas actitudes de mis compañeros; la reacción del profesor me sorprendió bastante, porque no le interesó y no estaba dispuesto a hacer algo para mejorar la situación; en ese preciso instante sentí coraje, pero yo, como alumna, no podía hacer nada al respecto.

Al día siguiente le dije al profesor Mariano lo que estaba sucediendo, también le comenté sobre la reacción del maestro Saúl. El maestro Mariano se molestó mucho y me dijo que haría todo lo que estuviera de su parte para evitar que se repitieran esos comportamientos de mis compañeros. También me prometió hablar con el maestro Saúl.

Creí que ellos como docentes entenderían mejor la situación y que brindarían ese apoyo a José para que él pudiera desenvolverse en un contexto agradable y así

podiera lograr un aprendizaje mejor, pero resultó todo lo contrario, había maestros que no lo apoyaban y lo mismo sucedía con los compañeros.

Durante varios días estuve con José, acompañándolo para que no se sintiera solo, varios de mis compañeros fueron muy empáticos, hacíamos que José se sintiera cómodo y en confianza. Nos alegraba mucho aprender lengua de señas con él, porque de esta manera podíamos comunicarnos con mucha más facilidad.

Un día me senté a conversar un poco con José y me platicó cosas que en realidad me quedé anonadada... me contó que se había cambiado de escuela porque en las anteriores lo molestaban mucho, lo hacían sentir menos, incluyendo a algunos profesores; que su mamá y él huyeron porque su papá los maltrataba, dijo que su papá no lo quería y tuvieron demasiados problemas. Me quedé paralizada, en un inicio no sabía qué decirle, pero se me salieron las lágrimas, y me puse a pensar cómo es que todavía existen personas con mente cerrada, llena de prejuicios, que son antipáticos y que no se dan el tiempo de conocer a las personas a profundidad, pues no saben por todas las situaciones difíciles que han pasado y que han tenido que enfrentar.

Cuando me salieron esas lágrimas, a José sólo se le pusieron los ojos cristalinos, llenos de lágrimas, pero

no lloró, me quedé de alguna manera sorprendida, porque comenzó a decirme que no tenía de que preocuparme, que todo estaba bien, que él con el paso del tiempo se volvió más fuerte y no le importaba lo que la gente dijera de él, que era muy feliz al lado de su mamá; dijo que tenía lo necesario, que no le faltaba nada, que su mamá había trabajado mucho hasta lograr que él fuera seguro de sí mismo. Me conmovió bastante lo que me platicó y me agradó tanto que me tuviera esa confianza que fue en ese momento cuando entendí que no necesitas muchas cosas para ser feliz; mientras tengas a tu familia apoyándote, todo está bien. José, de alguna manera, me ayudó a ver la vida desde otra perspectiva, que debes valorar lo que tienes y disfrutar al máximo todo, que no debes guiarte por la primera impresión que tengas de alguien, y gracias a esta experiencia, pude formarme mejor como persona, a ser más humana.

Desde entonces tengo esa disposición para ayudar a los demás, de apoyarlos y de hacerles ver que no están solos, que siempre habrá alguien que estará con ellos. Actualmente estudio la Licenciatura en Inclusión Educativa en la Normal de Educación Especial del Estado de México y hoy tengo que decir que esa es la actitud que quiero mostrar, ser una persona sensible, humana, cuya mirada capte la mirada del otro que se encuentra en condiciones vulnerables; sé que estoy a

tiempo de cambiar la perspectiva de las demás personas y estoy dispuesta a trabajar en ello porque estoy consciente que el objetivo de un docente es brindar conocimientos, ayudar a alumnos que se encuentran en situaciones problemáticas; estoy segura de que en esta escuela podré obtener herramientas para ayudar al alumnado en general y saber cómo puedo brindar una mejor ayuda a los más necesitados.

Por la experiencia que tuve con José, sé que existen muchas personas que están pasando por lo mismo y que al igual que muchos, quieren ver un cambio en la sociedad, por eso digo que mi pasado al parecer es el presente de muchos.

Mi vida en letras

Oscar Daniel Gayosso Leños

Mi historia ha tenido muchas alegrías, tristezas, dudas, “sacadas de onda”, etc., pero al ponerme a pensar me doy cuenta de que ha sido muy interesante. Todo comenzó así:

Me encontraba en preescolar, un nuevo mundo para mí. La verdad tenía mucho miedo, siempre fui un niño muy tímido y poco sociable, todo el tiempo me preguntaba ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Esto para qué sirve? en ese momento creía que mis padres me habían abandonado o algo por el estilo, con mucho trabajo logré hacer dos amigos, no recuerdo mucho de ellos, sólo que uno era un poco gordo y el otro muy flaco, me la pasaba increíble con ellos y nos la pasábamos jugando, en esa etapa tenía una maestra que cada que llegaba al salón me cargaba y me daba un beso y yo me preguntaba ¿Por qué a mí y a los demás niños no?, al parecer era su favorito, y eso estaba súper bien. Toda esta etapa fue felicidad y alegría hasta que terminé el preescolar y me dieron la noticia de que tenía que entrar a la primaria, en ese momento se me borró la sonrisa de la cara y todo fue tristeza, pues ahora volvía a tener el mismo miedo que cuando fui al preescolar, y

lo más triste es que tenía que volver a hacer amigos, y para mí eso era todo un reto.

La primaria me llenó de una experiencia muy hermosa y puedo decir que es una de las principales razones por las cuales estoy aquí. Al momento que me dieron la noticia de que tenía que entrar a la primaria les preguntaba a mis padres ¿Más escuela? Era algo muy difícil para mí, pero era muy ingenuo, no sabía que eso me ayudaría en el futuro. Asistí a la primaria de Progreso Industrial, llamada “Emiliano Zapata”, otro mundo nuevo para mí; en el primer año tenía un compañero a quien todos le tenían miedo y no se le acercaban, pero ¿Por qué le tenían tanto miedo?, yo lo veía como cualquier otro niño, aun cuando este compañero presentaba una discapacidad motora, pero a mí eso no me importaba, yo era el único que convivía con él, era mi único amigo; siempre lo apoyaba en todo y para mí era maravilloso poder ayudarlo, ¿Ahora se dan cuenta porqué estoy aquí?. Todo fue así hasta que un día en tercero de primaria mi amigo Joaquín ya no asistió a la escuela y hasta hoy en día no lo he vuelto a ver, ¿Qué habrá pasado con él? Tal vez siempre me quedaré con esa duda.

Mis últimos años de la primaria me la pasé mucho tiempo solo, ya que me costaba trabajo socializar con otros niños. Al final logré hacer otros dos nuevos amigos y otra vez, todo volvía a ser alegría, pero no

dudaría para siempre, ya que ahora debía entrar a la secundaria y otra vez debía pasar por ese miedo de estar solo y vivir cosas nuevas.

La adolescencia fue una etapa de mi vida que no me gustó mucho, pues no convivía con mis compañeros y contaba los días para salir de la secundaria, para mí lo único bueno de esa etapa fue que mi mamá me llevó por primera vez a su CAM, pues ella es profesora de Educación Especial; para mí fue una satisfacción muy grande poder convivir con niños con alguna discapacidad, ya que eso fue lo que me convenció de querer ser docente de Educación Especial y ayudar a los que más lo necesitan. Recuerdo que al estar en el CAM convivía con un niño que tenía síndrome de Down, me parecía increíble ver como cada que él veía a otro niño con algún problema intentaba ayudarlo y le daba todo su apoyo, en esos momentos deseaba que todos vieran lo que yo estaba viendo y que cambiaran su manera de pensar sobre las personas con discapacidad.

En la preparatoria todo fue diferente, asistía en la Preparatoria 148, ubicada en San Idelfonso, desde un principio yo iba con la idea de ser más sociable y lo logré, empecé a conocer y convivir con muchas personas, además viví nuevas experiencias, para ser sincero esta ha sido la mejor etapa de mi vida, pues

tuve nuevas experiencias y adquirí mejores conocimientos de la vida.

Después de todo este trayecto estoy en la universidad, me encuentro en la Escuela Normal de Educación Especial del Estado de México y me la estoy pasando increíble, pues todos son maravillosos y hacen que me la pase muy cómodo y seguro. Me siento muy feliz de estar aquí y estar cumpliendo mi sueño de ser docente de Educación Especial. Desarrollaré más algunas competencias, como la responsabilidad, la tolerancia y la paciencia para ser un buen docente inclusivo.

Por fin he perdido ese miedo de estar solo, esa sensación de desesperación, ese sentimiento de tristeza, pues, como ya lo había mencionado, me siento increíble conmigo y con todos, debo agradecer a mis compañeros por hacerme sentir tan bien; sé que siempre me estaré enfrentando a nuevos retos y desafíos ya que quiero llegar a tener un doctorado, sé que no será fácil pero siempre estaré dispuesto a todo hasta cumplir mis sueños y metas.

Una y otra vez

María del Carmen González Murillo

Hoy por fin estoy cumpliendo uno de mis sueños, llegar a ser una profesionista; estoy segura de que me dejará muchos aprendizajes, experiencias y valores nuevos cada día para así hacerme cada vez mejor persona y compartir todo lo que pueda dar, así como lo hicieron conmigo todas las personas que me han apoyado, como aquellas que me enseñaron a leer y a escribir.

Aún tengo dudas, ¿Podré lograrlo? Yo creo que no será fácil, pero de lo que estoy segura es que es la mejor decisión que pude haber tomado.

En el año 1994, con sólo cinco años ingresé al preescolar, no me gustaba ir, me daba miedo entrar, no me sentía segura, esto era porque dos niños de los cuales recuerdo muy bien sus nombres, Alan y Javier, me molestaban y me golpeaban, jamás le dije a mi mamá; no entendía por qué me trataban así si yo no les hacía nada. Conforme fue pasando el ciclo escolar me dejaron de molestar y fue entonces cuando empecé a disfrutar el ir al preescolar. Después que me dejaron en paz me dije que no dejaría que otros niños pasaran por lo que yo pasé. Recuerdo cómo sufrían los

compañeros cuando no aprendían a leer y a escribir, afortunadamente yo sí lo logré. Ahora quiero trabajar con niños para que ninguno pase por esa situación.

En el año 2000 entré a la primaria, y pensé que las cosas cambiarían un poco de lo vivido en el precolar pero no fue así, ya que los niños de mi grupo no se querían juntar conmigo y diario me robaban mi *lunch*, aun así, me gustaba mucho ir a la escuela, aunque a veces me sentía mal y sola. Reprobé el tercer año, yo creo que era por lo mismo que pasaba, el no tener amigos me hacía que no le “echara ganas” a la escuela y que me fuera atrasando. Al repetir el año pasé con otro grupo. Este grupo me recibió muy bien, todos eran muy amables y ahí todos éramos amigos. Ahí me prometí que siempre que viera a alguien sólo me acercaría a él para que no estuviera como yo estuve por tres años. A partir de ese momento me encantó ir a la escuela, siempre tuve compañeros con quien jugar y nunca volví a estar sola.

En cuarto año entró una niña llamada Lolita, que había sido diagnosticada con síndrome de Down. Me sorprendió mucho que todos queríamos que se sintiera bien y la cuidábamos, ella era muy linda persona y muy alegre. En ese mismo año entró un niño al grupo de sexto, él tenía baja estatura, un día me lo encontré en la cooperativa y no alcanzaba para pedir su comida, yo le dije que si quería yo le pedía lo que iba a comprar, él

no dijo nada, solo me empezó a dar de patadas, eso me consternó mucho, pues yo sólo quería ayudarlo y no entendí su reacción.

Terminé la primaria y empecé la telesecundaria en el año 2007, recuerdo que fui de la escolta, concursé en competencias de baile y me da gusto decir que en los tres años me encontré en el cuadro de honor.

En el transcurso de la secundaria conocí a varias personas que me enseñaron lo valioso que es la vida y el estar bien, una de ellas fue la hija de mi maestra, quien tenía una discapacidad; nunca me enteré de cuál era su condición, pero era una niña muy delgadita, sentía que se iba a “romper” en cada paso que daba; la niña tenía dificultades para realizar algunas actividades y, además, su rostro mostraba fuertes signos de debilidad. También conocí a una guerrera - y me expreso así de ella porque luchó contra una enfermedad llamada leucemia, la cual no cualquiera enfrentaría como ella-, hablo de mi amiga Nancy. Ella me enseñó muchas cosas, como que el cansancio o una enfermedad no te deben detener para hacer lo que te apasione. “Por algo pasan las cosas”, dice la gente, y tal vez tienen razón, pues tuve que pasar por la muerte de mi amiga y toda su lucha contra el cáncer para darme cuenta de que la vida es sólo una y hay que vivirla a lo máximo, claro, sin dañar a los demás. Hasta ahora entiendo que hay que disfrutar lo bueno y

afrontar lo malo que nos llegue a pasar, que son batallas que nos pone Dios y sólo nosotros podemos salir de ellas.

Antes de salir de la secundaria realicé mi examen para la Escuela Militar, ya que en ese momento mi sueño era estudiar en ese lugar. Me preparé mucho, fui a clases de natación y corría largas distancias para mejorar mi condición y tener resistencia. El día de mi prueba de salud fui la primera en pasar, no hubo impedimento en la de peso y estatura, pero al llegar a la segunda etapa de la primera prueba que era la de la vista, no la pasé, pues debo usar lentes, además, me comentaron que no podía entrar a la escuela por un lunar que tengo en el ojo del lado izquierdo. En ese momento me sentí muy triste, fue la primera vez que me sentí discriminada, no tanto por la vista sino por mi lunar, del cual yo nunca tuve ningún complejo, de niña tal vez lo tuve, pero a los quince años ya no me preocupaban ese tipo de cosas. Esa fue mi primera decepción. Pero no todo fue malo en esa etapa, conocí al amor de mi vida, el cual ahora es mi esposo.

Realicé mi examen para la prepa y me quedé en la Preparatoria Oficial No. 87. Esta etapa fue la mejor etapa que he vivido en mi vida, fui jefa de grupo los tres años y salí a conocer muchos lugares interesantes. Me encantaba salir a obras de teatro, museos, zonas arqueológicas, etc. Antes de salir de la preparatoria

hice exámenes para ingresar a la universidad, el Instituto Politécnico, la UNAM y la UAEM, quería estudiar psicología; pero no me quedé en ninguna opción. Esta fue la segunda vez que me decepcioné tanto.

En ese año que no me quedé, me puse a trabajar en una dulcería, ahí conocí lo que como empleada llegas a sufrir y a batallar; también supe que a los jefes lo que les importa es ganar, y que tú eres desechable, cuando ya no les sirves habrá otro que quiera hacer tu trabajo. Pero no todo fue malo, conocí gente muy buena y humilde, también gente mala, ahí ves de todo tipo de gente. Recuerdo a Mauricio, siempre iba por sus *duvalines*, pues los vendía para poder tener un ingreso y ayudar a su hermana, él tenía síndrome de Down.

Pasaron los años y realicé varios intentos para ingresar a la universidad en la carrera de psicología o derecho, “una y otra vez” no me quedaba en ninguna. Conforme iban pasando los años, me desilusionaba cada vez más. Durante esos años trabajé en una zapatería y una microempresa. En la zapatería todo era muy aburrido; en la microempresa –trabajo que conseguí por medio de mis tíos- me encantaba ir, era un ambiente muy agradable y tuve la oportunidad de tomar un curso por medio de la empresa para auxiliar de administración y mi jefe era muy buena persona, nada que ver con el de la dulcería. Duré en ese trabajo

tres años. Un año antes de salirme de mi trabajo maravilloso me casé con el amor de mi vida, después de siete años de relación. La verdad, tenía miedo, ya que estaba muy chica y quería seguir estudiando y prepararme cada vez más. Al final decidí casarme, porque en la vida sólo conoces una sola vez el amor verdadero.

Después de ese cambio tan radical en mi vida y de “una y otra vez” intentar quedarme en la universidad, me empezó a llamar la atención la docencia. He visto con mis propios ojos lo noble que es esa carrera y que no sólo implica enseñar o dar clases, es querer a los niños como tuyos, ser docente es luchar por una educación de calidad.

Gracias a todos los acercamientos que tuve a lo largo de mi vida con personas con discapacidad decidí ser docente inclusivo y corrí con la suerte de que, por primera vez en su historia, la ENEEEM no puso límites de edad para ingresar a la Licenciatura en Inclusión Educativa, fue algo hermoso saber que tenía la oportunidad, y la aproveché. Y al fin estoy logrando unos de mis mayores anhelos, seré una docente inclusiva.

Una vida en una pequeña historia

Luis Eduardo Reyes Salazar

Mi nombre es Luis, tengo dieciocho años ¿Cuándo decidí ser docente? A decir verdad, no crecí pensando en que de grande me convertiría en alguien que fuera muy importante para la sociedad, digo esto porque creo que como maestros seremos personas que se encargarán de ayudar, ya no sólo pensaremos en nosotros, sino en qué hacer para que todos se involucren en la “inclusión”.

Siempre he dicho que esta no fue mi primera opción, yo no fui de aquellos niños que cuando les preguntaban ¿Qué quieres ser de grande? Contestaban: maestro, licenciado, doctor o quizá hasta presidente, o alguno que otro que creía que podía llegar a ser un súper héroe; o como las niñas que deseaban convertirse en princesas de un enorme castillo. De hecho, el ser docente fue una de las últimas cosas en las que llegué a pensar en convertirme, sin embargo, entre más crecía mis decisiones fueron cambiando, conforme crecía me empezaron a gustar algunas profesiones o quizás oficios, yo iba en ese entonces al jardín de niños y fue ahí cuando me hacían todas esas preguntas, nunca supe responder porque en

realidad no tenía claro qué me habría gustado hacer, había días que mi papá me llevaba a su trabajo y veía todas esas motos que ahí fabricaban, soñé con poder construir algo algún día, viví creciendo con eso mucho tiempo, de hecho era algo con lo que vivía a diario, pero en algún momento esto cambió.

Iba en segundo año de preescolar y anhelaba tener un hermanito que me hiciera compañía, por fin lo tuve y para mí era lo más genial del mundo, porque ya tenía con quien jugar todo el día. Aunque tenía muchos vecinos y primos no quería jugar con ellos porque siempre se llevaban mis juguetes, por eso siempre preferí a mi hermano; crecimos siempre juntos, si queríamos algo, era comprarlo para los dos o en ocasiones teníamos que compartirlo. Un día papá y mamá comenzaron a notar que él no crecía y comenzaron a investigar por varios lados las causas de la falta de desarrollo, hasta que por fin se enteraron, y vaya sorpresa, mi hermano era una persona con discapacidad, yo en realidad no entendía qué era eso, así que continué como si nada pasara, pero creo que no todo fue así para mis padres. Comenzaron las discusiones, incluso puedo decir que hasta los golpes; un día tuvieron la discusión más fuerte de todas, hicieron la fiesta del lugar donde vivo, mi papá ese día comenzó a tomar demasiado, era ya muy noche y mi mamá, mi hermano y yo nos fuimos para la casa,

llegando nos metimos a dormir, no sé qué tanto tiempo haya pasado, pero cuando llegó mi papá comenzaron a gritar y pelear como ya había pasado en tantas ocasiones, recuerdo que fue tanto el ruido que me desperté y al ver cómo peleaban sólo comencé a llorar y gritar de desesperación. Llegaron mis tíos, por parte de mi mamá, agarraron a mi papá y se lo llevaron, ese día nos separaron; yo tuve que irme con papá a la casa de mi abuela, mientras que mamá se quedaba con mi hermano en casa de mi abuela materna; un día se separaron y quiero pensar que él no se sentía suficientemente apto para cuidar a alguien como mi hermano, ya que ahora cuando lo llego a ver es algo que él me comenta. Debido a eso que pasó tuve un impacto tan fuerte por aquellas imágenes que se grabaron muy bien en mi mente, fue tanto el dolor y tristeza que eso es lo que hizo que mi forma de ser cambiara, pues siempre trato de mostrar la buena parte que hay en mí. Desde entonces aprendí que nunca debo maltratar a una mujer, de hecho, ahora cuando llego a ver que alguien lo hace, intervengo para evitarlo, conozca o no a los involucrados.

Para poder superar esas imágenes tuve que recibir mucha ayuda, me llevó alrededor de doce años intentar superarlo; incluso ahora, si llego a recordarlo, es algo que me llena de tristeza, cuando eso me pasa, procuro pensar en algo positivo, ya que sé que eso no me traerá

nada bueno. Por estas experiencias fue que en algún momento quise ser psicólogo, ya que no me gustaría que las personas se queden con algo dentro de ellos, algo que les esté haciendo daño. Sin embargo, para poder lograrlo, se me presentarían muchos obstáculos.

Como mis padres ya se habían separado, tuve que seguir solamente con el ejemplo de mamá, quien tuvo que tomar el papel también de papá. Tuvimos que seguir adelante como si nada pasara en nuestras vidas, los tres: mi mamá, mi hermano y yo. Mientras cursaba la primaria comenzaron algunos problemas, las personas de mi alrededor ya no querían que continuara con mis estudios, se preguntaban para qué, si al final ni terminaría, siempre decían que no podría, que sólo era pérdida de dinero, según ellos nunca podría salir ni de la secundaria, que terminaría cayendo en las drogas o cosas así. El asunto era que mientras más avanzaba en mis estudios, más problemas como ese surgían, llegué a la secundaria y ahí entró en mí un gusto que ahora se volvió una pasión “la música”, pero de ahí surgió otro: la tecnología, me gustaron las computadoras y así siguió siendo durante toda la secundaria. Fue en la preparatoria donde comencé a comprender las cosas, y en vez de que me molestara lo que decían de mí, mejor decidí ocupar el tiempo en seguir avanzando en mis estudios y vaya que cuando concluí me dio mucho gusto haberles demostrado más

que con palabras, y por qué no decirlo, pude cerrar muchas bocas.

Esta época fue de mucha intensidad, ahí fue donde conocí lo que es amar, odiar, sentir miedos y experimentar aventuras. Como en todo, hubo una época de experimentación, esta vez fue el amor, tanto familiar como en algunas relaciones, pero no se puede vivir de esto toda la vida, también conocí aquellas cosas que me hicieron daño, amigos, drogas, cigarros, alcohol. Pasando el tiempo, me empecé a deshacer de aquello que no necesitaba en mi vida, las amistades malas fueron desapareciendo, las drogas jamás las quise en mi vida y lo demás, es algo que algún día dejaré de consumir y también debo admitir que algún día encontré el amor, llegó alguien que me hizo cambiar y vaya que fue para bien. Conocí a dos chicos que se convirtieron en mis amigos, fueron ellos con quienes compartí las experiencias de la prepa; un día llegamos a la clausura, día en que nos separamos, pero no del todo, en días nos veíamos y convivíamos, aunque casi siempre era en mi casa, a pesar de todo nos la pasábamos muy bien, después los dejé de ver, ya que uno se convirtió en papá y el otro se fue a vivir a Monterrey, así que sólo quedé con la chica que se convirtió en todo para mí, “mi novia” ella es quien me acompañó en estas etapas y procesos de vida. Entré a

la universidad Fidel Velázquez, a la carrera de informática.

Mientras comenzaba la nueva etapa de mi vida tenía que ir haciendo planes para el aprendizaje y el fortalecimiento; cuando hubo tiempo de descanso, estudié para lo nuevo que tenía que vivir, el primer día hubo entusiasmo aunque a la vez hubo intriga de lo que estaría por venir, recibí orientación y mucha ayuda, tanto de compañeros como de profesores, lamentablemente entré un poco tarde, por lo que me atrasé, aunque eso no me iba a impedir aprender, investigué más sobre la carrera y por suerte en mi camino se cruzó un chico que me enseñó todo lo que él sabía y conocía, ya que él había estudiado por más de tres años en esa carrera y para mí era algo nuevo. Sabía que podría ser difícil pero no imposible, así que me comprometí a seguir adelante y como ya había estudiado algo anteriormente, entre él y yo nos apoyamos en varias cosas, lo que él no sabía yo se lo aportaba y viceversa, aunque no sólo tratamos cosas de la escuela, pues él me ayudó en mi vida y yo en la suya, él aprendió de mí cómo vestirse mejor (supuestamente), y yo aprendí a como poder soltarme más en las convivencias ante las personas, pero bueno, el tiempo corría y mientras más avanzaba, menor tiempo de estar ahí había, ya que por haber entrado retrasado a los cursos tuve algunos problemas, pero

llegó el tiempo en que tuve que decir adiós, confieso que a algunos les tomé cariño muy rápido, por eso los llevo a ver de vez en cuando. Comprendí que no podía quedarme sin estudiar por lo que empecé a buscar más alternativas, aunque aún me quedaban ocho meses para pensarlo, ya lo haría después.

Siempre he tenido en mente que mi hermano ha sido lo mejor que me pudo haber pasado y es porque él me ha enseñado demasiadas cosas, él fue el motivo de que yo tomara esta decisión de prepararme para ser docente, se cuál es la importancia del trato para las personas con discapacidad, sobre todo con los niños, hay que tener mayor delicadeza. Pasando el tiempo llegué a pensar que necesitábamos ser más las personas que estamos dispuestas a ayudar a estos chicos, las cosas que se viven diariamente con ellos es lo que me hace llegar a esa conclusión de desear ayudarlos de la mejor manera posible. Como mi decisión ya estaba hecha, emprendí ese camino, investigué y me llamó la atención desde el momento en que empecé a informarme así que hice todo lo posible por poder entrar a esta escuela para prepararme como el mejor docente posible.

Llegó el momento de tomar esa profesión, que más bien diría yo en estos momentos, se ha convertido en una pasión, pero para esto había que esperar el momento de la convocatoria así que mientras tanto

estuve informándome porque aún tenía miedo de tomar esta decisión y no por el cómo serían los niños, sino por no saber cómo poder tratarlos. Un día la maestra de mi hermano se enteró que quería estudiar para ser un docente en inclusión educativa, me dijo que si me interesaba ella me podía ayudar, me preguntó si quería apoyarla el resto del ciclo escolar, acepté, llegué con miedo el primer día pero se fue en el instante cuando vi a los pequeños cómo se divertían, jugaban y reían entre ellos, ver como veían la vida llena de felicidad, como si nada pasara en su entorno. Recuerdo que un día llevaba un micrófono para que aprendieran a usarlo, ya que estábamos preparando una obra de teatro que presentarían en la escuela, ellos al tomarlo, hablaban y cantaban con una gran felicidad, otros aplaudían y seguían la letra de la canción, fue tanta mi emoción que provocó una lágrima en mí. Comprendí que puedes ser feliz contigo mismo y no necesitas de lo malo que dicen los demás, creo que cuando llegue a ser docente, en vez de llegar y enseñar solamente, tendré la oportunidad de aprender demasiadas cosas de ellos, que me enseñen cómo en verdad es el mundo y me muestren las cosas buenas que hay en él, espero seguir contando esta historia, me falta mucho por vivir.

De ahí mi historia y mi presente

Sarahi Roa Trejo

Mi nombre es Sarahi, soy la primera hija de una familia común y pequeña.

La razón por la que quiero ser docente y por qué ahora estoy en la Escuela Normal de Educación Especial del Estado de México comienza desde mi niñez, me recuerdo como aquella niña de apenas tres años, a punto de entrar al preescolar, con miedos, emociones, ilusiones, nervios, ganas de aprender y siempre acompañada y apoyada por mis padres. Recuerdo el primer día de clases, mi mamá despertándome temprano, el desayuno listo en la cocina, mi pequeña mochila y el uniforme nuevo, listo para usarlo, salimos caminando hacia la escuela, mis papás me tomaban de la mano, con una mirada de ilusión, creo que ellos en el fondo sentían feo, mi mamá ya no me iba a tener en casa todos los días, iba a extrañarme, pero así es la vida y yo apenas comenzaba una etapa de mi vida, una nueva etapa para mí, nuevas experiencias y aprendizajes.

Yo iba muy feliz, entusiasmada en el camino, pero al llegar a la escuela y ver la puerta me hice pequeña, fue como si la escuela me fuera a comer y justo en ese

momento una sensación de miedo y nervios se apoderaron de mí, mis padres me acercaron a la puerta de la escuela donde estaba la maestra Julissa dándonos la bienvenida, al cruzar esa puerta pensé que mi madre me dejaría ahí y nunca volvería por mí, sentí muy, muy feo cuando los vi partir y comencé a llorar, yo le decía a la maestra que me dejara salir y le gritaba a mi mamá – mamááááá, no me dejes aquí, llévame contigo— La maestra me tomó de la mano y me llevó al salón, yo seguía en llanto, mi mamá dice que gritaba muy fuerte y ella aun escuchaba mi llanto, eso la hacía sentir triste, también le costó trabajo dejarme, pero eran experiencias, responsabilidades, aprendizajes, aventuras que tenía que asumir, ya que así era la nueva etapa en mi vida.

Minutos después, el llanto pasó, la maestra nos formó en el patio de la escuela, había niños más grandes que yo, observaba en ellos una mirada fija sobre nosotros y al mismo tiempo los notaba felices. Cuando uno es pequeño no comprende las acciones de otras personas, me sentía extraña.

Las maestras comenzaron con algo llamado homenaje, yo no tenía idea de qué era eso, de pronto un grupito de niños muy formados, comenzaron a marchar con la bandera y cantamos. Cuando terminó el homenaje la maestra nos metió al salón y comenzamos a decir nuestros nombres, luego nos dio

una hoja, colores y comenzamos a dibujar. Pasó el tiempo y yo cambié de salón, ya que había pasado a tercero, en ese año recuerdo que ya hacíamos letras, las uníamos para formar palabras, la maestra nos ponía a hacer caligrafía, yo consideraba a la maestra como la mejor de todas, recuerdo un día que estaba haciendo colita de ratón para hacer un dibujo y de pronto se acercó para ver cómo estaba haciendo mi trabajo y me felicitó porque iba muy bien, entonces me preguntó qué quería ser de grande, y yo le dije quiero ser maestra, como usted, ella me respondió con una sonrisa en el rostro y dijo –tú vas a lograr lo que te propongas– esa frase nunca la he olvidado, cuando salí del preescolar dije que quería ser como mi maestra Julissa, ella es la primera razón por la que quiero ser docente.

Ingresé a la primaria “Tierra y Libertad”, que no queda a más de 200 metros de mi casa, y aun así algunos días se me hacía tarde. Recuerdo entrar al salón y ver a un niño sentado casi junto a la puerta, no hablaba, se veía como “raro”, al principio no sabía lo que tenía, después supe que tenía problemas psicológicos, la maestra no le ponía mucha atención, estaba ahí como por compromiso, los compañeros (y me incluyo) no convivíamos con él, casi ni le hablábamos, él cursó la primaria conmigo hasta el tercer año, ya que su mamá decidió sacarlo de la

escuela porque los maestros de la institución no lo pudieron atender adecuadamente.

Después en quinto año una compañera nueva llegó al salón, ella era alta, en su mirada se podía ver como una mezcla de miedo con tristeza, pasaron los días y me di cuenta que también tenía problemas psicológicos y era muy hiperactiva, algunos compañeros del salón le hacían *bullying* por su problema, yo me daba cuenta pero no la defendía ni hacía nada para poder ayudarla, por miedo, según yo, a perder la confianza de mis compañeros, ahora me doy cuenta de los muchos errores que cometí y me arrepiento, pero sé que no puedo dejar que una situación así se repita, en este momento de mi vida si me percatara de una situación como ésta no me quedaría con los brazos cruzados, voy a ayudar y tratar de solucionar este tipo de situaciones.

Otro evento que marcó mi vida ocurrió en la secundaria. En la primera semana de clases nos presentaron los talleres, ya que la secundaria era técnica, contaba con taller de ofimática, dibujo técnico, contabilidad, carpintería, e industria textil, yo escogí ofimática, el primer día de clase de taller conocí a Ingrit, una compañera en silla de ruedas, sinceramente no recuerdo qué discapacidad tenía, pero se trataba de un problema degenerativo. Ella era un gran ser humano, en las clases siempre la incluíamos,

convivíamos mucho con ella, recuerdo una ocasión que hicimos club de lectura y todos teníamos que leer, y a pesar de que ella no podía pronunciar bien las palabras, y casi no se entendía lo que decía, la maestra la ponía a leer junto con nosotros y todos respetábamos su turno. Conviví mucho con Ingrit, aprendí muchas cosas de ella y llegué a admirarla, porque a pesar de todo lo que vivía siempre salía adelante. Después me reencontré con Ingrit en el bachillerato, me dio tanto gusto verla, aunque esta ocasión no nos tocó en el mismo salón.

Cuando pasé a segundo año de bachillerato mi tía me platicó de la Escuela Normal de Educación Especial del Estado de México y no estaba muy convencida de que eso fuera lo mío. Pero un día mi prima, que es ciega, quería entrar a la escuela y no la recibieron, a mi tía le costó mucho encontrar una institución; al fin la encontró, pero mi prima sólo estuvo un año en la escuela porque los profesores no sabían cómo atender sus necesidades, al enfrentarme a esta situación tomé la decisión de ir a la ENEEEM a pedir informes, en cuanto llegué pude percibir un ambiente tranquilo, acogedor, la verdad es que me gustó mucho; después de que me explicaron el proceso de selección, cómo era el trabajo y formación dentro de la institución, salí y le dije a mi mamá, sabes qué, sí quiero estudiar aquí, así que hice mi proceso de

selección, me puse a estudiar para el examen, el día que fui a presentar el examen estaba muy muy nerviosa, creí que casi nadie iba a ir y tendría más oportunidad, pero conforme fue pasando el tiempo llegaban más y más aspirantes, eso me puso más nerviosa. Comencé mi examen y no se me hizo tan difícil estaba segura de que lo iba a pasar pues fui la cuarta en salir del salón. No obstante, la angustia me comía sólo de imaginar que no me quedara, pues era mi única opción, ya que sólo presenté examen para esa escuela. El día de la publicación de los resultados mi mamá y mi hermana me llevaron a la escuela, de verdad sentía que iba a morir, íbamos entrando y vi los folios pegados en un pizarrón, no quería ver, le dije a mi mamá que ella los revisara por mí, al llegar ahí estaba una persona y me pidió mi folio, se lo dicté, ella comenzó a buscarlo y me dijo –muchas felicidades sí te quedaste– esas palabras fueron mi felicidad completa, en ese momento comencé a llorar de la emoción que sentí, mi mamá y mi hermana me abrazaron ellas también estaban muy felices, de verdad fue una noticia que nunca voy a olvidar, pasé con el profesor “Charly”, quien me explicó cómo iba a estar todo, cuándo iniciábamos clases y demás cosas.

Actualmente llevo casi un mes en la escuela, sé que un docente debe tener desarrolladas muchas competencias y habilidades, entre ellas la capacidad de

plantear metodologías inclusivas, distintas estrategias de enseñanza y aprendizaje, crear un ambiente acogedor donde los alumnos se sientan bien para que puedan comunicarse y aprender; como los maestros nos dicen “no hay recetas de cocina”, así que debo dar todo de mí para lograr todos estos objetivos. Sé que no tengo desarrolladas todas estas competencias, pero tengo cuatro años para lograrlo y me voy a dedicar para ser una gran maestra en inclusión educativa. Finalmente, quiero decir que me siento muy feliz y orgullosa de pertenecer a esta hermosa familia que es la ENEEEM, de ahí mi historia y mi presente del por qué quiero ser docente.

Mi antes, mi ahora

Daniela Michelle García Godínez

Me llamo Daniela y he vivido experiencias particulares que influyen en mi pensamiento y actitud de hoy en día. Muchas veces he hablado o juzgado sin pensar y sin conocer a las personas, la gente que me había rodeado en mi ciclo escolar de secundaria y preparatoria eran iguales que yo.

Soy una persona que ha tenido distintos empleos. Trabajando como mesera, en una fiesta infantil, había un *brincolín* donde saltaban los niños de seis y diez años; me llamó la atención que no dejaban subir a una niña que tenía una malformación en la cara, de hecho, mi mamá fue quien lo vio y después me comentó, pero ella no hizo nada ante la situación. Siguió transcurriendo el evento y en cierto momento que ya no había nada que hacer decidimos ver si se ofrecía algo en cada mesa. Encontramos a la pequeña, quien sólo veía cómo los otros niños jugaban, me acerqué y hablé con su mamá para pedirle que me dejara llevarla a jugar, su mamá, con un tono de voz dudoso, me dijo que sí... entonces la llevé al *brincolín*, donde con un tono de voz elevado le dije; “Si alguien te molesta, te hace sentir mal o te dice algo que no te guste me dices,

porque nadie tiene derecho a hacerlo”. Reconozco que lo hice con el fin de que me escucharan todos los niños, aunque me vieron mal por lo que dije, al final todos jugaron juntos. Ante dicha situación, recordé todas las veces que a mí me habían hecho lo mismo por mi apariencia física; antes yo era más gordita, usaba zapato ortopédico y siempre he sido muy alta, por lo que la gente me juzgaba sin conocer y sin saber lo mal que me hacían sentir.

Finalmente, pienso que nadie tiene derecho de juzgar y estoy segura de que absolutamente todos valemos lo mismo. Una de mis metas es crear un ambiente donde los niños se incluyan libremente unos a otros y que se apoyen.

Recientemente fui a trabajar y, como antes lo mencioné que yo trabajo de todo, me contrataron para un evento de “pintacaritas” para la inauguración de un salón de fiestas. Había muchas familias de un nivel socioeconómico alto por la ubicación del salón. Como siempre, faltando una hora para que terminara el evento, empezó a llegar más gente, y entre ellas un niño junto con sus papás y su prima, pasó poco tiempo cuando se escuchó cómo el niño lloró muy fuerte porque quería un globo, toda le gente nos dimos cuenta del “berrinche”, mi mamá y yo, siendo sincera, hablamos mal de él; enseguida su prima lo llevó para que lo pintara y, honestamente, no quería hacerlo, pero

obviamente estaba trabajando y no podría decirle que no. Le pregunté -¿De qué quieres que te pinte? De un tigre, me contestó. Entonces lo comencé a limpiar y él hizo ruidos extraños como de dolor, con mucha preocupación me detuve de inmediato y le dije -¿Estás bien? Me dio miedo que se quejara con sus padres o algo así. Su prima notó mi ansiedad y me dijo: “Él es Autista y por eso se porta de esa manera”. En mi cabeza me di de topes por lo que hablé y cómo me expresé junto con mi mamá, realmente no estuvo bien de nuestra parte pensar mal de otra persona.

Reflexionando sobre estas historias que he vivido me doy cuenta de que muchas veces he sido la víctima, pero lamentablemente otras veces he juzgado y hasta he llegado a ser victimaria. Afortunadamente hoy puedo platicar eso como algo que ya quedó en el pasado; hoy tengo una nueva mirada sobre mí, sobre los demás y sobre lo que me rodea. Me centro en el hoy y trabajo día a día para ser mejor, me siento más consciente de lo que digo y lo que hago, soy consciente también de las consecuencias que mis acciones pueden tener.

Recuerdo que cuando supe de la carrera de Inclusión Educativa me visualicé como maestra y me gustó mucho la idea, nadie en mi familia es docente, y el que yo me esté formando en la ENEEEM ha influido

de manera positiva en mi familia, ahora veo que han cambiado su pensamiento y actitudes hacia los demás.

Una de mis metas, como futura docente, es capacitarme para entender la inclusión y tener una correcta formación para poder crear un clima acogedor, cómodo y lleno de valores para los alumnos, respondiendo a sus necesidades de aprendizaje de forma diversa. Soy una persona que ha cometido errores y que está cambiando para ser mejor por mí y por mi futuro, estoy llena de sueños, metas e ilusiones con ansias de cumplirlas. Soy orgullosamente normalista.

**EL LLAMADO A LA DOCENCIA EN
INCLUSIÓN EDUCATIVA: EL INICIO
DEL CAMINO DE
PROFESIONALIZACIÓN**

EL LLAMADO A LA DOCENCIA EN INCLUSIÓN EDUCATIVA: EL INICIO DEL CAMINO DE PROFESIONALIZACIÓN

*Melba Bringas Hidalgo
Alejandro Espinosa Cendejas*

Las narrativas de los docentes en formación recién ingresados a la Licenciatura en Inclusión Educativa que fueron agrupadas en el rubro de vocación nos permiten entender que los motivos por estudiar esta carrera son variados y dignos de ser leídos.

Lo primero es aclarar que en el presente ensayo miraremos a la vocación docente desde la perspectiva de Tenti y Steinberg (2011) quienes, al plantear la cuestión de ¿El maestro nace o se hace?, identifican por lo menos tres componentes o dimensiones fundamentales, a saber, el innatismo, el desinterés y el compromiso afectivo con la tarea, los que, en diferente medida, actualmente siguen presentes en muchas definiciones del “oficio” docente, todos los cuales aparecen en los relatos que estamos a punto de conocer.

Asimismo, partimos de la definición de vocación como un “llamado” a los individuos para desempeñarse en la vida; y si bien, este término surgió

bajo una cosmovisión cristiana, no son pocos los teóricos en la materia que extrapolan estas explicaciones a las distintas profesiones, tales como la enfermería, la medicina, la política, la abogacía y, por supuesto, la docencia. De ahí que en este ensayo asumimos a la vocación como un primer llamado para ejercer el magisterio, y en continuación con este orden de ideas -para establecer una analogía pertinente-, reconocemos un “segundo llamado”, referente a la elección de la Licenciatura en Inclusión Educativa, y un “tercer llamado” que será conformado por las opciones de profesionalización dentro de la escuela normal.

Es así como con ayuda de los testimonios escritos partimos de la revisión de la elección vocacional como uno de los factores que desencadena decisiones de vida y proyección del futuro de los docentes en formación de primer semestre. En seguida analizamos los motivos por los cuales dicha elección se particularizó en la licenciatura que cursan, para terminar con el abordaje de la profesionalización como medio para profundizar y dar formalidad a los conocimientos e intereses que cada uno ha forjado desde hace años, en sus trayectorias de vida.

De este modo, buscamos analizar los elementos que incidieron en los estudiantes normalistas de nuevo ingreso durante los años previos a su llegada a esta

institución, mismos que se concretaron en formas propias de mirar la inclusión educativa y les permitieron tener expectativas al respecto de su formación inicial.

Primer llamado: la vocación

El ingreso de los normalistas a la institución formadora está trazado por trayectorias con características peculiares y, a la vez, comunes, que tienen que ver con la convicción que sintieron en algún momento de su vida por dedicarse a la docencia, lo cual es asociado con la expectativa de cumplir una labor social que les hace sentirse motivados.

Descubrimos que, aunado a la idea recurrente que sintetiza el sentir general como: “desde pequeña quise ser maestra”, hay reflexiones profundas al respecto de la relevancia de la profesión docente y sus implicaciones sociales, al descubrir que no sólo se trata de tener enfrente alumnos, dejar tareas, asignar calificaciones y “poner sellitos”; al contrario, algunos de nuestros autores han sabido, desde el inicio, que lo importante es compartir conocimientos e, inclusive, saber que los sueños y metas de los educandos se hallarán en sus manos algún día.

Con lo anterior encontramos que ya desde la elección de la carrera queda claro para los aspirantes a docentes que:

Ser profesor requiere mucho más que dominar una materia o disciplina; implica potenciar y producir conocimientos en los alumnos, hacerlos pensar, generar en ellos el deseo de seguir aprendiendo; implica, además, poner el alma y el intelecto en juego cuando se ejerce la docencia; es un trabajo de construcción de conocimientos, de vocación y corazón. (Robles, Quiñones y Sandoval, 2017, p. 1)

En algunas de las narrativas encontramos que una etapa definitoria para este proyecto de vida fue la niñez, en la que los juegos, las observaciones a otros o, inclusive, el gusto por ayudar a aprender a compañeros de la misma edad, fueron factores decisivos para la selección de la carrera profesional que ahora estudian.

En los discursos de los autores advertimos modelos de docencia imperantes en la época en que eran niños; así hace su aparición “la maestra regañona”, “la solidaria”, “la cariñosa”... todas las cuales, de algún modo, promovieron, sin darse cuenta, que los ahora estudiantes normalistas seleccionaran

esta forma de vida y se apropiaran del gusto por la docencia.

Nuestros autores se imaginaban una y otra vez a ellos mismos como profesores que dirigen un grupo conformado por personas a quienes ayudar, brindar apoyos y generar ilusiones. Los padres, hermanos y otros familiares apoyaron estos sueños ofreciendo ideas alentadoras, como en el caso de Abigail Rosas Barajas, cuya madre le decía “que sería la mejor maestra, que enseñaría lo más bonito: el amor”. De esta forma, los docentes en ciernes han configurado formas de mirar esta profesión e integrado a sus perspectivas personales la posibilidad de convertirse en aquello que tanto admiraron en la niñez.

Encontramos también la influencia de personas cercanas como motivadoras de su vocación: Madres y padres que desempeñaron este papel y generaron que los hijos asumieran la importancia del magisterio; tíos admirados que provocaban deseos de seguir sus pasos, hermanas mayores que, con el ejemplo, abrieron brecha para la continuación de esta trayectoria.

Los familiares pasan a ser, entonces, en palabras de Tenti (2005), transmisores de la profesión, lo cual es un proceso informal, difuso, pero real; se trata de una herencia cultural frecuente en sociedades tradicionales. Para Tenti, la docencia es una profesión

endogámica por el hecho de reproducirse dentro de las configuraciones familiares.

Pero aún con lo que significa la niñez en la toma de postura al respecto de la elección de carrera, esta etapa no es la única en la que aparece dicha convicción en nuestros estudiantes recién ingresados, tal como lo muestran los relatos en los que, una vez adultos, tuvieron experiencias de vida, por llamarlas de algún modo, reveladoras. Nos damos cuenta cómo, a pesar de tener un camino aparentemente alejado de la enseñanza, también es posible experimentar episodios en los que la disyuntiva entre continuar con un estilo de vida ya establecido y acoger la profesión docente como un nuevo reto para destinar los siguientes años, se demarca por lo segundo. Ante este panorama, nos encontramos con que la vocación docente no sólo surge en las primeras etapas de la vida, si bien pudo estar latente, tal como lo menciona Sánchez Lissen (2002).

Estas expresiones de descubrimiento de la docencia y de querer asumirla, tocan al primero de los tres momentos mencionados por Sánchez Lissen (2002), que es el pre-vocacional, después del cual aparecen el peri-vocacional y, posteriormente, el vocacional. Para esta autora es de esperarse que dentro de la formación inicial se desarrolle el segundo momento, y al ejercicio

de la carrera, una vez egresados, tenga lugar el tercero de ellos.

Por lo tanto, la mayoría de las narrativas aquí mostradas se encuentran ubicadas en ese momento inicial en el que ya se han descubierto las características de la docencia que se desea emular, pero todavía hay un grado de inconsciencia al respecto de las verdaderas implicaciones de esta profesión. Otras más se relacionan con haber ejercido, previo su entrada al magisterio, otra labor, para darse cuenta, a lo largo del camino, que la vocación se encontraba en las aulas y escuelas.

De cualquier modo, no por haber desarrollado un primer enamoramiento hacia la docencia los autores de nuestras narrativas llegaron a esta Escuela Normal en línea directa, al contrario, en el camino encontraron dudas, olvidos de los años de infancia, presión social e incertidumbre por el futuro. Es decir, su construcción vocacional fue conformada por procesos dados en diacronía y sincronía, entendidos como aquellos que se dan en una persona a lo largo del tiempo -diacronía- y en su estado actual, con eventos simultáneos -sincronía- (Olivares, 2015). La elección vocacional se dio en todos los casos como acto individual que supuso libertad y riesgo, indicativo de una preferencia libre y una decisión de vida (Gavilán, 1999).

También observamos que los docentes en formación llegaron a la escuela normal con experiencias previas al respecto de la profesión; conocieron de cerca grupos de niños o amigos y se interesaron por sus necesidades y motivaciones para aprender, con lo que asumieron, cada uno desde su personalidad y características, que podrían ser un factor clave en el desarrollo de las personas. Este constructo vocacional está inserto en un contexto sociocultural determinado en el que sujetos singulares buscan dar sentido a su vida en la relación que establecen con una tarea dada, en este caso, la docencia (Sánchez, 2009).

En este camino de elección que los llevó a la decisión vocacional podemos observar la participación de distintas variables personales, familiares y sociales, mismas que podemos explicar a partir de los planteamientos de Gavilán (en Sánchez, 2009), quien supone que:

En las personales, revisamos cómo profesores, amigos y otras personas significativas intervienen en procesos de identificación, el autoconocimiento, las habilidades y destrezas. En las familiares intervienen las historias de los padres, tanto profesional como laboral, así como la proyección de sus propias expectativas. En las sociales están expresados los paradigmas propios de la época,

tales como los valores imperantes, la influencia de los medios de comunicación y los imaginarios sociales. (p. 28)

En ese orden de ideas, nuestros autores, durante sus escritos, refieren conceptos propios de la docencia, adquiridos en el colectivo social y cultural a lo largo de su vida, con lo cual han generado perspectivas de desarrollo profesional e identificado los elementos generales de la labor social del docente. Estos conceptos son inherentes a cada uno de los textos, se hallan implícitos y denotan ideas subyacentes construidas de manera informal, pero que reflejan las formas de mirar a la educación, los valores sociales necesarios para ejercer la profesión con calidad, así como las características de personalidad que los docentes han de desarrollar para un buen desempeño. Destaca la forma de mirar a sus futuros educandos, pues en lo general los escritores conciben a la niñez como necesitada de amor, afecto y, en algunos casos, justicia.

Segundo llamado: ¿por qué docente inclusivo?

Hasta aquí nos hemos adentrado con interés a los factores que han llevado a nuestros normalistas a decidirse por estudiar el magisterio, con ello logramos identificar aquello que les permitió asumir un proyecto de vida dedicado a esta profesión. Sin embargo, todavía falta desentrañar los motivos por los cuales se decantaron por la atención educativa de alumnos en situación de discapacidad. Este es, a nuestro entender, el punto nodal dentro del presente ensayo. Para lograrlo seremos testigos de cómo el acercamiento directo o indirecto a personas en situación de discapacidad generó un cambio de planes en la vida de nuestros aspirantes, de modo que al conocer a alguien en estas condiciones desarrollaron una sensibilidad especial que les permitió vislumbrar un nuevo camino en sus vidas (inclusive, después de haber elegido la licenciatura en preescolar surgió una nueva decisión cuando se interactuó con pequeños que presentaban algún trastorno).

Asimismo, encontramos un relato que proviene de vivir en primera persona una condición de discapacidad, lo que, aunado a lo anterior, torna en extremo interesante el adentrarse en estas historias, en las que identificamos las motivaciones intrínsecas y extrínsecas que permiten a los futuros docentes iniciar

la identidad profesional concerniente al trabajo con sujetos en situación de discapacidad. Con ello podemos aludir al planteamiento de Sánchez Lissen (2009), en el que señala que varios estudios realizados indican que hay dos grupos de factores que influyen en la elección de la carrera docente: El primero de ellos, los que buscan satisfacción en componentes externos; mientras que el segundo, quienes encuentran motivación interna. Ambos representan el principal refuerzo para la elección de carrera.

La sensibilidad hacia situaciones de discapacidad que los autores de las narrativas reconocen haber forjado en los años previos a su llegada a la escuela normal tiene que ver, literalmente, con: “deseos de ayudar, de poner una sonrisa en los labios del otro”, “de buscar justicia en las formas de proceder”, de “lograr que todos los menores sean tratados con equidad dentro de las escuelas” o “asistir a lugares donde nadie quiere enseñar, donde la dignidad de gente discapacitada se ve pisoteada...”. Para ello, es interesante, además de grato, descubrir que en cada escrito existe la convicción de ayuda, responsabilidad, empatía, respeto a los derechos humanos, inclusión educativa y social, lo que refleja, en palabras de Anette Michel Ruiz Torres, que “ser maestro es una tarea que implica dar vida y recibirla fluidamente”.

Con todo ello constatamos que los nuevos integrantes de la comunidad normalista se integraron a esta institución con una idea clara de lo que se espera del docente en inclusión educativa¹, el cual, evidentemente, necesita una formación específica, diferente del resto de licenciaturas en educación. Ellos eligieron entre las diversas posibilidades, y esta elección parece dejarles conformes y hasta orgullosos.

Tal idea es clara, pero general, porque aún sin saber con precisión la total responsabilidad social que implica, los escritores han descubierto que las nociones previas acerca de su vocación son sólo la punta del *iceberg*, que hay mucho más de lo que han imaginado y, sin duda, aceptan el reto de formarse profesionalmente en la escuela normal. Como hemos dicho, los docentes en formación mediante sus narrativas expresan que llegan con ideas genéricas de lo que implica estudiar la Licenciatura en Inclusión Educativa, pero no por ello inexactas o ambiguas, al contrario, podemos darnos cuenta de que conocen bien la esencia de esta profesión; por ejemplo, reconocen que serán formados por competencias, que existe

¹ La Inclusión Educativa, de acuerdo con el Plan de Estudios 2018, es una sola acción en el marco de todo el contexto referido como Educación Inclusiva. Es la acción con las personas con discapacidad, alumnos con aptitudes sobresalientes, con dificultades severas de aprendizaje de conducta y comunicación. Se entiende como la actual concepción de la Educación Inclusiva para la Educación Especial (SEP, 2018).

diversidad dentro de las aulas escolares y que, algo de lo más importante, asumen la no discriminación como una de las prioridades de su futura labor. Asimismo, llama la atención la preocupación que los escritos muestran por la inteligencia emocional, el desarrollo cognitivo, el aprendizaje del sistema braille y la lengua de señas.

Específicamente, aluden al término de discapacidad como adscrito a la normalidad dentro de las sociedades, en un supuesto implícito de que ésta concierne a los apoyos que se brindan dentro del contexto social y cultural, con lo cual puede interpretarse que los textos narrativos tienen tras de sí conceptos profundos que han de desarrollarse y perfeccionarse mediante el uso de la teoría y otros elementos concernientes a la profesionalización.

Aquí cabe la observación de que tanto quienes han vivido de cerca con personas en esta situación,- específicamente trastornos del desarrollo, ceguera y discapacidad motriz e intelectual- como el docente en formación que la vive directamente, han tenido un acercamiento empírico a los valores esenciales relativos a la enseñanza y al aprendizaje y los ubican como la base del trabajo de docentes inclusivos. Estos valores son citados en el proyecto *Formación del profesorado para la educación inclusiva* (Agencia Europea para el Desarrollo de la Educación del Alumnado con

Necesidades Educativas Especiales, 2012) y están asociados con las áreas de competencia del profesorado. Aquellos que nuestros estudiantes ubican empíricamente, refieren a: 1) Valorar en positivo la diversidad del alumnado; 2) Apoyar a todo el alumnado; así como al 3) Desarrollo profesional y personal, lo que representa que nuestros docentes en ciernes reconocen tres de las cuatro áreas de competencia, faltándoles en sus relatos lo que toca a trabajar en equipo, pero eso lo aprenderán en los cuatro ciclos escolares que están por transcurrir.

Tercer llamado: el inicio de la profesionalización

El camino de profesionalización -que comenzó con el descubrimiento vocacional- les permitirá encauzar su llamado hacia el magisterio y plantear la necesidad de prepararse con rigor científico-técnico, así como atender exigencias jurídicas y deontológicas para integrarse a la realización de la actividad correspondiente (González, 2000).

Se trata ahora de trascender la vocación inicial para vivir procesos profesionalizantes, en el entendido de que, si el docente ejerce su profesión con una formación sólida el resultado de su trabajo tendrá mejores posibilidades de transformaciones educativas y sociales, lo que actuará en beneficio directo de la

niñez a su servicio, pero también trascenderá profundamente las expectativas iniciales con las que llegaron a cursar la licenciatura.

Por último, nuestros docentes recién ingresados se reflejan totalmente en la postura de Sánchez (2009), quien destaca que, “hablando de motivaciones, cabe reconocer que la vocación no es baladí, aunque su presencia sea muy distinta entre unos y otros docentes e incluso en un momento y otro de la historia de esta profesión”.

Sabemos que la profesionalidad es exigible en educadores que buscan hacer realidad la inclusión educativa, y que a partir de ésta serán agentes de cambio y líderes transformadores. Para lograrlo, nuestros autores de narrativas arribaron a la institución donde podrán formarse, pues sólo a partir del desarrollo de las competencias profesionales implicadas en este campo alcanzarán el cometido; sin embargo, necesitamos subrayar la importancia de la vocación para la elección de una carrera como ésta, en la que los elementos sensibles y humanos son la materia prima para el desarrollo de la profesión. Con ella como base podrán superar obstáculos y potenciar sus habilidades docentes, esas que aparecieron en algún momento de sus vidas, cuando recibieron el primer llamado hacia el camino más factible para lograr su realización profesional y responsabilizarse por ese otro a quien dirigen su mirada.

Referencias

- Agencia Europea para el Desarrollo de la Educación del Alumnado con Necesidades Educativas Especiales (2012): Formación del profesorado para la Educación Inclusiva en Europa. REDU: *Revista de Docencia Universitaria*, 11 (3), pp. 5-50.
<https://www.european-agency.org/sites/default/files/te4i-synthesis-report-es.pdf>
- Gavilán, M. G. (1999). La desvalorización del rol docente. *Revista Iberoamericana de Educación* (19), pp. 211-227.
<https://pdfs.semanticscholar.org/6361/48afcfdfb709aa1458f65292fe95757f9569.pdf>
- González Vila, T. (2000). Vocación, profesión y profesionalidad. *Acontecimiento: órgano de expresión del Instituto Emmanuel Mounier*, (54), 49-53.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2647875>
- Olivares, G. C. (2015). Diacronía y sincronía: una problematización de la vocación docente (primera parte). *Sincronía*, (67), pp. 1-18.
http://sincronia.cucsh.udg.mx/pdf/67/cardenas_67.pdf
- Sánchez Lissen, E. (2002). Elegir Magisterio: Entre la motivación, la vocación y la obligación. *Escuela Abierta: Revista de Investigación Educativa*, (5), pp. 99-120.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=286618>
- Sánchez Lissen, E. (2009). ¿Por qué elegimos ser profesores? *Diálogo: Familia Colegio*, (281), pp. 23-30.

https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/47272/Porque%20elegimos%20ser%20profesores_ESanchez%20Lissen_Revista%20Dialogo%2020093.pdf?sequence=1&isAllowed=y
SEP (2018). Plan de Estudios de la Licenciatura en Inclusión Educativa. México

<https://www.cevie-dgespe.com/index.php/planes-de-estudios-2018/127>

Tenti Fanfani, E. (2005). *La condición docente. Análisis comparado de la Argentina, Brasil, Perú y Uruguay*. Siglo XXI.

Tenti Fanfani, E. y Steinberg, C. (2011) *Los docentes mexicanos: datos e interpretaciones en perspectiva comparada*. Siglo XXI.

NARRATIVAS ESTUDIANTILES

Mi inspiración por la carrera

Nahomi Monserrat Domínguez Ramos

En esta narrativa les voy a platicar por qué escogí esta carrera, y la respuesta es fácil: Todo comenzó cuando tenía cinco años de edad, desde entonces, dice mi mamá, yo siempre le decía que quería ser maestra, mi mamá era militar y también maestra en el CENDI (Centro de Desarrollo Infantil), que es una guardería en el ejército a la que sólo pueden asistir hijos de militares, donde aceptan a niños, desde los cuarenta días de nacidos hasta los seis años de edad. Fue ahí donde cursé los tres años del preescolar, y muchas veces me tocó observar a mi mamá realizar sus clases, llevar a sus niños formaditos al baño, sacarlos al área de juegos y también preparar el material didáctico que iba a necesitar y el entusiasmo con el que hacía todo lo relacionado con su profesión.

Otras veces observaba cuando llegaban los papás corriendo a dejar a sus hijos porque ya se les hacía tarde para llegar a su trabajo, y me daba risa cuando

los niños jugando con sus compañeros imitaban a sus papás diciendo: “me van a arrestar si llego tarde”.

Cuando llegábamos a casa, jugaba con mi hermana a todo lo que observaba en la escuela, yo era la maestra y mi hermana iba a dejar a sus hijos a la guardería, yo siempre tomaba el papel de lo que mi mamá realizaba. Desde entonces ya sabía que la mejor vocación para mí era ser docente; me empezó a llamar más la atención cuando entré a la primaria, recuerdo que llegaba al trabajo de mi mamá y la observaba ayudando a sus niños de tercero de preescolar a contar, colorear y unir las letras. Me encantaba escucharla contar cuentos y mantener la atención de sus treinta niños, interpretando con voces diversas a los diferentes personajes. Con el paso del tiempo me quedé con la idea de querer ser docente de preescolar, mi idea cambió cuando nació el hijo de mi tío Alfredo, hermano de mi papá, él era una persona con problemas de drogadicción; durante el embarazo su esposa no tuvo la precaución de ir a sus consultas para saber el estado de su bebé y tampoco se dio ella el cuidado necesario, no tomó ácido fólico, tomaba y fumaba durante el embarazo, así transcurrieron sus nueve meses de gestación y el día del parto los médicos les dieron la noticia de que era un niño y que tenía un problema de hidrocefalia o aumento anormal de la cantidad del líquido cefalorraquídeo en las cavidades del cerebro.

Cuando lo conocí yo tenía la edad de once años, y él unos meses de nacido; a los tres meses le practicaron su primera cirugía para drenarle el exceso de agua que tenía en el cerebro, tenían que estarlo observando, y en su corta vida le realizaron de siete a ocho cirugías.

Cuando conocí a Dylan fue que decidí estudiar la carrera de educación especial. A sus padres les dijeron que Dylan necesitaba cuidados especiales y mucha estimulación, a lo que ellos no hicieron caso, ya que nunca lo estimulaban como debía ser. Muchas veces yo sentía que les daba vergüenza que lo vieran, pues en ningún momento salían con él. Aparte de la estimulación, también necesitaba de amor y cariño de sus padres que tampoco le dieron, siempre lo tenían metido en un cuarto, no le daban los cuidados que un bebé necesitaba, lo dejaban con el pañal por horas y no le daban de comer a sus horas, tampoco estaban al pendiente de los medicamentos que le tocaban.

Mi abuelita lo cuidó por un mes, en ese tiempo le dio todo el amor que sus padres le habían negado, lo traía para todos lados, lo estimulaba, lo alimentaba nutritivamente y daba los medicamentos a sus horas. En ese tiempo Dylan estaba muy cambiado, ya estaba gordito y se le notaba su carita muy diferente. Un día cualquiera fuimos a su casa y, como siempre, estaba en el cuarto, entré para verlo y estuve un buen rato hablando con él, su respuesta siempre era una hermosa

sonrisa, la sonrisa más sincera y bonita que podía ver. A la vez me cuestionaba por qué sus papás no le daban el cuidado que él necesitaba, por qué lo dejaban solo, a lo mejor ellos querían un hijo normal, que corriera, jugara, hablara de manera normal y que no requiriera tantos cuidados. Sus padres no se daban cuenta que ellos eran los principales responsables de que él hubiera nacido así. Me daba impotencia no poder hacer nada para que él se sintiera bien, y lo que estaba haciendo no iba a durar mucho tiempo, pues sólo era una pequeña conversación. Esa fue la última vez que lo vi, pues vivíamos muy lejos. Meses después supimos que Dylan había fallecido; murió al año y ocho meses, lo más triste para nosotros es que cuando nos dijeron que la razón no era el problema que tenía, sino desnutrición severa y falta de hidratación, falleció por la falta de atención y cuidados por parte de sus padres.

Después de ese día, decidí estudiar la carrera de Educación Especial para contribuir a que los niños se sientan en un ambiente donde nadie los haga diferentes por las capacidades que tienen, porque quiero lograr que los niños se desarrollen en ambientes sanos, sin discriminación, quiero trabajar por una sociedad donde todos seamos iguales y valgamos lo mismo, donde las personas sean incluidas en todos lados y no se les rechace como hasta ahorita la mayoría de la sociedad lo ha hecho.

Mi elección

Alejandra Heredia Ojeda

Desde pequeña siempre quise ser maestra o veterinaria, creía que eran los trabajos más puros, pues al ser una maestra ayudaría a muchos niños a seguir sus sueños, y si era veterinaria ayudaría a muchos perritos de la calle.

Me gustaba jugar a la maestra con mis hermanos, era de mis cosas favoritas. Al pasar los años mi gusto por jugar a la maestra fue creciendo, me iba dando cuenta que me gustaba ayudar a mis amigos a estudiar o a enseñarles algunos temas que no entendían y yo sí.

Cuando cursaba el último año de primaria mi hermana entró a la universidad. Decidió que quería estudiar en la Normal de Educación Especial, para ese entonces yo no sabía el objetivo de aquella escuela, sólo sabía que ahí había alumnos que querían ser maestros.

Fue hasta después que mi hermana me platicó que la carrera se trataba de enseñarle a niños especiales, me habló de los niños con los que iba a trabajar, me dijo que mis alumnos podían ser aquellos niños con dificultades para aprender, o que no pudieran ver, incluso aquellas personas que no pudieran escuchar.

Durante cuatro años viví esa etapa a su lado y me parecían increíbles todas las manualidades que hacía, me encantaba la forma en que nos contaba cómo le había ido en su día después de sus prácticas, con esa sonrisa en su rostro que lo decía todo, que daba muestra de lo mucho que amaba lo que estudiaba. Siempre he admirado a mi hermana, es como mi segunda madre, mi mejor amiga y mi ejemplo a seguir. Yo quería ser como ella, quería tener una sonrisa como la suya cuando hablaba de aquellos niños. Sin embargo, cuando entré a la preparatoria algo cambió, me sentía presionada por todos, lo único que me decían era “¿Ya sabes qué quieres estudiar?”, “Debes decidir ya” y no era que no estuviera decidida, más bien no me sentía lista para decirlo. Muchos dirán: ¿Qué tan difícil es decir “quiero ser maestra”?, pero para mí lo es, pues nunca he sido buena expresándome, ya que soy muy callada y cerrada con mis sentimientos, entonces la decisión de estudiar para ser maestra traía una gran carga emocional para mí.

Cuando cursaba el segundo año de preparatoria sabía que era hora de escoger una universidad, pues la carrera ya la tenía seleccionada, pero cuando les comenté a mis amigos que elegiría una licenciatura en educación porque mi hermana también había estudiado eso comenzaron a decirme que no era una gran decisión, dijeron que debía tomar mi propio

camino, que no debía de seguir sus pasos, lo escuché tantas veces que me lo creí. Entonces decidí buscar otras opciones. Pasé por algunas opciones, desde publicidad hasta nutrición y psicología, pero finalmente elegí odontología. En realidad, no me veía en esa carrera y mucho menos trabajando en un futuro. Sin embargo, apliqué para el examen de selección, sinceramente ni me esforcé, no estudié tanto y en el examen me sentía muy presionada.

Durante la espera de los resultados hablé con otras personas, una de ellas, actualmente mi mejor amiga, me dio muchos consejos y, sobre todo, me dijo que siguiera lo que me hiciera sentir mejor, ella al igual que yo sabía que no quería estudiar odontología y lo que realmente anhelaba era ser maestra.

Otra persona que fue fundamental para tomar mi decisión definitiva fue mi hermana. Me hablaba de su trabajo y siempre tenía una historia nueva que contarnos, siempre con tanto cariño y pasión por lo que hacía, me hablaba de aquellos niños que le sacaban canas, de los que la hacían reír y de los que estaban teniendo un gran desempeño. Me contaba todas las metas que tenía que alcanzar junto a sus alumnos. Pero lo que más recuerdo fue cuando un día me dijo que si quería lo mismo, ella me apoyaría, en ese momento me sentía tan feliz porque me di cuenta de que debía tomar el camino que desde un principio

había marcado. Pero aún faltaba algo, los resultados de la universidad en la que ya había aplicado examen.

El día en que salieron aquellos resultados me encontraba tan nerviosa. No quería ni verlos, de ninguna manera me sentía lista, pero finalmente los revisé y supe que no me quedé. Cuando le dije a mi mamá comencé a llorar, pero no lloraba porque no me había quedado, lloraba de alivio porque sabía que no me condenaba a hacer algo que no me gustaba, lloraba porque me sentía mal pues había hecho gastar el dinero y el tiempo de mis papás, sentía que les había fallado.

Pero en ese momento mi mamá me dijo: -Tranquila, no pasa nada, lo intentaste y eso es lo que importa, si quieres hacerlo de nuevo, adelante, ahí estaremos, y si no, puedes intentar en otra escuela, te apoyaremos en lo que tú decidas.

Y ese fue un momento decisivo, me sentía tan aliviada y mucho más segura, pero sobre todo tan afortunada de tener a aquellas dos personas como mis padres.

Eso me llevó a aplicar examen para la ENEEEM, me preparé muy bien, estude todo lo que pude y le eché muchas ganas. Estuve todo un mes esperando por esos resultados con tantas ansias, con tantos nervios y, sobre todo, con tanta emoción. Cuando fui a ver los resultados, y encontré mi folio en las hojas pegadas en

la pared, mi corazón dio un vuelco de alegría pues lo había logrado. Le conté a todo el que pude que había sido aceptada y que iba a comenzar una nueva etapa. Mi familia estaba muy feliz y en ese instante me sentí tan plena.

Actualmente me encuentro estudiando en la ENEEEM y me doy cuenta de que no pude tener una mejor elección, pues el día de hoy pertenezco a una gran familia de la cual estoy dispuesta a aprender, cuidar y querer. Siento que estoy justo en el lugar donde debo estar, y si de algo estoy segura es de que quiero seguir jugando a la maestra como cuando era niña.

Amor y responsabilidad por la profesión

Anette Michel Ruiz Torres

Mi nombre es Anette Michel, tengo dieciocho años y desde que tengo uso de razón he querido ser docente, aunque también fui de esas niñas que cambiaban de profesión cada que veía “*Barbie*”, pero la pregunta aquí es ¿por qué finalmente me incliné hacia inclusión educativa?

Pues recuerdo que mi mamá siempre nos elaboraba materiales manipulables para jugar conmigo y con mi hermano el mayor, al ver el amor con el que nos hacía y explicaba las cosas me inspiró a querer hacerlo cuando yo tuviera mis hijos. Por otra parte, dentro del ámbito escolar no todos los maestros te hacen ver fácil su materia, hay algunos que te intimidan con sólo verlos, pero al escucharlos hablar de los contenidos te atrapan, generando curiosidad y gusto por aprender más; otros que no tienen idea que “ser maestro es una tarea que implica dar vida y recibirla fluidamente”, asumirse en la entrega diaria, con responsabilidad, reparación y compromiso.

Vienen a mi memoria los días en que acompañaba a mi mamá a recoger a mi hermano menor al preescolar, era de las cosas que más disfrutaba hacer, ya que

cuando tuve la oportunidad de entrar al salón y ver las caritas de los pequeños quedé cautivada, se acercaban a mí como si fuera algo extraordinario para ellos. Y realmente creo que ellos son capaces de ver cualidades que muchas veces pasamos desapercibidas, mientras que otros cuantos nos generan inseguridad en ellas, algo que nunca voy a olvidar son todos esos comentarios u opiniones que me quisieron hundir tanto por parte de familiares como de “amigos”, esos que te dicen “tú no la vas a hacer de maestra, ni tienes paciencia”, “no te veo con niños chiquitos, eres bien enojona y gritona”. Pero sin darle gusto a ellos me arriesgué a presentar examen para esa licenciatura en la UNAM, al final no me quedé y pues sabía que llorando no iba a cambiar mis resultados, que tal vez no di lo mejor de mí porque me faltó tiempo de estudio, pero “no terminamos de saber cuándo se transforma la dificultad en oportunidad”, pues se abrió una convocatoria de segunda vuelta en las Normales. Cuando me enteré grité de gusto porque sabía que era mi oportunidad, pues cada vez que cerraba los ojos me veía caminando por los pasillos de la Escuela Normal de Educación Especial, me visualizaba en cada evento y llenando de amor a esos pequeños que yo iba a querer como mis hijos prestados.

El trámite no fue sencillo, puesto que me faltaban documentos y llegó un punto en el que lloré de miedo,

ese miedo de perder una oportunidad que no se te presenta dos veces en la vida pero gracias a mi gran salvador, el maestro “Charly”, pude continuar con el proceso, admito que estaba muy insegura porque no tenía bastante tiempo para prepararme, sin embargo, no desistí y puse todas mis ganas en ello aunque un día antes del examen me fui de fiesta y regresé a las doce y algo de la mañana, como la Cenicienta. La mañana siguiente, cuando ya había entrado al salón donde presentaría el examen, recuerdo que la maestra nos recibió cordialmente, deseando que hubiéramos estudiado mucho y descansado lo suficiente, a lo que mis ojeras enrojecidas respondían que no.

Saltando unos cuantos sucesos, cuando llegué y mi abuela me preguntó cómo me había ido, le respondí que lo había sentido algo pesado, pero había dado lo mejor de mí; eso fue suficiente para que a la hora de la comida comenzara a quejarse de que todo se me hacía difícil, que a nada le entendía y que si entonces ya no iba a estudiar; mi mamá me defendió, ya que yo me encontraba ausente. Cuando mi mamá me comentó lo sucedido me llené de coraje porque yo estaba pagando mis cosas con becas que anteriormente recibía y ellos no podían juzgarme, pues no se encontraban en mis zapatos; siempre he tratado de llamar su atención con buenas notas, esperando reconocimiento y que se sientan orgullosos de mí, pero, por el contrario, sólo

se enfocan en lo que hago mal, a causa de esto he tratado de callar todas las batallas diarias a las que me enfrento, emocionalmente hablando. Pero ¡oh sorpresa!, llegó el día de los resultados, y cuando vi la hoja, leí los folios como cinco veces de abajo para arriba y viceversa, los nervios me invadían y no encontraba mi folio, pero ¿qué creen?, sí me quedé, en ese momento mi corazón brincaba de un lado a otro. Cuando llegué a contarle a mi abuela me dijo que ella confiaba en mí, que había bajado a todos los santos y no sé qué otras cosas más. Más que demostrarles a otros que sí pude, me demostré a mí misma que “por cada fracaso las posibilidades se duplican”.

Quiero ser esa maestra que recuerden los niños con cariño y admiración, aquella que deje una huella positiva que sea imposible de borrar, así como yo recuerdo todo lo bueno que hizo mi mamá por mí y por mi crecimiento personal. Es un sentimiento inefable el poder estar en contacto con otros, entregarte completamente a miles de personas que confían plenamente en ti, es una aventura el darte a la tarea de conocer cada mundo que se crea en la cabeza de los niños, interesarte por sus mayores deseos y anhelos, y ayudar a que éstos se cumplan, pero sobre todo preocuparme por sus emociones, contribuir para que desarrollen una inteligencia emocional que les permita ser cognitivamente más eficaces en toda su vida, que

tengan mayor concentración en sus clases, despertar la curiosidad por querer aprender más, cultivar una nueva perspectiva que se tenga en ellos acerca de la educación, que disfruten cada regreso de vacaciones, que se emocionen por una nueva etapa y gocen cada nueva enseñanza, en pocas palabras, que sean felices. En el corazón de un docente quedan grabados todos esos recuerdos que se viven en cada escuela, cada grupo y aquello que caracteriza a cada alumno, eso que les hace ser auténticos, en realidad ser docente es una labor social que implica una gran dedicación, amor a la profesión, pero especialmente supone de responsabilidad porque en tus manos tienes el futuro de personas a quienes les espera un camino lleno de éxitos y experiencias ricas en conocimiento.

Un sueño que comienza a hacerse realidad

Abigail Monserrat Hernández Rodríguez

Recuerdo que desde pequeña siempre quise ser maestra, jugaba, soñaba con ello, me imaginaba en un futuro poder enseñar a otros niños, quizá no sabía lo que implicaba esto, pero en mi familia tenía un gran ejemplo de cómo ser un excelente maestro: mi tío Isidoro, profesor de primaria. Recuerdo que él nos contaba sus historias, verlo con la emoción con la que lo hacía me inspiraba cada vez más, el ver su humildad y el amor con que nos contaba lo que pasaba con sus alumnos, lo feliz que lo hacían, y todo lo que ellos le enseñaban era increíble, y así crecía más mi emoción y el gusto cada vez más fuerte por ser alguien como él. Sus enseñanzas inculcaron en mí el deseo de llegar a ser una maestra y poder aportar algo a la enseñanza de los niños.

Con el paso del tiempo ingresé a la preparatoria y me enamoré de quien ahora es mi esposo. Con tan solo diecisiete años quedé embarazada de una hermosa niña, no sabía qué iba a pasar conmigo, sólo sabía que estaba en el segundo año de preparatoria y que todo iba a cambiar, pero no me di por vencida, así que con todo y bebé logramos terminar la preparatoria mi

esposo y yo. Este proceso fue difícil, pues recuerdo que varias ocasiones tuve que llevar a mi bebé conmigo a las clases, pero, aun así, ambos concluimos la preparatoria.

Cuando mi niña tenía dos años, me dediqué por completo a ella y ayudé a mi mamá a cuidar a mis hermanos. Al ir a una junta de mi hermano a la secundaria se abrió una gran oportunidad, había una vacante de trabajo para el aula de medios, no lo pensé dos veces, fui a la entrevista; después de unos días la sorpresa que me llevé es que me llamaron por teléfono y me había quedado, estaba súper emocionada y más porque sabía que iba a estar en contacto con alumnos y era una gran oportunidad para ver si esto era lo que más me gustaba. Fue una experiencia increíble el convivir con los alumnos y que la directora reconociera mi desempeño.

Recuerdo que con frecuencia me pedía ayuda para revisar calificaciones y estar en contacto con las cosas que tiene que hacer un docente, al conocer a un maestro ahí, descubrí qué clase de maestra quería ser, o qué actitudes no deseaba imitar de algunos maestros; aunque por cuestiones externas me tuve que salir de trabajar de ahí, me quedé con una experiencia muy bonita y con esa espinita de querer ser maestra.

Cuando tenía veintiún años me embarqué nuevamente, había tenido complicaciones durante mi

embarazo y me encontraba con el corazón dividido en dos, ya que por medio de Facebook había encontrado una escuela que me había encantado, la hermosa ENEEEM, pero la sorpresa que me llevé, fue que la fecha del examen de admisión sería justo por mi fecha probable de parto, se me rompió el corazón, no podía arriesgarme a saber si ese día podría ir a presentar el examen, sentí mucha tristeza, ya que la edad mínima para ingresar eran veintiún años y yo ya los tenía cumplidos y por ese momento me resigné.

Con el paso del tiempo he aprendido muchas cosas gracias a mis hermosos hijos Allison y Matías, me ha sorprendido ver la inocencia de un niño, he comprobado que ellos no juzgan a las personas, no se dan cuenta de lo bueno y lo malo, tienen un corazón limpio. Cuando mis hijos llegaban a tener contacto con niños con alguna discapacidad yo podía ver que gracias a su inocencia ellos no hacían distinción alguna; en esos momentos provocaban en mí el deseo de estudiar y ver cómo ayudar a las personas que tienen alguna discapacidad, pues sabemos que en ocasiones hasta sus propias familias los hacen menos, que muchas veces los papás los quieren encerrar en un burbuja por miedo, sin embargo todos los niños son tan inocentes que lo único que quieren es jugar y divertirse, a ellos no les importa juzgar a las demás personas.

Me había quedado con las ganas de estudiar una carrera que me hiciera feliz, gracias a Facebook me enteré que estaba próxima a salir de nuevo la convocatoria de la ENEEEM, mi curiosidad me ganó y pregunté si habría límite de edad, a lo que me contestaron que no sabían, que estuviera al pendiente y que ellos me avisarían; llegó el gran día de que publicarían la convocatoria para ingresar, al entrar pude ver que ya no había límite de edad, sentía que mi corazón se salía de tanta emoción que sentí dentro de mí, se presentaba esa oportunidad de llegar a la hermosa Escuela Normal de Educación Especial del Estado de México. Al empezar a llenar la solicitud de registro no podía poner mi fecha de nacimiento, pues mi año no aparecía, sentía que todo se me venía abajo pero no me di por vencida me comuniqué a la escuela, me comentaron que fuera a la institución para que me pudieran ayudar a resolver el problema que tenía para registrarme. Ahí conocí al profesor Juan Carlos, quien era el responsable de ver el asunto de los registros, mi emoción creció cuando me dijo que él se encargaría de dar seguimiento a mi registro. Gracias a que él me orientó, después de una semana se pudo culminar mi proceso.

Ahora lo que me angustiaba eran los nervios del examen que tendría que presentar para poder obtener un lugar en la escuela que tanto quería, sentía que

tenía desventaja porque había dejado de estudiar por cinco años, pero eso no me desanimaba, al contrario, lo veía como una motivación para estudiar más y demostrarme a mí misma todo lo que yo era capaz de hacer. Llegó el día del examen y puse mi mayor esfuerzo para estar satisfecha de que di lo mejor de mí para poder lograr uno de mis más grandes objetivos.

Llegó el día que publicarían los resultados, le pedí a mi mamá que me acompañara a verlos porque me sentía muy nerviosa, también llevé a mi bebé y le dije que él era mi amuleto de la suerte, porque todo esto que hacía era por él y su hermana. Al buscar mi folio para saber si había logrado quedarme, ahí estaba, ahí estaba lo que tanto quería, mi folio en la hoja de aceptados, no pude contener las lágrimas de felicidad al lograr lo que me había propuesto.

A un mes de haber entrado a la Escuela Normal de Educación Especial del Estado de México, me siento orgullosa de mí al saber que la edad no fue un obstáculo para poder cumplir un sueño que tanto anhelaba, que mi motivación son mi familia y mis hijos y que quiero que vean a su mamá con orgullo y como un ejemplo de alguien que siempre sale adelante y lucha por sus sueños.

Poco a poco he ido conociendo la escuela y sé que estoy en la carrera y en la escuela perfectas, han superado por mucho mis expectativas; veo a mi escuela

con amor, tengo unos profesores increíbles, me siento muy a gusto y orgullosa de mi Normal y del gran trabajo que hacen los maestros para que la inclusión sea una realidad. Veo que son personas comprometidas con formar maestros de calidad que luchen por tener un mejor futuro; siempre se esfuerzan porque seamos constantes y demos lo mejor de nosotros cada día, siempre nos motivan a luchar por lo que queremos y nos enseñan que con empeño y perseverancia podremos salir adelante.

Una guía, una amiga

Regina Montes de Oca Sánchez

Son varios los motivos por los que ahora estoy aquí, les compartiré algunos de ellos.

Mi niñez: Mi amor por las libretas, los colores y la escuela. Recuerdo que desde pequeña me encantaba cargar una libretita de dibujo, crayones y colores en una bolsa azul que era mi favorita. Me gustaba sentarme en una mesita en casa de mi abuelita y dibujar por mucho tiempo, de igual manera siempre me gustó jugar a la maestra, ponía a todos mis primos en mesitas, les enseñaba letras y los ponía a bailar, recuerdo que me encantaba ponerles sellitos como calificación.

Cuando mi papá, quien es docente, me llevó por primera vez a su escuela, recuerdo que era enorme y fue como amor a primera vista, desde ahí yo empecé a soñar que a la escuela a la cual acudiría sería enorme con muchos juegos y muchas jardineras con pequeñas flores. Recuerdo que mis papás me llevaron a muchas escuelas y ninguna me gustaba, hasta que llegué al magnifico colegio México que se convertiría en mi casa por doce años. Todavía recuerdo la sensación de cruzar la reja que me separaba de mis papás, yo, a

diferencia de los demás niños que lloraban, saltaba de felicidad porque al fin tendría amigos. Mi mamá me cuenta que el primer día de escuela me llevaron todas mis tías, mis abuelitas, mi mamá y mi papá, ella dice que esperaba que yo llorara por el desapego que habría entre mi familia y yo, pero no fue así, yo entré muy campante a mi salón sola, cuando me asomé todas estaban llorando y yo sólo les dije: “ya váyanse”.

Tengo muy presente que era una niña sumamente colaborativa, me encantaba participar en obras escolares, cooperar con materiales, en los convivios y todo lo que tuviera que ver con toda la comunidad escolar.

Me gustaba apoyar a mis compañeros en sus trabajos, o debería decir, hacerles el trabajo, esto me traía muchos conflictos porque yo hacía lo de ellos, pero no me apuraba a lo mío y a la hora de la salida me tenía que quedar por no haber terminado.

Pero ¿Qué podía hacer? Era mi instinto, los quería ayudar, además yo pensaba y argumentaba que ellos eran más pequeños y no podían.

Cuando estaba con mi papá me gustaba observar lo que él hacía, y yo era feliz, porque el hacía exámenes, calificaba, usaba calculadora, y lo más sorprendente era que el usaba un portafolio, ¡Wow, yo quería usar uno!

La primaria y mi amiga Ximena.

Siempre tuve docentes que hacían lo posible porque todos aprendiéramos, sin importar qué tanto trabajo nos costara comprender los nuevos aprendizajes.

Siempre fui una niña solitaria y poco empática, siempre obtuve cierto rechazo y para mí era terrible y me sentía triste ya que estos sentimientos me provocaban sentirme invisible, sentía que nadie se daba cuenta que yo estaba ahí, que yo existía.

Cuando entré a sexto de primaria, como todos los años escolares, llegó la hora de presentarnos, la maestra Paty mencionó que teníamos una nueva compañera y su nombre era Ximena, sin embargo, a ella le gustaba que la llamaran Xime. La maestra nos explicó que ella aparentaba tener once años como nosotros, pero que en realidad pensaba como una pequeña de cinco años, todos nos quedamos paralizados, y ella nos dijo que la teníamos que apoyar.

Al principio me costaba mucho trabajo comprender a Xime, incluso me desesperaba un poco porque la profesora hacía mucho énfasis en cosas que todos los demás ya habíamos entendido. Pero después de un tiempo me di cuenta de que Xime y yo no éramos tan diferentes, porque al igual que a mí, a Xime la ignoraban y la hacían sentir menos. En ese momento entendí que ella se sentía mal, invisible y de ahí en adelante durante los ciclos escolares que compartimos

trataba de hablarle, de entenderla, de ser su amiga, de darle cariño a mi manera, de hacerla feliz.

Cuando observaba su carita con una gran sonrisa, chapetes rosados y ojitos pispiretos, veía algo que en la cara de los demás no podía ver: inocencia, amor, esperanza. Ella me hacía ver, y sobre todo comprender, el mundo de una forma diferente, a quien veía el mundo con puro pesimismo le hicieron comprender que también había amor, personas buenas, buenas amigas, y ahí, me di cuenta cómo podía describir a Xime. Ella era de admirar, había enfrentado retos enormes y los había superado con éxito; Xime, además de sus muchas habilidades, tenía la capacidad de amar y de no pedir nada a cambio, y eso superaba por mucho a su condición. Donde quiera que ella estuviera sabía que estaba haciendo un bien a alguien más, como lo hizo conmigo porque fue una inspiración y porque sé que lo sería para otros.

Xime es un espíritu libre lleno de amor para regalar a montones, porque es un amor sano y puro, no sólo es una maravillosa persona y un excelso ser humano, Xime es un motivo viviente que demuestra que no existen límites para el esfuerzo humano.

La huella que Xime dejó sobre mí me inspira a prepararme para ser una docente que además de brindar aprendizajes sea capaz de dar amor. Que no únicamente sea profesora, sino amiga. Me enseñó que

debía y debo sensibilizar a más pequeños para que vean la bondad y el amor. A que luchen por sus objetivos, que no se dejen vencer porque siempre se puede ir por más. Xime fue para mí una guía, una amiga.

Mi mayor inspiración, mis papás.

Siempre he admirado a ese hombre enojón y exigente quien siempre que ve que ya no puedo más me dice: “recuerda que, si eres una persona ordinaria, harás cosas ordinarias, pero si eres una persona extraordinaria harás cosas extraordinarias”.

Ese hombre y esa mujer que siempre han estado junto a mí, que han soportado estar toda la madrugada en el frío afuera de un hospital esperando a que yo saliera bien, que siempre celebran mis logros que soportan mi mal carácter. Por ellos, mis padres que me motivaron a ser mejor cada día, a cambiar, a ser mejor persona; por mi papá que busca una buena educación, que busca que todos seamos tratados iguales. Por mi mamá que siempre ha estado en mis fracasos y caídas para decirme, sí puedes.

Ellos son la razón por la que estoy aquí y porque deseo que un día mencionen mi nombre y ellos me vean recibir un título.

Sueño con regresarles algún día un poco de todo lo que ellos me han dado, darles la satisfacción de saber que soy una buena mujer que busca el cambio en la sociedad, deseo que se sientan orgullosos de mí.

Mi pequeño motor, Camila.

Cuando hablo de ella se me vienen momentos de enojo, gritos y regaños. Pero también recuerdo momentos cuando la pasábamos bien.

Cuando entré a la ENEEEM dijeron que teníamos que desarrollar competencias a lo largo de cuatro años y una de las competencias engloba la parte de la paciencia y tolerancia, y con Cami es con la primera que debo empezar a practicarla, porque vaya que me ha sacado una que otra cana verde. Ella es mi hermana, ella es mi todo, cuando la veo pienso que no sé qué fue lo que hice en otras vidas para que en esta vida elle me salvara, ella fue quien llegó a curar mil heridas.

Camila siempre ha sido una niña rebelde que bailaba arriba de las mesas en la primaria, que en el jardín de niños no les hacía caso a los maestros, sin embargo, con una capacidad increíble. Ella me ha enseñado que no todos aprendemos de la misma manera, que como ella habrá miles de niños y que tengo que aprender a tolerar a todos y cada uno de ellos.

Cami si tú lees esto deseo que sepas que me sorprenden las capacidades que demuestras y que adquieres día con día.

Estoy muy orgullosa de que seas mi hermana, de saber que esa pequeña regordeta de mejillas rosadas es una gran persona que admiro y sueño con verla crecer y triunfar, te amo.

La educación y la inclusión.

México es un país donde existen diversos paradigmas que envuelven a la sociedad y desde mi punto de vista no permiten que seamos una sociedad igualitaria y justa. Siempre hay marchas donde se exigen temas de interés público, pero jamás he visto una marcha para que nos brinden una mejor educación, para aprender a incluir, o para exigir que nos enseñen lengua de señas o Braille. Por eso estoy aquí, para poner un granito de arena y tratar de cambiar la percepción de la educación en mi país, quiero que sepan que todos somos iguales y que todos exigimos aprender. Estoy aquí porque reclamo justicia por todos aquellos a los cuales no se les da el valor que merecen, por los que no tienen ni voz, ni voto. Estoy aquí para demostrarle a la sociedad que todos merecemos amor, comprensión y educación.

Mi pasado, mi presente y mi futuro

Abigail Rosas Barajas

El piso de mi casa era fabuloso, mi patio con mucho pasto y bastante lodo, era mi lugar perfecto, con árboles cargados de fruta, llenos de risas, caídas, muchos niños y mucha diversión, jugaba a ser la maestra, la regañona que calificaba los libros, mi mamá me alentaba a ser la maestra correcta, diciéndome que sería la mejor maestra. Que enseñaría lo más bonito: el amor.

Los refuerzos y las barreras son las mejores para poder llegar hasta donde estoy.

En un corto viaje a casa de la abuela, Guanajuato estábamos ahí, en su patio, jugando entre nopaleras, juntando piedras, huyendo de las hormigas, mirando como riegan los hermosos sembradíos de lechuga, zanahoria, alfalfa, maíz, etc. El mejor ambiente sin telecomunicaciones, alejado de la ciudad, rodeado de campos áridos, pozos de agua, muchos garambullos y tunas ¿Te imaginas vivir así?

Debajo de aquel mezquite, ayudando a desgranar y a moler maíz para la comida; tortillas y alimento para los animales, tortillas hechas a mano, con salsa hecha en molcajete ¿Listo? Con el estómago lleno, nos

vamos a esperar el camión, corriendo porque nos deja, viajando por cada uno de los ranchos para poder llegar a Dolores Hidalgo y disfrutar un delicioso helado, admirando la hermosa catedral, caminando por sus calles empedradas cruzando el río, comiendo en el mercado.

Mi nombre es Abigail Rosas Barajas, estudiante de la Licenciatura en Inclusión Educativa, con ganas de comerse al mundo, de progresar, ayudar a los niños y a los que más necesitan de mí, preparándome para incluir y servir. Creo que todo tiene un sentido, un punto de partida y el mío empezó desde la primaria, cuando mi decisión fue más fuerte y constante. Recuerdo cuando pensaba en mi vocación a futuro, admiraba a cada uno de los docentes que, según yo, pronto se convertirán en colegas, los entendía y me ponía en sus zapatos pensando que no era fácil estar frente a un grupo de más de veinte niños cuyas metas están en tus manos.

Sabía que cada etapa de mi vida tendría más obstáculos y muchas más metas, por lo pronto, la primaria fue concluida y llegué a secundaria, donde crees que todo el mundo se te derrumba, y sin que tomes consciencia de ello, es donde tu futuro se decide, aseguras tu vocación y encuentras las amistades más valiosas para forjar tu futuro. En ese punto de mi vida encontré maravillosos docentes, cada clase con ellos

sentía que todo era gigante y yo tan diminuta, ellos con tanto conocimiento, y yo con la gran fortuna de estar a bordo del barco que conducían, eso era una gran motivación. Después de tres años, el viaje terminó, pero no el final de mi historia. En preparatoria decides arriesgar o ir a lo seguro. Fui a lo seguro, el mundo estaba a mis pies, tenía que aprovecharlo al máximo, forjaría mi meta y mi futuro, pensé y lo decidí: estoy a seis meses y tengo a las mejores personas a mi lado apoyándome.

Llegó el gran día, con pluma, lápiz, un borrador y, lo más importante, el conocimiento, entré al salón en donde había veinte mesas y dos maestros que nos repartirían el examen en el que demostraría todo lo que estudié era lo correcto, estaba en la mesa correcta, con un nudo en la garganta y la meta fija; contesté, entregué y salí. Al llegar con una de las personas más importantes para mí le dije: “No quiero decepcionarte, te amo”. Mamá me abrazó y me dijo: todo estará bien.

Un mes después asistí de nuevo con la inseguridad en mente y con el ánimo por delante, me acerqué a la pizarra y recorrí cada uno de los folios en la segunda hoja, segunda columna, tercer folio, estaba asignada ¡Lo logré!

Desde ese instante supe que decidí bien, este es mi momento, estoy en la escuela correcta, tengo mi meta clara y los pies bien puestos sobre el piso. Tengo

cuatro semanas en la ENEEEM en la Licenciatura en Inclusión Educativa y hasta ahora puedo decir que mis competencias como docente en formación cada día crecen más y estoy segura de que dentro de cuatro años voy a ser un docente inclusivo, con las competencias necesarias para sostener el futuro de los ojos que me necesitan.

Un viaje sin visión

Rodrigo Hisao Reyes Morales

Me llamo Rodrigo Hisao nací el cuatro de febrero de 2002. Cuenta mi mamá que, por el quinto mes de gestación, los doctores le dijeron que yo nacería pequeño. Cuando nací medí 38 cm. de estatura y sigo siendo pequeño hasta la fecha. Al momento del nacimiento, fui diagnosticado con estafilomas bilaterales, lo que me impediría usar el sentido de la vista; los doctores le dijeron a mi mamá que se resignara porque yo no viviría más de quince días.

Cuenta mi mamá que se me formaron globos en la parte cercana a las sienes, y que, a pesar del pesimista pronóstico de los médicos, a los 3 meses de nacido, se me realizaron las dos primeras operaciones, pues los especialistas aseguraban que, si los globos llegaran a explotar, dañarían aún más mi vista. Al año de vida, se me realizaron las dos últimas operaciones en los ojos, esta vez, para retirar los quistes que se habían formado por la sutura de las operaciones anteriores.

A los dos años, se me diagnosticó un problema de escoliosis o mala posición de la columna vertebral, dicha condición me impediría realizar actividades más allá del caminar o bailar.

A los cuatro años, entré al Centro de Rehabilitación para Ciegos y Débiles Visuales (CRECIDEVI) donde aprendí el uso del sistema de lectoescritura Braille y avancé académicamente como cualquier niño. Salí del Centro a los siete años, listo para ingresar a una primaria regular. Después de aprobar todos los exámenes que se me aplicaron, el director de la escuela Amin Guindi decidió aceptarme en el tercer grado. En la primaria nació en mí el interés por llegar a ser maestro, pues disfrutaba hacer y responder preguntas que pusieran en juego mi inteligencia. Me soñaba como un maestro cariñoso y consentidor, pero poco a poco empezó a salir mi verdadero yo y descubrí que me molestaban las preguntas reiterativas de los chicos. Cuando acompañaba a mi mamá al jardín de niños a recoger a mi hermano menor, todos los niños preguntaban siempre lo mismo, lo que me enfadaba sobremanera, por lo que empecé a reconsiderar la posibilidad de convertirme en maestro.

A mis ocho años empecé a beberme un diccionario en Braille, descubrí que el lenguaje es un arma de doble filo: con él puedes decir las cosas más hermosas para conquistar a alguien o puedes, a través de la lengua, revelar tus más grandes secretos... peor aún, a través de la lengua puedes incluso destruir a quien más amas. Descubrí también que no necesito de los ojos para conocer a las personas, pues a través del lenguaje

puedo conocer, incluso, el interior de mis semejantes. Muchas personas me preguntan que cómo me las imagino y que si podría describirlas. He desarrollado una potencialidad auditiva que, con sólo oír la voz de la persona, sé con quiénes tratar y con quiénes no.

Casi al final de la primaria e inicios de la secundaria, la escoliosis empezó a molestarme peor que si fuera un maestro de matemáticas, se me colocaron seis yesos consecutivos durante tres años hasta que por fin me dejaron salir de esa prisión y decidieron colocarme un *corsé* desmontable que uso hasta la fecha.

Estudí mi secundaria en la escuela 94, y todavía me asaltaba la duda de terminar siendo profesor o buscar otra alternativa y al querer prepararme para el bachillerato, realicé mi examen de admisión para la prepa anexa a la Normal de Naucalpan porque quedaba cerca de mi casa; al ir a solicitar informes, el director me dio un no disfrazado, argumentando que la escuela no era accesible, que me podría pasar algo malo, que los maestros no estaban preparados para atender a jóvenes ciegos, etc., etc., etc. A lo que, en mis pensamientos, estuve a punto de decirle: “sé lo que quieres decir, mejor dime NO y déjate de tonterías”.

Me enviaron un documento de reasignación para la preparatoria oficial Número 24, situada a cuarenta minutos de mi casa. En esta etapa pasé tanto buenos como malos momentos, que no quiero escribir, para no

hacer extensa esta breve historia de mi vida. Quizá algún día escriba un libro dando a conocer todo aquello que me ocurrió, perdón, pero sólo unos pocos tendrán acceso a ese escrito. En la prepa volví a plantearme la idea de ser profesor, la bonita varita mágica del uso del lenguaje me hizo posicionarme como un estudiante destacado y los maestros me alentaban a pensar que sería capaz de compartir mis conocimientos con otros.

Egresé de la preparatoria feliz por todo lo vivido y decidí cursar mi licenciatura en esta escuela, porque al final de todo, sí quiero ser maestro, y qué mejor que alguien que ha vivido con una discapacidad toda su vida. Estudio esta Licenciatura en Inclusión Educativa, y la razón por la que elegí esta carrera, es porque quiero apoyar, a través de mis conocimientos, a niños que se encuentran en estas condiciones y ayudarles a lograr lo que hasta ahora yo he logrado.

Hacerles saber que a pesar de todas las barreras que la sociedad impone, siempre hay gente buena que está ahí para ayudarte a crecer y a desarrollar tu potencial, mucha de esa gente buena está estudiando aquí por eso quiero ser parte de la Escuela Normal de Educación Especial del Estado de México.

**IDEALES PROFESIONALES:
EL GERMEN DE UNA IDENTIDAD
DOCENTE**

IDEALES PROFESIONALES: EL GERMEN DE UNA IDENTIDAD DOCENTE

María Natividad López Tinajero

El presente texto aborda el análisis de narrativas estudiantiles cuyos autores eligieron por carrera la Licenciatura en Inclusión Educativa debido a la influencia de maestros ejemplares que marcaron sus vidas, convirtiéndose en un ideal profesional. Con base en la corriente constructivista de la psicología vocacional, particularmente en los aportes teóricos que exploran la elección de carrera, el desarrollo profesional y el de la identidad profesional docente a partir de la narrativa autobiográfica y la historia de vida, se identifican fragmentos de escritos estudiantiles que dan cuenta de la génesis de una identidad profesional, cuyos rasgos corresponden al enfoque de alteridad, y que se construye desde el inicio de la carrera; las escuelas normales deben tomar ventaja de esta identidad profesional en germen para estructurar programas que redunden en el buen desarrollo escolar y futuro profesional de los estudiantes.

Elección de una carrera profesional

De acuerdo con la ANUIES¹, el número de opciones educativas para la educación superior en nuestro país asciende a más de diez mil carreras. Sólo para el área de ciencias sociales y humanidades en el Distrito Federal y Estado de México la oferta educativa está integrada por casi cien carreras². Adicionalmente, el vivir en la zona conurbada de la Ciudad de México se ha convertido para muchos jóvenes mexiquenses en una gran ventaja competitiva, pues les da la posibilidad de concursar para el ingreso a universidades de ambas entidades. Sin embargo, a pesar de la amplia oferta educativa, en nuestro país sigue siendo un privilegio el poder ingresar a una institución pública de educación superior debido a la amplia demanda³. A estas condiciones se suman factores socioeconómicos que muchas ocasiones interfieren en la toma de decisiones de los jóvenes.

Entonces, ¿Cómo es que un joven decide ingresar a una carrera y no a otra? ¿Por qué habiendo tantas opciones se elige tal carrera? ¿Cómo vive el egresado

¹ ANUIES. Anuario Estadístico de Educación Superior (2017-2018)

² Portal Educaedu México. <https://www.educaedu.com.mx/carreras-universitarias>

³ De acuerdo con el reporte de Principales Cifras del Sistema Educativo Nacional 2019-2020, editado por la SEP, en nuestro país la matrícula de educación superior, contemplando sólo pregrado es de 3.6 millones de estudiantes, cifra muy por debajo de la demanda real.

de preparatoria este proceso? ¿Cómo se conformó a lo largo de su vida la idea de convertirse en un profesional? ¿Qué acontecimientos hay en su infancia y en su adolescencia temprana que los hacen pensar dedicarse a determinada profesión? ¿Cómo viven el hecho de ser rechazados en los procesos de selección? ¿Qué significado tiene para los jóvenes ser seleccionados en una institución de educación superior? Y, una vez iniciados sus estudios, ¿Cómo se construye una identidad profesional? ¿Qué hacen las instituciones de educación superior para colaborar en la construcción de una identidad profesional? Todas estas interrogantes y sus respuestas que tendrían que ser el primer referente de los profesores de educación superior quedan, la mayoría de las veces, rendidas y abandonadas en la caja del olvido, esperando un día poder ser liberadas y compartidas.

De acuerdo con Cortada (1977), el problema de la elección vocacional que se le presenta a todo alumno al terminar sus estudios de preparatoria afecta profundamente al individuo, a la vez de ser un problema que tiene resonancia en el futuro de las instituciones de educación superior, en la vida y desarrollo económico y social del país, así como en toda la vida material y cultural que caracteriza a un pueblo.

Valle y Smith; Bartolucci; y Chain (citados por Mungarro, 2007) suponen que existen múltiples variables que determinan la elección de la carrera, mismas que no pueden ser analizadas aisladamente, pues cuando el sujeto decide qué carrera estudiar lo que se produce es una correlación de dichas variables.

A lo largo de los últimos cincuenta años se han generado una serie de teorías que explican los factores que intervienen en la toma de decisión de una profesión y, aunque esto pareciera interesar más a los orientadores de preparatoria, lo cierto es que desde hace varios años se ha convertido también en un tema crucial para las instituciones de educación superior, en virtud de que conocer los motivos o razones por los que un estudiante optó por determinada carrera ayuda también a crear programas de apoyo que garanticen el éxito profesional de los jóvenes.

De acuerdo con Rivas (2005) la psicología vocacional se ha visto fuertemente influenciada por la psicología cognitiva, de la que han surgido vertientes teóricas que explican las variables que inciden en la elección de una carrera, mismas que se agrupan en las siguientes 5 temáticas: a) Desarrollo de la Carrera b) Teoría Sociocognitiva (Lent, Brown y Hackett, 1994) que incorpora variables personales y variables contextuales, intentando explicar la forma en que estos elementos se interrelacionan y cómo afectan a la

conducta e intereses vocacionales, la elección de la carrera y al posterior rendimiento en la carrera vocacional; c) Teoría del Aprendizaje Social (Mitchell y Krumvoltz, 1996) que establece que es el propio sujeto quien tiene que examinar y evaluar la adecuación de las propias percepciones y las del mundo vocacional; generar múltiples alternativas; recoger información fiable y relevante sobre cada alternativa para llegar a la toma de una decisión eficaz; d) Teorías del Procesamiento de la Información (Sampson, Peterson, Lenz y Reador, 1992), que plantean un modelo piramidal que constituye una propuesta estructurada que facilita las intervenciones para el desarrollo de carrera; e) El Constructivismo que, en palabras de Rivas, amplía la corriente actual que encuadra las elaboraciones y planteamientos de los autores más representativos e influyentes en la psicología vocacional, con una doble dirección: La narrativa contextual de las vivencias individuales (Cochran, 1997) y el constructivismo vocacional (Young y Collin, 1992).

A partir de ello se han desarrollado valiosas propuestas para mejorar la orientación y asesoría vocacionales en los sistemas educativos de diversos países. Destacan los trabajos de Rivas en España y Cortada en Argentina que han hecho aportaciones en este tenor. Gámez y Marrero (2003) exploraron las

metas y motivos de los estudiantes que inician sus estudios en una universidad española. Basada en las aportaciones teóricas de Gámez y Marrero, Mungarro (2007), en su estudio sobre motivos y elección de carrera, caracterizó a los estudiantes de la Licenciatura en Educación Primaria de la Escuela Normal del Estado de Sonora.

Si bien las aportaciones de todos estos estudios dan luz acerca de cómo asesorar vocacionalmente a los jóvenes y cómo caracterizar las poblaciones universitarias para orientar su desarrollo profesional, la mayoría tiene como común denominador el establecimiento de características estándar ideales para una profesión particular y la aplicación de pruebas y cuestionarios que permiten identificar la afinidad que los rasgos de personalidad de un individuo tienen hacia dicha profesión; es decir, se hace un análisis objetivo (muchas veces estadístico) para determinar si un joven cumple con los estándares que una profesión demanda. Este tipo de estudios deja sin cubrir la parte subjetiva que comprende los motivos, la pasión, los ideales y expectativas de los jóvenes, por lo que se hace necesario recurrir a nuevas propuestas para la realización de estudios integrales que nos permitan explorar nuevas formas de contribuir al desarrollo profesional de los estudiantes.

Narrativa e identidad profesional docente

En los diferentes campos de la actividad humana, y la psicología vocacional no es la excepción, se han venido desarrollado posturas teóricas que reclaman el análisis holístico de los hechos y eventos que preocupan a la humanidad, pues si bien el método científico resulta adecuado para el estudio de los fenómenos naturales, las ciencias sociales y humanas parecen encontrar mejores resultados en el empleo de metodologías de corte cualitativo. En el ámbito educativo esta postura tiene que ver con investigaciones que rescatan los factores personales y contextuales que permiten tener una visión integral de los hechos que ocurren a nuestro alrededor. Es así como la narrativa cobra fuerza como el vehículo vital de expresión de lo ocurrido, que hace posible recoger elementos del contexto, así como el sentido que los protagonistas atribuyen a los hechos históricos, logrando tener visiones más integrales de un mismo evento. La historia de vida y la narrativa autobiográfica cobran especial significancia para dar visibilidad a los personajes centrales de un suceso, evento o hecho determinado.

Hablar de elección de carrera docente y narrativa como metodología, nos remite a las propuestas constructivistas que tienen una doble vertiente: por un lado, el constructivismo vocacional de Young y Collin,

(1992), y por el otro, la narrativa contextual de las vivencias individuales con Cochran (1997).

En virtud de que lo que tratamos de rescatar en las narrativas de los jóvenes de primer semestre de la Licenciatura en Inclusión Educativa son los elementos que den cuenta de la génesis de su identidad profesional, retomaremos la propuesta de Cochran (1997) y Bolívar (2005). Estos enfoques narrativos de la orientación y el desarrollo profesional reconocen que, como actores sociales y dinámicos, los individuos hablan, actúan e interpretan eventos a través de sus contextos y culturas particulares. Es decir, ven la toma de decisiones profesionales como un proceso holístico, reconociendo que la historia profesional está determinada por las crecientes complejidades de la vida en un mundo social diverso.

La narrativa se convierte en el vehículo más adecuado, tanto para captar la manera en que las personas constituyen su autoconocimiento, como para solicitarles que transmitan su sentido personal organizando su experiencia a lo largo de una dimensión temporal o secuencial. (Huberman, 1998, p. 187)

Son los estudiantes los únicos que conocen las motivaciones y razones que hicieron posible que hoy se encuentren estudiando esta licenciatura, es a ellos a

quienes debemos ceder el micrófono, porque en este proceso de estructurar su propia historia se redescubren y ratifican sus deseos de pertenecer a este grupo de futuros profesionistas o, bien, obtienen elementos para tomar otras decisiones acerca de su futuro.

Basándose en los trabajos de Ricoeur, Goodson; Goodson et al; y Day, Bolívar (2005) hace aportaciones para el estudio de la identidad docente a partir de las historias de vida del profesorado español. Desde un enfoque biográfico-narrativo sostiene que las identidades se construyen, dentro de un proceso de socialización, como una narración ante sí mismo o ante los otros, como un relato que cambia y se va reconfigurando con el tiempo. Es, entonces, relatando nuestra propia historia como nos damos a nosotros mismos una identidad, porque nos reconocemos en las historias que (nos) contamos. Las historias de vida no sólo posibilitan la construcción de sentido del proyecto de una vida, sino también construir una identidad (personal y profesional), a partir de ordenar el bagaje de acontecimientos, así como vivencias y aprendizajes a lo largo de la vida. Por eso, argumenta Bolívar, las historias de vida pueden ser una estrategia para que el profesorado se haga visible y muestre la generación de su saber profesional. Aquello que se llegue a ser como persona o como docente es resultado

del proceso por el que se ha ido configurando la identidad profesional.

Narrativas, identidad profesional y alteridad

Desde nuestra perspectiva, las historias de nuestros estudiantes deben ser traídas a la luz porque en ellas encontramos el germen de lo que será la futura conformación de la identidad profesional docente. Pues recordemos que la identidad profesional es un proceso selectivo de sucesivas identificaciones con distintas personas que se va teniendo la oportunidad de conocer, tanto reales como imaginarias, que desempeñaban un rol (Bianchi en Fernández, 2006). Es un proceso en el que se jerarquizan y valoran algunas actividades y se descartan e ignoran otras, porque el sujeto se ha identificado selectivamente con ellos, donde se debe sentir satisfacción, autonomía, compromiso, responsabilidad y conciencia de ¿por qué? y ¿para qué? se estudió esa carrera y no otra, y cuál es la posición ante las exigencias que emanan de la sociedad para con dicha profesión.

Buscando dar respuesta a la pregunta ¿Cuáles fueron los motivos o razones por los que elegiste esta carrera?, en este escrito presentamos a un grupo de estudiantes que encontraron en sus profesores o en sus

familiares que desempeñan esta profesión, un ejemplo tan poderoso que marcó sus vidas y les hizo optar por la docencia como su propia profesión. Son jóvenes que buscan, de manera vicaria, emular las conductas de aquellos que se convierten en su ideal profesional. Sus historias pueden clasificarse, a su vez, en tres grupos:

- Estudiantes cuyos familiares docentes constituyen un ejemplo.
- Estudiantes que buscan emular a uno de sus profesores.
- Estudiantes inspirados en la conducta de un profesional destacado.

Estos grupos de narrativas corroboran que una característica común en los relatos de muchos docentes sobre sus antecedentes es la aparición de un maestro “favorito” que influyó sustancialmente en su persona (Goodson, 2014). Muestran, tal como lo señalan Sayago et al., (2008), cómo la construcción de la identidad profesional docente de estudiantes en periodo de formación está fuertemente arraigada a las rutinas de quienes fueron sus profesores en los otros niveles del sistema educativo, a las vivencias más significativas construidas con la familia durante la infancia y al contacto directo con el contexto escolar.

Estudiantes cuyos familiares docentes constituyen un ejemplo

Olins (citado por Sayago et al., 2008) refiere que el proceso de conformación de la identidad personal expresada en términos de distinguirse y diferenciarse facilita la condición de identificarse con una carrera o profesión que, en función de un futuro, ofrezca garantía de éxito y, de manera general, responda a las interrogantes: ¿qué quiero ser?, ¿para qué? Toda elección lleva implícita una identificación, pero se definirá en su relación con lo real, profundizando conocimientos en tanto que la elección de una carrera profesional no se lleva a cabo en términos puramente discursivos y abstractos, sino que está ligada a lo sociocultural, histórico, económico, etc.

Los siguientes estudiantes nos comparten cómo sus propios familiares docentes se convirtieron en las figuras ideales para ellos. Frida señala, “una de las razones por las que elegí esta carrera fue por la influencia de mi abuelo, él fue maestro en varias escuelas y a mí me encantaba ver cómo ayudaba a los niños, a los padres de familia, a las maestras, incluyendo a mi mamá”. Para esta estudiante es la ayuda que su abuelo ofrece, no sólo a sus alumnos, sino a padres y otros colegas, el factor que detona su interés por convertirse en docente. En el caso de Eduardo quien nos comparte, “mi hermano, a quien siempre

admiré, se recibía como licenciado en Educación Primaria, ¡Wow, yo quiero ser como él!, repetí muchas veces en mi cabeza”, su narrativa y una entrevista narrativa autobiográfica nos dejan comprender cómo dentro de un contexto social en el que pocos miembros de la familia logran obtener un título universitario, el profesor que lo logra, se transforma en un ideal de profesional para sus familiares cercanos.

Los fragmentos citados dan cuenta de las historias personales de nuestros estudiantes, quienes, en ocasiones desde su nacimiento, viven influenciados por docentes miembros de su familia, cuyo ejemplo les permite conformar un ideal profesional y crear expectativas de su futuro desempeño como profesionistas. De acuerdo con Bolívar (2005), la identidad profesional docente es el resultado de un proceso biográfico y social, dependiente de una socialización profesional en las condiciones de ejercicio de la práctica profesional, ligado a la pertenencia a un grupo profesional y a la adquisición de normas, reglas y valores profesionales. Por otra parte, es una construcción singular, ligada a su historia personal y a las múltiples pertenencias que arrastra consigo (sociales, familiares, escolares y profesionales). En tercer lugar, es un proceso relacional, es decir, una relación entre sí y los otros, de

identificación y diferenciación, que se construye en la experiencia de las relaciones con los demás.

Vemos cómo los pasajes narrativos de Frida y Eduardo dan cuenta tanto de la construcción singular ligada a la historia personal, como al proceso relacional a que hace referencia Bolívar.

Estudiantes que buscan emular a uno de sus profesores

Siguiendo a Cochran (1997), las historias de vida son narraciones potentes que transmiten lecciones de vida. Contar una historia es explicar cómo un fin surge de un principio o un evento en particular, es explicar cómo determinado principio se transforma para llegar a un fin.

Los siguientes fragmentos nos muestran cómo, al tener contacto con maestros ejemplares, los jóvenes crearon un profesionista ideal en el que se vieron reflejados. Cuando los jóvenes cuentan parte de su vida lo que hacen es crear un ideal, no olvidemos que lo ideal y lo posible son interdependientes, pero uno puede ajustar el ideal a lo que es posible y lo posible a lo que es idealmente deseable.

Yahel, haciendo un ejercicio de proyección, nos platica:

Pasé a cuarto semestre y conocí al profe Paco, entendí por qué la vida me puso en esa escuela y me sentía bendecido, la gente hablaba maravillas de ese hombre, pronto pasó el primer parcial y me di cuenta de que él era en lo que yo me quería convertir.

Cristian, por su parte, nos comparte cómo una experiencia con una de sus profesoras en la secundaria hizo posible que a esa temprana edad pudiera empezar a delinear un ideal profesional:

Debo de ser muy agradecido con mi profesora Claudia que impartía la clase de Matemáticas en la secundaria, por aquella plática que tuvimos después de clase. Ella fue de las personas que más influyó para que yo esté aquí, hasta podría decir que fue la única.

Es notorio en estos pasajes cómo hay profesores quienes con el ejemplo o con una charla informal en el momento preciso, logran dar una lección de vida y constituirse en profesionistas modelo para nuestros estudiantes. Así, cuando Yahel y Cristian nos comparten “me di cuenta de que él era en lo que yo me quería convertir”, y “ella fue de las personas que más influyó para que yo esté aquí”, lo que realmente están expresando es un ideal de profesionista que marcó su vida y a quien emulan por el poder de su ejemplo.

Estos fragmentos nos permiten comprobar cómo a partir del referente de sus propios maestros ejemplares los estudiantes se proyectan como protagonistas activos y entusiastas de una profesión cuya identidad se empieza a tejer desde los primeros días de su formación inicial. Como lo señalan Cole y Knowles, 2001 (citados por Bolívar et al., 2005), las narraciones autobiográficas no sólo representan al yo o lo expresan, sino que lo constituyen. Consisten en dar un orden al conjunto de los sucesos pasados, encontrando un hilo conductor que establezca las relaciones necesarias entre lo que el narrador era y lo que hoy es. De esta manera, la narración media entre el pasado, presente y futuro, entre las experiencias pasadas y el significado que ahora han adquirido para el narrador en relación con los proyectos futuros. Estos proyectos futuros, que a un mes de haber iniciado su formación pueden parecer aún inciertos para los estudiantes, se transforman en potentes hitos que ayudan a configurar su identidad profesional. En este proceso de construcción de una identidad profesional, las instituciones formadoras de docentes adquieren un rol fundamental.

De este modo cada docente tiene una historia de vida y trayectoria profesional única y singular, profundamente condicionadas por factores contextuales, que se cruzan

en las vidas personales. Cada sujeto ha hecho su propia construcción activa e interactiva en función de una trayectoria subjetiva específica: historia singular como llegó a ser profesor/a, socialización singular, una vida personal y familiar particular. La lección más relevante para los procesos formativos es que las identidades docentes no sólo se construyen sobre los procesos técnicos que se pueden aprender en la formación inicial, incluyen también dimensiones emocionales y son el resultado de una interacción con contextos sociales y profesionales. (Bolívar, 2005, pp. 10-11)

Es tarea de las instituciones formadoras de docentes recoger estas historias, reflexionarlas y potenciar su contenido, para transformar esos contenidos ideales en contenidos posibles.

Estudiantes inspirados en la conducta de un profesional destacado

Como podemos apreciar en los siguientes fragmentos, “la narrativa provee una organización temporal, integrando un principio, un desarrollo y un fin en una sola producción. Como un proceso vivido, el final es una proyección hacia el futuro (una meta, un propósito, un objetivo previsto)” (Cochran, 1997, p. 5).

En los relatos de estos jóvenes aparecen señales concretas de su proyección como docentes.

Al escuchar el relato de una docente de educación especial, Brenda logra identificar cualidades que desea replicar a futuro de manera vicaria, pretendiendo lograr un desempeño como el que describe a continuación:

Con el paso del tiempo conocí a una persona que me contó de su profesión y de la pasión que sentía por lo que hacía, me refiero a la experiencia de tener que juntar el amor, la pasión y la disciplina con la que se desempeñaba para ser Maestra de Educación Especial. Lo que la maestra me contó despertó en mí el interés por conocer más acerca de la educación especial, así que decidí ir a visitar y conocer la escuela.

Cuando se tiene la posibilidad de observar el desempeño de profesionales comprometidos y entusiastas, el estudiante tiene la posibilidad de imaginar en un espejo su propia labor futura. Este fue el caso de Mariam, quien quedó cautivada por las cualidades de una docente de educación especial:

Decidí asistir a un CAM, mi estancia ahí fue de dos meses. Pude entender el papel tan importante que la maestra desarrollaba, la capacidad que tenía para apoyar

y enseñarle a cada uno de sus alumnos. La veía y deseaba ser como ella y no sólo por la fortaleza que mostraba, lo mío era más que eso. La admiraba porque de una u otra manera ella estaba aportando su granito de arena para mejorar nuestra sociedad.

El fragmento que nos comparte Yamilé rescata también cualidades de un buen profesor:

Fue muy especial para mí una maestra llamada Michelle Cano Nava, a pesar de que en un principio no me llevaba bien con ella, ahora la quiero, le tengo un gran aprecio, tanto que me gustaría ser igual de estricta y disciplinada que ella porque ahora me doy cuenta de que todo lo que hizo fue para que yo fuera mejor persona. Atesoro cada uno de sus consejos porque en todo momento me supo escuchar.

Destaca en estos fragmentos la capacidad de las estudiantes para identificar características y cualidades propias de un docente inclusivo, se puede ver cómo la narrativa autobiográfica da la posibilidad a los jóvenes de repensarse, de recrearse y tomar conciencia de lo que la profesión les requerirá en un futuro cercano: una persona fuerte, estricta, disciplinada, con la capacidad de apoyar y enseñar a

cada uno de sus alumnos de acuerdo con sus necesidades.

Si recordamos que en la Escuela Normal de Educación Especial comprendemos la alteridad como un componente filosófico de nuestro modelo educativo, los relatos de estos estudiantes cobran aún mayor importancia. La alteridad es un término filosófico que hace referencia a la “otredad”. Dependiendo del preconcepto que tengamos del “otro” será el vínculo que establezcamos con él. No olvidemos que alteridad tiene qué ver con ponerse en el lugar del “otro” para poder comprenderlo, haciendo a un lado nuestro sentimiento e ideas (Córdoba y Vélez, 2016). A lo largo de la historia y en las diferentes culturas, como lo ha estudiado Pantano, (2009), los sujetos en situación de discapacidad han sido estigmatizados. La sociedad ha establecido con ellos un vínculo de rechazo, y la peor manera de rechazarlos ha sido invisibilizarlos. Aunque nuestra legislación ha avanzado y la tendencia internacional nos ha obligado a cambiar estas preconcepciones, lamentablemente esto no ha asegurado que en la práctica cotidiana aceptemos al otro con su diferencia. Por eso, en la Escuela Normal de Educación Especial consideramos que el enfoque de la alteridad es un enfoque que nos ayuda a aclararnos y a aclarar a la sociedad cuál es el vínculo que debemos tener con el

otro, en particular con el sujeto en situación de discapacidad. Estamos convencidos de que si logramos aclararnos este vínculo podremos estar en posibilidades de hablar de una verdadera inclusión de las personas en situación de discapacidad.

Retomando las cualidades docentes a que hacen referencia Brenda, Mariam y Yamilé, en sus escritos, encontramos que ellas desean llegar a ser un docente noble y paciente, que sepa escuchar; que transmita con amor sus conocimientos, que sea fuerte y estricto; que sepa amalgamar el amor, la pasión y la disciplina; y que dé a cada cual lo que necesita.

Se percibe en estos fragmentos el germen de una identidad profesional que encaja no sólo con la identidad docente, sino que muestra los primeros brotes de un futuro profesionista dispuesto a reconocer al otro sin estigmatizarlo, a ser responsable por el otro, a preocuparse por sus necesidades; cualidades que responden al enfoque de la alteridad, y que, a mediano plazo, podrán cultivarse como parte de la identidad profesional del licenciado en inclusión educativa. Complementan esta idea el compromiso a futuro que establecen varios de los estudiantes, como Frida, quien señala: “desde ese momento me comprometí a dar lo mejor de mí, amar, velar por quien lo necesite y proteger a todo niño o adulto con alguna dificultad”; como Cristian, quien cierra su

narrativa de la siguiente forma: “ estoy convencido de que debemos ofrecerles un mundo mejor, darles el amor que merecen, incluirlos en todo momento y hacer que otros niños no los excluyan por sus diferencias”; o como Yamilé quien cierra su escrito diciendo:

Quiero realizar esta profesión con paciencia, orden, tolerancia, pero sobre todo con amor para llevar a cabo más que un trabajo; quiero que los niños encuentren en mí a alguien que no solamente les enseñe, quiero que encuentren en mí una amiga como yo lo he encontrado con los profesores que me han inspirado para llegar hasta aquí.

Como señala Cochran (1997), desde el punto de vista del desarrollo profesional, estas porciones de información con sentido que describe el autor de la narrativa proporcionan elementos muy valiosos para comprender las fortalezas y debilidades de una persona en relación con sus futuras metas, de esta forma, quienes participan en su educación pueden orientar y fortalecer sus habilidades para garantizar su éxito y satisfacción en la carrera elegida.

Estos relatos de los jóvenes nos dejan ver cómo, motivados por algún docente, y con grandes expectativas, muchos estudiantes de las escuelas

normales llegan a nuestras aulas con el firme deseo de ver transformadas sus vidas. Los rasgos de una conducta que tratan de emular, y que hoy aparecen en germen, se traducirán a la postre en competencias profesionales de su formación. El rol de los maestros formadores en este proceso de construcción de una identidad personal y profesional es crucial.

Para cerrar, queremos decir que las narrativas autobiográficas de nuestros estudiantes son muy ricas, pues nos muestran un sinfín de factores (personales, emocionales, familiares, económicos, culturales, etc.) cuyo análisis rebasa los límites de este escrito. Podemos ver cómo no para todos ellos fue fácil tomar esta decisión, algunos experimentaban confusión o tenían otros sueños; muchos han atravesado por situaciones difíciles que en momentos los hicieron dudar de su elección; otros nos narran el camino sinuoso que han tenido que recorrer para estar hoy aquí. Sus escritos despiertan fuertes emociones y nos provocan empatía al conocer sus angustias, tristezas y temores. Algunas narraciones nos hablan de los claros-oscuros de la sociedad actual, nos ponen de cara al espejo frente a una realidad a la que todos nuestros jóvenes y niños están expuestos. Los jóvenes nos confían sus más íntimos secretos y nos comparten las emociones y sentimientos que han experimentado en su tránsito por caminos peligrosos. Encontramos

historias desgarradoras que gritan la necesidad de ser escuchados y comprendidos, y nos invitan a hacernos responsables de esas demandas. Alguien dijo que ser *respons-able* significa *responder* con todas las *habilidades* que tenemos ante la necesidad del otro, y nosotros creemos firmemente en ello.

Es en medio de todas estas situaciones, que este grupo de estudiantes logra identificar a seres humanos virtuosos y comprometidos que representarán para ellos un ejemplo y les contagiarán el gusto de convertirse en licenciados en inclusión educativa. Profesionales que con su actuar transmitieron la esencia de una profesión cuyo componente ético fundamental es la responsabilidad hacia el otro.

Gracias a profesionales ejemplares como ellos, este grupo de jóvenes, a un mes de haber iniciado sus estudios de Licenciatura en Inclusión Educativa, hoy se regocijan de estar aquí y alzan sus voces potentes para decir a través de sus narrativas autobiográficas que desean ser excelentes docentes inclusivos.

Para concluir, argumentamos que la narrativa autobiográfica es una metodología cualitativa que permite recoger desde la propia voz de los futuros docentes, los elementos que, desde el inicio de una carrera profesional, dan cuenta de hitos en su vida que determinaron su elección de carrera y que ayudan en la construcción de la identidad profesional.

Los estudiantes que eligieron la carrera influenciados por familiares o docentes poseen, como parte de su historia personal, elementos clave para la construcción de una identidad profesional docente; son jóvenes que buscan, de manera vicaria, emular las conductas y prácticas ejemplares; jóvenes dispuestos a ayudar al otro sin estigmatizarlo, a responsabilizarse de sus necesidades; cualidades que se corresponden con el enfoque de la alteridad, y que, a mediano plazo podrán cultivarse como parte de la identidad profesional del Licenciado en Inclusión Educativa. Las escuelas normales deben tomar ventaja de esta identidad profesional en germen, para garantizar el éxito escolar de estos jóvenes y colaborar para que mantengan su motivación y entusiasmo hasta el término de la carrera.

La exploración de las necesidades, anhelos y expectativas de los estudiantes a través de la narrativa autobiográfica permite obtener datos valiosos acerca de la conformación de la identidad profesional, así como recabar elementos socioemocionales y contextuales inestimables; insumos de gran ayuda para la estructuración de programas de asesoramiento que redunden en el buen desarrollo escolar y futuro profesional de los estudiantes.

Referencias

- Bianchi, A. E (2006). *Orientación vocacional: Metodología de la decisión correcta*. Troquel.
- Bolívar, A. (2005). *Las historias de vida y construcción de identidades profesionales*.
http://www.ugr.es/~abolivar/Publicaciones_files/Reciente_3_1.pdf
- Bolívar, A., Fernández, M., y Molina, E. (2005). Investigar la identidad profesional del profesorado: Una triangulación secuencial. *Forum: Qualitative Social Research*. 6, (1).
<https://www.researchgate.net/publication/284258066>
- Cochran, L. (1997). *Career Counseling. A Narrative Approach*. Sage Publications.
- Córdoba, M. E., y Vélez-De la Calle, C. (2016, julio-diciembre). La alteridad desde la perspectiva de la transmodernidad de Enrique Dussel. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14, (2), pp. 1001-1015.
- Cortada de Kohan, N. (1977). *El profesor y la orientación vocacional*. Trillas.
- Fernández, M. (2006). *Desarrollo profesional docente*. Grupo Editorial Universitario.
- Gámez, E., y Marrero, H. (2003, junio). Metas y motivos en la elección de la carrera universitaria: Un estudio comparativo entre psicología, derecho y biología. *Anales de Psicología*, 19 (1), pp. 121-131.

- Goodson, I. F. (2014). Investigating the Life and Work of Teachers.
<https://www.researchgate.net/publication/280929007>
- Huberman, M. (1998). Trabajando con narrativas biográficas. En Egan, K.; McEwan, H. (Comps.), *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Amorrortu Editores.
- Mungarro, G. del C. (2007). Motivos y elección de carrera. Tesis Maestría en Innovación Educativa. Universidad de Sonora. México.
- Pantano, L. (2009). Nuevas miradas en relación con la conceptualización de la discapacidad. En P. Brogna (Coord.) *Visiones y revisiones de la discapacidad*, pp. 73-97. FCE.
- Rivas, F. (2005). Psicología Vocacional: Propuesta de un nuevo enfoque integrado de la Actividad Cognitivo Conductual del asesoramiento vocacional. *Revista de Psicología y Educación*, 1 (1), pp. 135-166.
- Sayago Quintana, Z. B., Chacón Corzo, M. A., y Rojas de Rojas, M. E. (2008, julio-septiembre). Construcción de la identidad profesional docente en estudiantes universitarios. *Educere*, 12 (42), pp. 551-561.

NARRATIVAS ESTUDIANTILES

¡Ánimo!

Abraham Yahel Castro Bosques

Hola, soy Yahel, tengo dieciocho y soy un docente en formación.

Tenía quince años cuando me cuestioné qué carrera iba a estudiar, estaba a un par de meses de salir de la secundaria y debía escoger una preparatoria. Esperanzado de dejar ese mundo aburrido y tedioso, donde sólo un par de materias eran de mi agrado, decidí que estudiaría alguna carrera técnica en el politécnico. Pasaron los meses y llegó el día del examen, tenía que esperar un mes para saber los resultados, un mes que pareció un año.

¡Por fin! Los resultados de mi examen. Con muchos ánimos y ansiedad me acerqué a la computadora y busqué, tuve el puntaje necesario para todas mis opciones, pero para mi fortuna, ninguna escuela me aceptó, mi promedio de secundaria era una décima menor al mínimo, mi sorpresa fue todo menos agradable, nunca había tenido un nudo tan grande en la garganta. Por suerte conseguí una escuela que me

aceptara, iba con toda la frustración imaginable, parecía que había arruinado mi vida, entré en una depresión y hasta me enfermé. No fue hasta segundo semestre que tomé la decisión de acabar la prepa en aquella escuela. Me sacudí la frustración y hasta mejoré mis calificaciones.

Eso no significaba mucho para mí, yo seguía deprimido, me sentía incomprendido y solo. Con una adicción y muchas ganas de salir adelante, un día, en clase de programación me pregunté ¿Es realmente esto lo que quiero hacer con mi vida? ¿Programar? ¿En serio voy a salvarme solo? Hacer algo que no quería era regalar mi voluntad, me sentí miserable de verdad.

El tiempo pasó, estaba enojado con el mundo, el capitalismo tenía la culpa y yo no era nadie, pensaba que mi vida era un chiste, incluso pensé en suicidarme. Gracias a Dios pronto fui consciente que no era mi culpa lo que el mundo hacía, entendí que la vida siempre va a ser lo que tú quieres que sea.

En este punto me sentía motivado, me sentía invencible. Entonces todo empezó; me pregunté qué había hecho el mundo conmigo que yo no quisiera que alguien tuviera que pasar, por supuesto, la escuela. Como si pudiera cambiar al mundo o a mi país, por supuesto que no voy a ser político... pensé, ¡yo soy el mundo, yo soy el país! Renegué. Ahora sólo quedaba

saber cómo lo haría. Me negaba a ser parte de la basura que me afligía, me sentía impotente y sin opciones.

Pasé a cuarto semestre y conocí al “profe” Paco, entendí por qué la vida me puso en esa escuela y me sentía bendecido, la gente hablaba maravillas de ese hombre, pronto pasó el primer parcial y me di cuenta de que él era en lo que yo me quería convertir, un humano común y corriente con problemas como todos. Él enseñaba un poco de filosofía en prepa, le gustaba sembrar semillas en sus alumnos. Me di cuenta de que prefería la evolución del país y la maduración individual a unos miles de pesos, entonces dije: voy a ser maestro.

Habiendo decidido, las cosas se tornaron simples y sencillas, ahora sólo tenía que elegir. Primero elegí que quería enseñar matemáticas a nivel media superior, cálculo diferencial, geometría analítica y esas cosas que a nadie le importan.

Llegué al sexto semestre, no lo podría creer, estaba a meses de salir de la preparatoria, estaba nervioso y con muchas expectativas, pero para mi sorpresa la universidad a la cual quería ingresar entró en huelga, vaya mala broma -pensaba-. Pasado un mes de la huelga decidí que tenía que tomar otra decisión, elegir otra escuela, y como por arte de magia ese mismo día horas después encontré un tríptico de la ENEEEM en el piso del baño de la prepa, parecía que la vida me

estaba haciendo “ojitos”, parecía que todo tenía sentido, que ningún dolor fue en vano, que nunca fracasé y que siempre hice lo mejor, todo era perfecto.

Entusiasmado fui a la ENEEEM, me registré para hacer el examen de admisión. Pasó por ahí de un mes e hice el examen; aunque no estudié ni un poco, me sentía seguro, me sentía totalmente capaz, yo sentía que ya estaba dentro. Un mes pasó y los resultados estaban listos. ¡Oh sorpresa, aprobé el examen!

Que buena noticia, estaba feliz y agradecido con la vida, todo funcionaba, todo era claro. No fue hasta que entré y pasó la semana de inducción que me sentía satisfecho, decía “ya quiero que sea mañana para ir a la escuela”, que emoción mis nuevas materias, que emoción los nuevos retos, que emoción, un nuevo Yahel.

A poco más de un mes de entrar a esta maravillosa licenciatura, puedo decir que confirmo la misión que tengo conmigo mismo y con la vida, agradezco a todos mis maestros y maestras, a mis nuevos amigos y a mi chica, por su apoyo y cariño, los quiero mucho.

Yo no quiero ser maestra

Noemí Yamilé García Rodríguez

“Yo no quiero ser maestra” fueron las primeras palabras que dije cuando supe el verdadero rol que implica ser un maestro, desde mi perspectiva son muy pocas las personas que llegan hasta este punto, porque no todos son capaces de entender lo que significa esta profesión tan maravillosa, ya que no sólo se trata de alcanzar un título, o de pararse frente a un grupo por horas a impartir un tema ya establecido por un sistema; el ser maestro va más allá de todo esto, es una responsabilidad tan grande que solamente la ejecutan con amor y pasión quienes verdaderamente se ponen la camiseta.

Mi nombre es Noemí Yamilé García, entré al kínder a la edad de cuatro años, asistí a dos escuelas diferentes, en una me sentí más cómoda que en la otra, pues la atención de la maestra en la segunda escuela era totalmente opuesta a la de la primera ya que era más amorosa y amable; aunque no tengo recuerdos específicos puedo decir que es una sensación agradable hablar sobre lo poco que recuerdo, creo que desde antes de entrar a esa etapa ya tenía la idea de lo que quería ser porque a mí nunca me gustó jugar a la

cocinita, a la mamá y el papá, o a cualquier otro juego que no fuera el ser maestra.

Al entrar a la primaria me tocó la profesora Lourdes, quien era muy dinámica, linda y enseñaba excelente, ella fue una gran motivación para elegir esta carrera; en mi salón había un niño que tenía discapacidad, su nombre era Raúl, no recuerdo haberlo ayudado en muchas ocasiones en los trabajos, pero cuando los demás compañeros empezaban a hablar mal de él yo me enojaba, y les decía que no le hablaran de esa forma; Raúl sólo estuvo con nosotros los primeros dos años, para tercer grado ya no lo inscribieron, desde entonces no volví a saber nada de él, ahora me arrepiento de no haber podido ayudarlo, pues pude haber hecho algo para que su situación en la primaria cambiara, pero simplemente decía entre mí “pobre niño”. Hasta ese momento todo marchaba bien, sin embargo, cuando entré a quinto de primaria con la profesora Juliana Villa, entré al peor año de mi vida, recuerdo que para ese entonces mi mamá estaba muy metida en la religión, por lo cual no participábamos en eventos como, día de muertos, día del niño, navidad, entre otros. Yo llegué a comentarle a la profesora la situación del porqué no podía participar, pero que estaba dispuesta a realizar cualquier otro trabajo para recuperar esos puntos extras, que sólo me diera la oportunidad de hacerlo; sin embargo, nunca me hizo

caso, me sentía excluida, ya que hasta para jugar a la papa caliente ella me decía: “¡Ay, tú no puedes pues tu religión no lo permite! ¿Verdad?”. Esas palabras no las podía sacar de mi cabeza, en muchas ocasiones llegaba llorando a casa deseando no volver al colegio, no entendía por qué su comportamiento era así. Mi mamá buscó la manera de cambiarme de grupo, pero todos estaban completos ya no había lugar para mí en otro salón, yo no encajaba en ningún lugar; desde ese momento decidí que quería ser maestra y que yo jamás iba a excluir a alguno de mis niños, ya que todos valen igual y merecen el mismo trato por el simple hecho de ser seres humanos que sienten. Prometí ser diferente y decidí que si algún niño no podía participar en alguna actividad yo buscaría la forma de integrarlo.

A la edad de diez años recuerdo que mi papá llegó del trabajo y trajo una bolsita con dulces y un papelito con el alfabeto de lengua de señas, y como era de esperarse mis hermanos se comieron todos los dulces y yo me quedé con el papelito, me llamó tanto la atención la lengua de señas que me propuse aprenderla y lo logré; emocionada fui con mi mamá y le dije ¡Ya me aprendí el abecedario, quiero aprender más!, mi mamá sin poner ningún pretexto me apoyó y comenzó a investigar dónde podía tomar esos cursos. Encontró un lugar, era una iglesia, comenzamos con un grupo de aproximadamente veinticinco a treinta personas

casi todos entre la edad de dieciséis a treinta años, yo era la más pequeña; lo que ayudó mucho es que teníamos una compañera sorda de nombre Irma, para comunicarnos con ella teníamos que hacer gestos y realizar bien las señas para que nos entendiera; con el paso del tiempo se fueron saliendo personas hasta quedar un grupo de diez, dos años después la persona que nos enseñaba se mudó, por lo tanto se suspendieron los cursos. Traté de buscar otro lugar para seguir aprendiendo, fue inútil, antes de que cerraran los cursos me regalaron un libro llamado “Mis manos que hablan” mismo que guardé sin saber que sería de gran ayuda en el futuro.

La adolescencia también ha sido una etapa agradable excepto pasar a secundaria, no estaba acostumbrada a ver tantos maestros de diferentes materias en un sólo día. Para ese tiempo yo ya no estaba tan convencida de querer ser maestra por muchas razones, una de ellas mi hermano David, ya que ese año él entró al kínder y le costó mucho trabajo adaptarse, tanto que siempre que lo iban a dejar al colegio hacia berrinche para no entrar a clases, un día hasta llegó a pegarle a una de las profesoras, ahí fue cuando dije “Yo no quiero ser maestra”, así que comencé a indagar otros caminos. En un principio quería ser compositora de canciones o intérprete para personas sordas, sinceramente no sabía lo que quería,

con el paso del tiempo me iba acoplando a la secundaria hasta el punto de que era una de las alumnas más destacadas con el mejor promedio del salón ¿Quién lo iba a imaginar? Yo una niña que lloró el primer día de clases, ahora sacando un reconocimiento, ¡qué loco! Para tercer año de secundaria nos tocó un orientador muy estricto llamado Víctor Hugo Barajas, debo confesar que le tenía miedo hasta que comencé a tratarlo y me cayó muy bien a tal grado de considerarlo mi amigo, consejero y hasta un segundo padre, gracias a él surgió en mí la grandiosa idea de querer ser psicóloga y también por qué no, ser maestra de nuevo. Víctor Hugo es y siempre será mi profesor favorito y una gran inspiración para mí.

La etapa de la preparatoria la estudié en la anexa de la Normal de Atizapán, amé a cada uno de mis compañeros; fue muy especial para mí una maestra llamada Michelle Cano Nava, a pesar de que en un principio no me llevaba bien con ella, ahora la quiero, le tengo un gran aprecio, tanto que me gustaría ser igual de estricta y disciplinada que ella porque ahora me doy cuenta de que todo lo que hizo fue para que yo fuera mejor persona. Atesoro cada uno de sus consejos porque en todo momento me supo escuchar.

Durante primero y segundo años de prepa no tenía ni la menor idea de lo que quería estudiar, fue hasta

tercero cuando decidí que quería estudiar criminología porque siempre me había gustado la idea de resolver misterios y ver programas sobre ese tema, mi mamá no estuvo tan de acuerdo sobre eso, pero, aun así, me apoyó. A mediados del ciclo escolar de tercero de prepa fueron distintas universidades a presentar su plan de estudios, pero yo seguía con la idea de criminología, hasta que me topé con la ENEEEM; me dieron un tríptico y al ver sus materias de un curso que decía Lengua de Señas Mexicana, quedé impresionada, ¿Cómo podía haber maestros que estudiaran esto? En ese momento mi vida contaba con dos caminos muy distintos, tenía esa extraña sensación de sentirme dividida, entre trabajar con muertos o trabajar con vivos, tenía un gran dilema el cual me cuestioné muchas veces, fue ahí cuando comencé a visualizarme como criminóloga o como maestra, entre ver sangre o ver sonrisas, hasta llegué a poner a la suerte que decidiera por mí, todo estaba claro. Todo apuntaba a criminología, pero algo cambió en mí tan impactante que ni yo me explico cómo fue, sólo sentí una voz en mi interior diciendo ¡No! Quedaba una semana y media para que cerrara la convocatoria de la ENEEEM, milagrosamente me alcancé a inscribir, dejé de lado la carrera que tanto anhelaba sin saber por qué había hecho tal cosa. Llegó el día más esperado, el día de mi examen, me sentía muy nerviosa pero al entrar a la

escuela todo en mí cambió, me enamoré completamente de la institución, lo único que pasaba por mi cabeza era un remordimiento por no haber estudiado más, me atormentaba un sólo pensamiento: “no me voy a quedar porque no estudié lo suficiente”; ya no quería la carrera de criminología, ahora mi futuro dependía de un examen para el cual no había estudiado y no me había preparado ni un poco; semanas después me presenté para confirmar mi resultado, comencé a ver los folios con la esperanza de que el mío estuviera ahí, me sentía agobiada, por un momento creí no haberme quedado, hasta que lo vi, no lo podía creer estaba sin palabras, mis ojos empezaron a lagrimear porque descubrí que ahí estaba el número de mi folio. Ahora sólo queda el poner de mi parte para que todo esto marche bien, sé que tengo mucho que dar para esta carrera porque si estoy aquí es por algo; quiero realizar esta profesión con paciencia, orden, tolerancia, pero sobre todo con amor para llevar a cabo más que un trabajo; quiero que los niños encuentren en mí a alguien que no solamente les enseñe, quiero que encuentren en mí una amiga como yo lo he encontrado con los profesores que me han inspirado para llegar hasta aquí.

¡Todo se puede cumplir, todo depende de ti!

Mariam Michelle Alvarado Martínez

Mi nombre es Mariam, tengo dieciocho años, muchos dirán, ¿qué es lo que puedo contar con esa edad?, en cambio, yo lo veo como una oportunidad para compartir mi alegre trayecto.

A mi mente llegan recuerdos de cuando era muy pequeña, me gustaba jugar a ser la “maestra”. Cuando entré a la primaria tenía una maestra muy enojona y gritona, a tal punto que lo único que causaba en mi era miedo, obviamente conforme fui creciendo encontré maestros de todo tipo, unos mejor preparados que otros, pero siempre aprendiendo de cada uno de ellos.

Cuando entré a la secundaria viví muchos cambios, pero, sin duda, hubo uno que me marcó hasta la fecha. En primero de secundaria tuve una maestra muy comprometida con su trabajo, ella nos dejó un trabajo en el cual debíamos ayudar a una comunidad marginada o a una asociación para niños. Decidí asistir a un CAM, mi estancia ahí fue de dos meses, dos meses en los que aprendí muchísimo, disfrutaba mucho ir, ya que cada día era una nueva experiencia, pude entender el papel tan importante que la maestra desarrollaba, la capacidad que tenía para apoyar y enseñarle a cada uno

de sus alumnos. La veía y deseaba ser como ella y no sólo por la fortaleza que mostraba, lo mío era más que eso. La admiraba porque de una u otra manera ella estaba aportando su granito de arena para mejorar nuestra sociedad. Pensé estudiar lo mismo que ella, pero al mismo tiempo noté que había muchas adversidades, no todo era bonito, por lo que consideré que no era una carrera fácil. Asistir a ese CAM me cambió por completo, independientemente de que ahí surgió la idea de querer estudiar esta carrera, me hizo caer en cuenta de muchas cosas, sobre todo que no siempre agradezco lo que tengo. Cuando dejé de asistir al CAM yo ya tenía ideas y metas claras, quería estudiar educación especial en esta escuela, sabía que tenía una ventaja muy grande que es la pasión que tengo por ayudar y generar un cambio en mi comunidad. ¡Estoy feliz porque estoy llevando a cabo mi sueño!

Me considero una persona muy alegre y con mucho amor para dar y de la misma manera recibir. Sé que debo prepararme mucho para realmente poder apoyar y enseñar de la forma más adecuada. Estoy consciente de todo el peso que tiene esto, pero sé que puedo y lo voy a lograr.

Sinceramente, para tener este tipo de pensamientos tuve que dejar muchas opiniones a un lado, nadie piensa en ayudar, los jóvenes simplemente se dejan

guiar por las ideas impuestas por la propia sociedad. Todos preguntan: ¿Por qué quieres ser maestra en esta época?, y aseveran: ¡Eso no te va a dejar nada!

Me quedo con la satisfacción de que estoy haciendo lo que quiero porque quiero aportar algo, independientemente de que estoy haciendo lo que desde pequeña quería, al igual que la mayoría de las personas que estudia esta profesión. Quiero lograr un cambio en esta sociedad, un cambio en mi comunidad, en mi familia, estoy consciente que para poder lograr el cambio debo empezar por mí y luego actuar con la gente que me rodea. Quiero trabajar en la inclusión educativa, empezando por quitar los estigmas que la sociedad tiene sobre algunas personas por su condición social, su aspecto físico o sus creencias. Quiero que como sociedad entendamos que nadie es perfecto, que nadie es superior a alguien, que, así como unos tenemos capacidades para realizar ciertas actividades existen otros que no, sin embargo, tienen fortalezas en otros ámbitos. Se trata de incluir y al mismo tiempo estar conscientes de que nunca nadie será perfecto ni superior a nadie.

Hablar sobre mí es observar cada experiencia que se queda grabada muy dentro de mí, con esto no pretendo convencer a alguien de que estudie la misma carrera, sólo quiero contagiarlos de la alegría que siento al estar aquí. Estoy convencida de que estoy

situada en el lugar correcto, anhelo que así sea por mucho tiempo. Amo lo que mis ojos ven y llegarán a ver, amo lo que estoy logrando, amo lo que escucho y aprendo, amo y valoro a las personas que están en mi vida, soy una joven con muchos sueños y metas, siento que me quiero comer al mundo, pero si lo hago, todo terminaría muy rápido. Estoy muy consciente al mismo tiempo del gran papel que debo desarrollar, del compromiso que tengo con cada alumno y con sus padres, con mi familia y conmigo.

Finalmente, deseo en cuatro años estar más convencida y tener más razones por las cuales yo pueda explicar por qué elegí esta carrera, deseo que mi crecimiento no sólo sea físico, quiero crecer como persona, amiga, hija y docente. Hoy, a mis dieciocho años, concluyo con esperanza, con certeza lo que quiero y para donde voy, mucha emoción por este comienzo y por todo el trayecto que está próximo, quiero aprovechar al máximo los recursos con los que cuento para poder concluir de la manera más satisfactoria esta hermosa carrera, hoy sé que todo se puede cumplir, que todo depende de ti.

El ejemplo arrastra

Frida Sofía Ayala Robledo

Todo comenzó con un enredo en el que me vi inmersa desde pequeña, les explicaré. Yo crecí al lado de muchos docentes que son mis familiares, ellos trabajan en distintos niveles escolares. Recuerdo que cuando mis papás o mi abuelo me preguntaban si quería ser maestra yo siempre respondía: “yo qué voy a andar enseñando y cuidando chamacos”, ahora me doy cuenta de que lo decía de manera cruel, ¿Qué opinan?, en fin. Recuerdo las caras que me ponía mi familia, parecía que gozaban al estarme molestando siempre con lo mismo. En aquel momento nunca pensé que terminaría enamorándome de la docencia.

Me presento con ustedes, me llamo Frida y les contaré mi historia enredada. A los doce años creí que quería ser maestra, pero no estaba tan segura, pues mi papá no quería que fuera docente y siempre me decía “en la familia ya hay muchos maestros, mejor estudia medicina”; en aquel tiempo pensé que mi papá tenía una mentalidad muy rara, sin embargo, tomé en cuenta su propuesta, aunque no decidí por medicina, sino por psicología, pues pensé que si la psicología era de la misma rama, así tendría contento a mi papá. Mi

mamá también es docente y siempre me apoya e impulsa en todos mis sueños, pero como soy un “chicle” con mi papá, quería complacerlo, aunque no me gustara la idea y fuera todavía muy chica para tomar una decisión.

Dicen por ahí que la palabra convence, pero el ejemplo arrastra, ahora estoy convencida de eso; una de las razones por las que elegí esta carrera fue por la influencia de mi abuelo, él fue maestro en varias escuelas y a mí me encantaba ver cómo ayudaba a los niños, a los padres de familia, a las maestras, incluyendo a mi mamá. Me encantaba acompañarlo a su trabajo, un día me trajo a la ENEEEM porque él era profesor en esta escuela, recuerdo que en aquel momento lo que más me llamó la atención fue la cafetería. Me emocionaba que me llevara a sus eventos, aún recuerdo el día que fuimos de excursión a un zoológico de Toluca y a visitar la empresa Marinela, en ese viaje me decidí por ser docente, aunque debo reconocer que me espantaba pensar en la responsabilidad que tienen los maestros, pues era testigo del arduo trabajo que realizaba mi mamá con sus alumnos, pero a pesar de eso yo no dejaba de motivarme.

Otra razón por la que decidí elegir esta carrera fue porque mi prima estudió aquí en la ENEEEM, ver cómo se esforzaba para cumplir su sueño me motivaba

aún más porque yo quería sentir esa emoción que a mi abuelo y a mi prima les provocaba esta institución. Me parecía magnífico ver el entusiasmo con el que hablaban de la hermosa ENEEEM, tanto que se convirtió en una necesidad para mi persona el llegar a ser parte de esta institución, recuerdo que contaba día a día para poder llegar aquí.

Hasta que mi mamá me comentó que el nombre de la carrera había cambiado por el nuevo plan de estudios, en ese momento pensé que lo que decía mi papá era cierto y necesitaba buscar otra carrera de mi agrado. Ella trató de explicarme el nuevo plan de estudios, pero como soy un poco terca pensé que ya no sería lo mismo y cambiaría de opción. Después, reflexionando sobre el camino que deseaba que mi vida tomara, me aferré por ese sueño, porque en realidad no quería otra carrera.

Mi papá seguía con la idea de la UNAM y me pagaron un curso para prepararme de la mejor manera, lo que provocaba que me sintiera obligada a realizar el examen para psicología, en un principio sí quería quedarme y luego especializarme, pero después no me agradó la idea. El día que revisé los resultados de la UNAM y leí “084878: 45 aciertos” fue para mí una decepción, pero a la vez una alegría inexplicable porque esto me daba la oportunidad de seguir con mis planes.

Después de tanto investigar sobre escuelas normales y tratar de convencer a mi papá de esto que deseaba, al fin aceptó apoyarme, pero me dijo que hiciera mi registro para la Normal de Coacalco; acepté hacer el examen para la licenciatura en educación primaria porque la normal me quedaba cerca y porque la carrera era algo relacionado con lo que yo quería, en aquel momento pensé que una vez que terminara esa carrera podría hacer mi examen para la ENEEEM. Por fortuna tampoco me quedé, recuerdo que lloré de tristeza porque me sentía fracasada pero también lloré de felicidad porque me di cuenta de que la vida me estaba dando la oportunidad de cumplir mi sueño y demostrarle a mi papá que sería feliz por este nuevo rumbo que tomaría mi vida. En ese momento no sabía de la segunda convocatoria que abrió la ENEEEM, cuando mi prima me comentó de la convocatoria yo no podía creerlo, entonces mi abuelita me apoyó con el dinero para hacer mi registro, así mi papá no tendría pretexto alguno para impedir que realizara mi sueño. Recuerdo que esos días me la pasé estudiando y sin salir con mi familia, yo sabía que mi mamá estaba orgullosa de todo el esfuerzo que estaba haciendo por lograr mi meta.

Recuerdo que el día de los resultados estaba en casa de mi abuelita en compañía de mis primos, mi hermana y mis abuelas, estaba tan nerviosa que pretendía ver

los resultados hasta que llegara mi mamá, pero Benja, mi primo, insistió en que los revisara, entonces preferí darle mi hoja y que él lo buscara, se tardó tanto que en ese tiempo aprovechó para molestarme y ponerme aún más nerviosa, cuando me dijo que sí me había quedado, lloré de felicidad.

Para concluir, les contaré la sensación que me provocó la ENEEEM en mi primer día de clases. Crucé el puente para llegar a la puerta, por un momento me quedé paralizada, vi la escuela, quería llorar de la emoción y orgullo que sentía, desde ese momento me comprometí a dar lo mejor de mí, amar y velar por quien lo necesite, proteger a todo niño o adulto con alguna dificultad, amar mi carrera, al igual que mejorar cada día, ya que esta carrera es algo complicada pero no imposible de sacar adelante.

Mi buena decisión

Brenda González López

Hola, mi nombre es Brenda, soy originaria de Nicolás Romero, actualmente tengo dieciséis años y estoy estudiando en la ENEEEM. Al principio no contaba con la iniciativa de inscribirme a esta escuela, pues siempre, o bueno, casi siempre tuve la idea de ser maestra, pero en mis planes no estaba estudiar en una normal.

Con el paso del tiempo conocí a una persona que me contó de su profesión y de la pasión que sentía por lo que hacía, me refiero a la experiencia de tener que juntar el amor, la pasión y la disciplina con la que se desempeñaba para ser Maestra de Educación Especial. Lo que la maestra me contó despertó en mí el interés por conocer más acerca de la educación especial, así que decidí ir a visitar y conocer la escuela.

El día que vine por primera vez, pude notar que había algo más allá de ser una escuela normal, pude notar que la atención que recibía al entrar era especial, pude sentir la amabilidad de todos, realmente con todos con los que me crucé en la ENEEEM sentí que era una verdadera atención de calidad. Claramente también me llamaron la atención las instalaciones muy

bien cuidadas, pues no se veían detalles desagradables, y está de más decir que me gustó la primera impresión de la escuela.

Mientras estudiaba la preparatoria tuve un compañero que tenía problemas de aprendizaje y le constaba socializar, cabe recalcar que yo era la única que trataba de incluirlo para todo, y se tomaba el tiempo de explicarle algún método para responder una operación, la que buscaba maneras de favorecer su aprendizaje. Fue ahí donde me di cuenta de que me gustaba apoyar a los demás, ayudar era lo mío.

También me di cuenta de que con mis acciones yo siempre buscaba el bien para la sociedad. Al final del semestre ayudé a mi compañero a subir décimas en actividades en clase, pero desgraciadamente no podía apoyarlo cuando teníamos que hacer un examen, él se ponía muy nervioso y su nivel de concentración no era muy bueno, lo cual le afectó y reprobó, desde ahí lo cambiaron de salón y nuestros horarios no coincidían, así que lo dejé de ver. Mi compañero me enseñó que tengo capacidades y habilidades para ayudar y tomé en cuenta ese punto al entrar en esta escuela.

El hecho de estar dentro de esta institución implica muchas metas cumplidas, sé que tengo oportunidades para crecer como persona y aprender a valorar la vida, también sé que todos creceremos emocionalmente al hacernos responsables de nuestras obligaciones y de

nuestros actos. Todo esto vale la pena y lo vale todo. La gratificación obtenida será algo sorprendente... bueno, yo lo veo así porque ya anhelo poner en práctica lo aprendido hasta ahora. Por eso elegí estar aquí, afortunadamente “di el ancho” y, ahora, ¡mírenme! “tengo una matrícula como alumna de la ENEEEM”.

Estoy en la escuela por decisión propia, no porque me hayan obligado. Considero que la sociedad todavía tiene referencias negativas de algunos conceptos y lo que quiero y me toca hacer es poner un granito de arena para buscar oportunidades y tratar de disminuir la discriminación, poniendo en práctica la inclusión.

Finalmente quise esto por mí misma y, sí... viendo mis beneficios a largo plazo puedo ver que tendré varios campos laborables, que afortunadamente mi licenciatura se presta para Educación Especial y más, creo que he tomado una muy buena decisión. Hasta ahora, llevando casi un mes en la normal, les puedo decir que es una carrera muy humana y bastante sensible en la cual te enfrentas a muchos retos, pero también a experiencias que serán clave para ser una mejor maestra y persona.

De adolescente excluido, a profesor inclusivo

Manuel Eduardo González Vázquez

Es muy difícil decir el porqué de las cosas, y ahora siento que estoy en el lugar correcto y haciendo lo que amo. Explicar por qué estoy aquí, por qué ha pasado esto, para mí sigue siendo una incógnita, pues estoy viviendo lo que siempre soñé, pero no encuentro respuesta a por qué han pasado las cosas así.

Si empiezo a narrar mi vida desde pequeño o desde que entró a mi cabeza el interés de ser profesor, me regresaría al 2008, época en la que surgió en mí la inquietud y ganas por querer ser como mi profesor.

Aún recuerdo que conforme crecía, mi gusto e interés por esta carrera aumentaban, y después una motivación más, pues mi hermano, a quien siempre admiré, se recibía como licenciado en Educación Primaria, ¡Wow, yo quiero ser como él!, repetí muchas veces en mi cabeza.

Pero no todo ha sido felicidad para mí, años antes de esta gran noticia un treinta y uno de enero de 2012, para ser exactos, llegó una noticia que me destrozó por completo, pues mi padre había fallecido, se había ido mi viejo, me había dejado; con tan sólo once años, tuve que entender que mi padre ya no estaría más a mi lado.

Pasó el tiempo y al entrar a la secundaria conocí y entré a un mundo del que ahora me arrepiento, un mundo lleno de fantasías y de sensaciones inexplicables, entré al mundo de las drogas, pues se me hizo el camino más fácil para sentirme bien conmigo mismo, puesto que arrastraba una gran depresión. A raíz de ello las personas comenzaron a alejarse de mí, me veían y se iban, me sentí tan excluido, que muchas veces me deprimía y pues decidía seguir en ese mundo en el cual me sentía “bien”. Sentía que los otros no me comprendían, sólo me juzgaban y se alejaban de mí, en pocas palabras, me discriminaban, me excluían.

Recuerdo que pasé de ser el chico de excelencia, y a quien todos querían, a un joven con calificaciones no malas, pero sí bajas para la capacidad que tenía, ¡Ah! y excluido... siempre excluido. Todo esto que me ocurrió, tuvo mucha influencia en mi vida, y fue una razón más para estudiar esta carrera.

Se me hace muy interesante contarles esto, puesto que me sirvió como una gran experiencia para formar mi carácter, para ver el mundo desde otra perspectiva, y para demostrarme a mí mismo que se puede salir adelante si uno lo desea.

Y así pasó, mis ganas de seguir adelante fueron mayores, esas ganas que tenía de ser profesor desde niño, esas ganas por seguir el ejemplo de mi hermano,

y la ayuda incondicional de quien ahora es mi novia, me motivaron y no me dejaron caer más.

Al paso del tiempo, y después de haber dejado aquel mundo de mentiras y fantasías, me encontré con la ENEEEM, y ¡Wow!, mi primer pensamiento fue, yo quiero estar ahí; esta escuela tiene todo lo que busco, no sólo es educar como siempre soñé, sino también incluir a todos y trabajar con niños “especiales”. Así que dije: -Yo quiero y puedo estar ahí, lo lograré-.

Y ahora mírenme, se cumplió; hoy 26 de septiembre del 2019, un mes después de haber comenzado esta aventura me siento pleno, con esas ganas de seguir adelante y con esa hambre de triunfar. Sé que estoy hecho para esto, sé que puedo lograr ser, no solamente como mi profesor o mi hermano, sino mejor que ellos.

Y créanme que, ahora que estoy aquí, no me detendré, seguiré luchando y no pararé hasta lograr ser “Un profesor inclusivo”.

Habla conmigo

Cristian Hernández Juárez

Desde que elegí ser maestro siempre he tenido el pensamiento de querer hacer las cosas correctamente, sé que a todos al menos una vez nos tocó un profesor que nos hacía sentir mal de algún modo, el profesor que no enseñaba nada, sólo llegaba a sentarse, a dejar cierta actividad, etc.

Quizá ellos no eran así a propósito, pero nosotros como futuros docentes debemos aprender a diferenciar el modo en que llevaremos el aprendizaje de nuestros niños, porque esto no es ningún juego, debemos tener en claro que cada mañana la razón por la que salimos de nuestras camas es por esos niños que nos esperan para aprender cosas nuevas, debemos saber por qué lo hacemos y no llegar a la respuesta de que es por obligación, nosotros tenemos oportunidades que muchas otras personas no y debemos de ayudar de una manera correcta. Estoy convencido de que debemos ofrecerles un mundo mejor, darles el amor que merecen, incluirlos en todo momento y hacer que otros niños no los excluyan por sus diferencias, aprender a no verlos de forma rara, debemos estar seguros de lo que haremos y que ellos se sientan en un

ambiente cómodo para aprender. Ahora pienso que al culminar estos cuatro años estaré ayudando a varios pequeños, espero estar en lo correcto, apenas ha transcurrido un mes y sólo puedo seguir siendo agradecido con mis padres por seguir ayudándome cuando los necesito.

No sé si nada más soy yo, pero parece que ya llevamos meses tomando estos cursos para convertirnos en docentes inclusivos, no estoy diciendo que esto sea complicado, tampoco digo que sea sencillo, simplemente es más que obvio que nos espera un largo trayecto por delante.

He tenido la idea de ser un profesor desde la primaria, al estar en la escuela y al tener la edad de unos siete u ocho años era muy común escuchar la pregunta: ¿Tú qué quieres ser cuando seas grande?

Las respuestas más comunes que yo escuchaba de mis compañeros eran, de los varones principalmente, ser policía, bombero, doctor, y de las mujeres escuchaba que querían ser secretaria o enfermera, pero yo era, en ese sentido, distinto. Desde aquella edad lo único que respondía era que quería ser maestro, y desde que recuerdo me visualizaba a mí mismo de grande siendo docente; y es que, en verdad, no podía ver mi vida de otra manera, aunque lo intentara. Mi señora madre no entendía el porqué de esta elección que tenía desde muy temprana edad, ella

creía que con el pasar de los años lo de ser profesor se me iría pasando, pero no fue hasta el segundo año de secundaria cuando mis expectativas aumentaron, debo de ser muy agradecido con mi profesora Claudia, que impartía la clase de Matemáticas en la secundaria, por aquella plática que tuvimos después de clase.

Creo que después de todo lo que he pasado para llegar a tomar esta decisión, que durará por el resto de mi vida, ella fue de las personas que más influyeron para que yo esté aquí, hasta podría decir que fue la única. Lo que había pasado para tener aquella plática con ella fue que, de un momento a otro, ella notaba que mi desempeño en su clase iba bajando de poquito a poco.

En un día cualquiera, ya era la hora de salida, el timbre sonó para que todos pudiéramos ir a nuestras casas a descansar después de un largo día de clases. Ya estaba a nada de salir del salón, cuando escuché que pronunció mi nombre, diciendo: - Cristian, ¿puedes venir un momento, por favor?, necesito hablar contigo. Yo solamente fui hacia ella, preguntándole qué era lo que necesitaba. Empezó preguntándome por qué últimamente estaba tan distraído en sus clases, si había algún tipo de situación inquietante o cualquier otra cosa que impidiera concentrarme en su clase, yo le respondí diciéndole que no había ningún tipo de problema que justificara mi bajo rendimiento, que

quizá solamente era distracción mía, que no se preocupara porque ya me pondría al corriente nuevamente. Realmente no sé si mi respuesta no fue suficiente para ella, porque continuó haciendo preguntas como:

-¿Ya sabes qué es lo vas a estudiar cuando vayas a la universidad?

Yo le contesté rápidamente que quería ser profesor como ella. Desde ese momento en adelante fue cuando mi forma de pensar cambió, por la siguiente pregunta que me hizo.

-¿Profesor, para qué?

Yo solamente pude pensar en los niveles académicos de preescolar hasta lo que es la universidad, pero después ella dijo que no se refería a eso exactamente.

Me comenzó a hablar sobre la educación especial, en ese momento sólo podía pensar que era mucho más complejo, por cualquier tipo de dificultad que los niños podían tener al aprender. La pasión con la que me platicó sobre esto se escuchaba y se veía en sus expresiones de felicidad, hasta el punto de querer esto para mí, no sé realmente si su objetivo era el motivarme a ser un poco más que profesor o cualquier otra cosa, lo cierto es que no es tan común escuchar a alguien tan feliz hablar de un trabajo así, pienso que fue lo que me impulsó a seguir este camino.

No voy a mentir y a decir que desde ese día esperé ansiosamente entrar a la universidad, sólo sé que cuando se me han presentado obstáculos una de las razones por las cuales me levanto y continúo es para ayudar y enseñar a los que próximamente serán mis alumnos, mis amigos.

Pero también debo decir que, así como la profesora Claudia me dio ese empujón de seguir adelante, también hubo personas que en su momento fueron cercanas a mí, de las cuales tomaba lo mejor de sus opiniones respecto a lo que haría con mi vida, pero que en un principio no me apoyaban completamente y aún sigo sin entender por qué lo hacían.

Desafortunada o afortunadamente una de estas personas fue mi madre, ella es quien mejor me conoce y sé que como toda madre ella quiere lo mejor para mí, y probablemente ella pensaba que con esta elección no sería feliz; hubieron varios momentos en los que, incluso, llegábamos a discutir solamente por tocar el tema; en ocasiones iba a darle la razón, pero después de tanto reflexionar me di cuenta de que si seguía dudando, muy probablemente no sería feliz haciendo esto, y les arruinaría el camino a muchos otros.

En la actualidad puedo decir felizmente que ya cuento con el completo apoyo de mi madre y que, aunque no fuera así, otro objetivo que tendría sería el demostrarle que estaba equivocada al decir que esto no

era lo mío, que lo olvidara, pero yo le enseñaría después de un tiempo que la docencia es lo mío.

Hoy, estando aquí, puedo decir que no me arrepiento, y sé que como humano que soy tengo bastantes errores y los seguiré teniendo, pero para eso es que estoy en estos cursos, para que con el tiempo vaya siendo mejor en los diferentes aspectos que requiero para mejorar, personalmente considero que una de las tantas cosas que necesito corregir en mí es la paciencia y sé que la necesitaré bastante, pero sé que con la ayuda de mis profesores lograré cumplir lo que desde niño me propuse.

Inclusión educativa: génesis de una identidad profesional desde narrativas estudiantiles, de María Natividad López Tinajero (coordinadora), se terminó de imprimir en diciembre de 2020, en los talleres gráficos de Editorial Cigome, S. A. de C. V., ubicados en vialidad Alfredo del Mazo núm. 1524, C. P. 50010, colonia La Magdalena, Toluca, Estado de México. Cuidado de la edición: Melba Bringas Hidalgo, Alejandro Espinosa Cendejas y Miguel Ángel Lerma Zamora. El tiraje consta de 750 ejemplares.

